R. K. Spalding

COLECCION UNIVERSAL

N.os 938 a 940

J. E. HARTZENBUSCH

Cuentos



Precio: 1,50 pesetas
Published in Spain.

MADRID, 1924

J. E. Hartzenbusch

C U E N T O S

MCMXXIV

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

J. E. HARTZENBUSCH

Cuentos



MADRID, 1924

Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, uno de los más altos representantes del teatro romántico, figura ya entre los clásicos de nuestra literatura. Hijo de un ebanista alemán que se estableció en Madrid a principios del siglo XIX, D. Juan Eugenio nació en Madrid el 6 de septiembre de 1806. *Estudió la carrera eclesiástica; pero desaficionado a ella, no llegó a ordenarse, y con autorización de su padre robusteció sus estudios clásicos con el de las lenguas modernas y la pintura. Sus hermosos ensayos literarios pertenecen a la poesía lírica. Pero muy pronto el teatro le atrajo con irresistible vocación y se dedicó afanosamente a leer y estudiar comedias y dramas de nuestro siglo de oro y de los mejores dramaturgos extranjeros.*

Arruinado el padre y perseguido por su liberalismo, Juan Eugenio, heroicamente, se puso a trabajar de oficial de ebanista en talleres madrileños para subvenir a las necesidades del padre, enfermo. Muerto éste, empezó a refundir comedias extranjeras para los teatros de la corte. Habiendo aprendido la taquigrafía, entró en 1835 *en la* Gaceta de Madrid.

Su primero y mayor éxito teatral lo obtuvo en 1837 *con* Los amantes de Teruel, *una de las joyas de nuestro teatro romántico, no superada por las producciones posteriores. A este drama siguieron muchos otros, con varia pero siempre halagüeña fortuna. En* 1844 *entró Hartzenbusch en la Biblioteca Nacio-*

nal, de oficial primero. En 1847 *ingresó en la Academia de la Lengua. Fué luego nombrado director de la Escuela Normal, y por último director de la Biblioteca Nacional en* 1861. *Su salud, harto resentida por la existencia trabajada que llevara, le obligó en* 1875 *a jubilarse, y murió en* 1880, *cargado de honores y dejando entre los que le conocieron la memoria de un espíritu exquisito y a la par erudito, con una vena copiosa y una notable asiduidad a todas sus labores.*

Este tomo lo dedicamos a los cuentos, tan delicados e interesantes, que escribió.

LA HERMOSURA POR CASTIGO

CUENTO MORAL

Maravilla del Oriente llamaban a la hija del Emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulqueria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la Princesa, nacida como su padre en Itálica; el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, le atraían de cerca y lejos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo, que debía obscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamás había visto a sus padres, ni a sus hermanos, ni a nadie. Pulqueria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las más gentiles damas de Constantinopla, no veía con ellos: Pulqueria nació y había vivido ciega hasta la edad juvenil.

Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre, Flaccila, cuando la criaba a sus pechos; ciega recibió la bendición de aquella mujer santísima cuando la llamó el Señor a recibir entre los ángeles el premio debido a sus altas virtudes; ciega había escuchado los rendidos y amorosos ruegos del Príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa en llegando la joven a contar quince abriles.

Feliz Pulqueria por ser hija de padre tal, más feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la había enriquecido, felicísima por el amor que le tenían los suyos: bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad y dando oídos a la voz universal, que la proclamaba la más bella de las hermosas, nació en su corazón el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razón, de que su madre habitaba gloriosa la mansión de los bienaventurados, cada noche le dirigía una ardiente súplica para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche Flaccila a Pulqueria en sueños, o por mejor decir, sintió Pulqueria una noche que milagrosamente se abrazaba con ella la feliz matrona, ceñido en la sien ya inmortal el divino lauro de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra, y en la izquierda una corona formada de estrellas. «Hija mía—le dijo Flaccila con acento dulcísimo—, Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo a satisfacer vuestros imprudentes an-

tojos, porque de satisfacéroslos, irremediable se seguiría vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te mantiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y más justo, bien puedes tener por cierto que la privación de la vista era para ti un beneficio tan grande como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero a fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco a tus manos para que las toques, necesario es, hija mía, que te resignes a no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que más quieras, aquello cuya vista más ahincadamente desees. Di si a ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana a mediodía te será sobrenaturalmente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen, piensa a veces, en una difícil cuestión, cuanto hay que discurrir, y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria, en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar seis palabras, seguidas de un *sí*, este largo razonamiento: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no lo admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo?

Lo primero a mi padre, luego a mi prometido esposo, después a mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte a mi Favencio, al Emperador, a mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el Sol de que nace el día, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer sienpre ciega para sólo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creación entera. —Admito la condición, madre: quiero ver, *sí.»* —Dicho apenas este monosílabo, con la sorda articulación de una persona que habla durmiendo, se desvaneció o se retiró la visión celeste.

Los goces que provienen del Cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: éstos, en siendo muy vivos, fatigan y a veces matan como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía a sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así, Pulqueria, después de la desaparición de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó a la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó a la habitación de su padre, a quien, lo mismo que a los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche antes había recibido. Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria: el

de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aun el día que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habían visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador, en una estancia magnífica, teniendo a sus hermanos a un lado y al otro a su amante, recibía de todos, y aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entonces, cuando llegó el Sol a mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos después de un sueño apacible y breve, sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un *ay* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiración y la alegría causadas por el hallazgo y posesión de una dicha, mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la había solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que había muerto y que revivía. Conoció a Favencio, conoció a Teodosio, conoció a sus hermanos, el Sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda...—y quiso, en fin, conocerse a sí misma. Trájole Teodosio un espejo de oro tersísimo..., miróse

con él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió también un collar, y más arriba un zarcillo a cada lado, y más arriba una diadema o cinta sembrada de piedras preciosas..., y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta se movían en el espejo según movía el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubría en el espejo ni rastro. Llevóse la Princesa la diestra a la frente, y entonces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano: después de muy pocos instantes de prueba se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponían, menos la imagen de la Princesa, desde el cabello a la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulqueria explicar a los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila, y negósele mal su grado la lengua a revelar el secreto, que por divina disposición había de mantenerse largos años oculto. Preguntó a su padre y a todos si la veían en el espejo, y respondieron que sí; porque para ellos representaba la imagen de Pulqueria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le había de ser visible en su vida era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba más y con más ahinco apetecía ver en el mundo no era su

padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre a quien había consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algún género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió a sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo ella de suyo, había de venir por último a idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo había oído encarecer Pulqueria mil y mil veces: quería, pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caída de ojos, percibir el brote y crecimiento de los maticez purpúreos con que teñía el rubor sus mejillas, estudiar el tocado más propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido más conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos, y la elegancia de su cintura; quería, en fin, conocerse y gozar de sí: había creído llegada la hora, y hallaba que para todo tenía vista, menos para verse: ¡no podía ser el engaño más doloroso, más atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisición de la vista; mas, ¡oh portento!, con la angustia y el llanto—que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo—parecía más bella que antes cuando sólo respiraba

alegría: díjole Favencio que estaba más hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos, que adivinó se le preparaban, hubiera querido entonces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa..., con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel día, que tan venturoso había de haber sido para la hermosa Pulqueria, la risa huyó de sus labios, y de su corazón el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran a decírselo, y ella a rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya en los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos e imposibilitados, entre quienes solía repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veían, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió a luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura», exclamaba al sentir fecundado su seno. ¡Vana esperanza! Todos se parecían a Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello y se vistió con un traje tosco de penitente... Nunca más seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio, para evitar los aplausos del vulgo, llegó a mandar a su servidumbre y familia, y al mismo Flavencio, que, para no alabarla, no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y

aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulqueria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veían, no podían menos de prorrumpir, en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: «¡Madre, querida madre, tú eres la más hermosa de las mujeres!» «Sí, respondía ella para sí, suspirando: soy la más hermosa del mundo, y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy.» Para desahogarse de alguna manera escribió una vez una carta a su esposo refiriendo la aparición de Flaccila y la dura ley a que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulqueria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que vería. Consideró que si no llevaba con paciencia la privación de verse durante su vida, no sólo no ganaría la palma del martirio, sino que ni aun tendría el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, a lo menos a la hora de la muerte, se determinó a sufrir con resignación aquel martirio de su deseo mientras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la había apartado de la virtud y, por consecuencia, de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducía por fin a la virtud y a la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas o buenas, únicamente nos dañan o nos benefician, según el uso que de ellas hacemos. Así Pulqueria,

gastada algún tanto su curiosidad con el tiempo, fuése poco a poco avezando a oír sus elogios, primero sin ira, después con tolerancia, más adelante con sufrimiento, y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensación dolorosa al oír una razón o percibir una mirada laudatoria o admirativa; pero un instante después obraba en ella el conocimiento, y decía: «Cuando muera me veré: sometámonos entre tanto a lo que el Señor ha dispuesto.» No se escondía ya de las gentes para excusarse de oír felicitaciones y cumplidos; no se vestía mal para quitar lucimientos a su belleza; salía con frecuencia en público prendida y adornada como correspondía a la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debía decaer con los años y cesar la mortificación que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulqueria estaba condenada a ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años florecía con la delicada hermosura de la doncella; de treinta descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba a cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos, y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era menos. Ya Teodosio había muerto: en aquel medio siglo todo había envejecido alrededor de Pulqueria; Pulqueria no; Pulqueria tenía la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincua

gésimo aniversario del natal feliz de su esposa viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrían, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana, que servían de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulqueria, no lejos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia, precipitándose a los pies de la abuela hermosísima. Echada la bendición a todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron a porfía el honor de ataviar a la augusta Princesa española. Quién le servía el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponía el collar, quién le echaba a los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquél uno de esos momentos de felicidad suprema que sólo una vez suelen ocurrir en la vida del hombre; Pulqueria, no obstante, había disfrutado otro igual, cuando sus ojos cobraron la vista.

—Mírate a la pared, señora—le dijo con tierna efusión la mayor y más hermosa de sus nietas—, mírate, y verás cómo todavía nos vences a todas en hermosura.

Miró Pulqueria por complacer a la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida percibió en la negra obsidiana una imagen que debía ser suya. Vió primero una niña de pocos días, que, sin embargo,

era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de más, y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos o retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos: de manera que en muy breves instantes conoció Pulqueria todo lo que había sido, todos los grados de belleza que había contado, desde que nació hasta aquel mismo día.

—¿Conque yo he sido ésta?—dijo con un acento de indefinible expresión, que confundió a su familia, la cual no veía en el espejo mas que la imagen de la abuela, tal como naturalmente debía entonces representarla.

—¿Conque ésta soy yo?—volvió a decir, mucho más conmovida y ya balbuciente.

Y respondiendo a sus palabras una voz del Cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años antes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo:

—Esa fuiste, hija mía; pero mira lo que vas a ser ahora.

Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenían sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de lo que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece a los

moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas a trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalén celeste, vió Pulqueria en el negro espejo, después de las gracias de su ser físico, la imagen de su alma. Una sonrisa dulce asomó a sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano a Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu, en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó a las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro, que ya no había de ser profanada con otra imagen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra, blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de aquella carta que escribió Pulqueria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder a Pulqueria se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa Princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenía la rara costumbre de leer este cuento a sus hijas cuando se ponían al tocador para vestirse de baile, añadía de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras:

—En efecto, queridas, el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad; así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.

FIN DE «LA HERMOSURA POR CASTIGO»

PALOS DE MOGUER

CUENTO INMORAL

En la costa de Andalucía, ya cerca de la raya de Portugal, hay una villa, no de gran población, pero bellísimamente situada, que disfruta de cierta celebridad, bien que no de toda la que merece: la villa de Palos de Moguer, o lisa y llanamente de Palos. De allí salieron las tres carabelas con que se arrojó Colón a cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo, y esto es lo que principalmente da fama al pueblo con cuyo nombre va encabezada esta breve anécdota; pero allí también han ocurrido lances dignos de memoria eterna; y, sin embargo, tal ha sido la incuria de nuestros historiadores, que ninguno los ha consignado en sus escritos, abandonándolos a la tradición, que todo lo confunde y lo vicia, dando motivo después a que los críticos suspicaces y osados nieguen hechos tan auténticos y positivos como la aventura de D. Rodrigo en la caverna o torre célebre de Toledo y las portentosas hazañas de los Doce Pares.

Palos fué antiguamente una ciudad populosa, cuyos habitantes, muy inclinados a la emigración,

fundaron diferentes pueblos dentro de España y fuera; y de Palos traen su origen muchísimas familias, sonadas ya en los primitivos tiempos de Grecia. En Palos, antes que en parte alguna, se rindió culto a las diosas Palas y Pales; de Palos fueron oriundos los Palantes y Palamedes; hijos de Palos fueron los fundadores de Palencia y Palermo; los Palomeques, Palomos, Palomares, Palomeros y Palominos; y una limpia o expulsión hecha en Palos en la época de su mayor brillo y cultura llenó de paletos las aldeas de España. En Palos se inventaron los palotes y la paleografía, las palanganas y el baile paloteado, los palanquines, las palatinas y los paletoques, especie de sayos que, abiertos por delante y añadiéndoles mangas, se han convertido en los paletoes modernos. Entre los paloteros nació ese género de conversación que aun conserva el nombre de *palique*, y de los lances que vamos a referir provino la expresión vulgar de «cantar la palinodia». En qué siglo ocurrieron éstos parece imposible determinarlo; pero consta por la tradición que en aquella época ya se usaban en Palos camisas con pechera bordada, abanicos de sándalo y alcaldías constitucionales. Esos y otros inventos de ayer no son sino repeticiones de lo que ya se ha usado y abandonado repetidas veces. En el mundo no hay nada nuevo, y para mí no tiene duda que en la edad antediluviana había ya caminos de hierro, bolsa, fósforos, sistema representativo, sistema de curar con agua, iluminación de gas, libertad de imprenta y baile de polka, y

todos los sistemas, bailes y libertades posibles; porque si los hombres no lo hubiesen ya inventado todo, y no hubiesen abusado de todo, no se habría visto el Señor en la precisión de acabar con todos.

En el tiempo a que nos referimos componían los paloteros la mejor gente del mundo: ellos eran hombres de bien, y ellas mujeres de vergüenza. Distinguíanse notablemente por la felicidad que reinaba entre los casados: las mujeres eran unas santas, y los maridos unos benditos. Sólo se echaba en cara a aquellos ciudadanos el ser alguna cosilla testarudos; pero tal defecto no había producido aún dolorosas consecuencias. (Entre paréntesis, hasta entonces Palos era una ciudad anónima; el nombre de *Palos* vino después, como verán los lectores.)

Era sacristán de la iglesia mayor un mozo recién casado, a quien por su índole, mansa como la de un cordero, llamaban *Agnus Dei;* su esposa, célebre también por su dulzura, tenía el nombre de *Paloma.* Amaneció un domingo, fatal para este matrimonio y aun para todos sus vecinos: Agnus Dei, al ponerse camisa limpia para ir a la iglesia, se halló manchada la pechera, cosa que le desazonó bastante contra su cara esposa: Paloma fué a buscar su abanico, y lo halló, roto y estrujado todo, en una silla en que se había sentado Agnus Dei sin repararlo. Hubo un rifirrafe pasajero entre los dos consortes; pero la bondad y el amor de ambos contuvo la explosión por lo pronto. Al almuerzo ocurrió otro incidente, que alteró también algún tanto

la paz doméstica; pareciôle a Agnus Dei que estaba soso el pisto; fué a coger de un vasar el salero y derribó involuntariamente un cacharro, que Paloma estimaba mucho, y se hizo añicos en el suelo.

—¡Cuidado, marido—exclamó acaloradamente Paloma—, que estás hoy para destrozar! ¿Por qué no miras lo que haces?

—Más valiera que lo miraras tú: ¡vaya un planchado!, ¡vaya un almuerzo!

—La mancha y el almuerzo remedio tienen; pero el abanico y el vaso solamente se remedian con otros.

—De mi bolsillo saldrán.

—No te debían nada esas prendas, que eran regalos de mi padrino.

—El padrino y la ahijada me van hartando ya de modo...

La bondad ingénita de los dos esposos triunfó también aquí, y la tempestad que amenazaba se deshizo: diéronse sus satisfacciones, restablecióse la paz, y se ayudaron cariñosamente a vestir el uno al otro para salir a la calle. Mas, ¡por qué tanto, al tiempo ya de marcharse, no echó de ver Paloma que Agnus Dei llevaba un pelo en la ropa!

—Aguarda—le dijo muy oficiosa—, voy a quitarte un pelo que llevas.

—Por cierto—replicó Agnus Dei mirándolo—que debe ser tuyo, porque es de mujer.

—Yo digo que debe ser tuyo, porque es de hombre.

—Yo no llevo el pelo tan largo.

—Ni yo tan corto.

—Pero si es del color de tu pelo.

—Es más rubio el mío.

—El mío es más castaño.

—¡Que has de negar lo que una está viendo!

—¡Que has de querer hacerle ciego a uno!

—¿Sabes que estás insufrible, Agnus Dei?

—¿Sabes tú que *Agnus Dei* está por coger un *qui tollis peccata mundi* y hacerte cantar el *miserere nobis?*

—¡Tú a mí, infame!

—¡Cómo se entiende!...

¡Pobre Paloma! Era hija de un dómine: el marido la puso de blanda como la chupa del suegro.

Un rato después iba la infeliz, llorosa y desmelenada, a contar sus cuitas a su madrina, esposa de un ministro... de justicia sin gracia, alias alguacil.

La alguacilesa toma la defensa de su ahijada, apaleada por un pelo; el alguacil defiende al marido; enciéndense los ánimos, agítase en los aires la vara, y la señora ministra sin excelencia recibe una tunda que no hay más que pedir.

Madrina y ahijada acuden a casa del escribano para entablar una querella; la escribana se pronuncia en pro, el escribano se declara en contra, y la señora escribana sufre una soberbia paliza.

Las tres apaleadas se dirigen a la alcaldía constitucional. Resultado próximo, protección y apoyo de parte de su señoría la alcaldesa; resultado subsiguiente, riña entre alcaldesa y alcalde; resultado final, otra individua apaleada.

Lo mismo sucedió con la barbera y la boticaria, vecinas de Agnus Dei, y aun con tres o cuatro amas de solteros, prohombres de Palos. Dado el ejemplo por las notabilidades, el vulgo no quiso ser menos: zapateras y sastras, taberneras y aguadoras, todas abrazaron la causa de la sacristana, y sellaron su fe, si no con la sangre de sus venas, con los cardenales de sus costillas. Era un dolor el espectáculo que presentaba aquella noche la ciudad, o por mejor decir, eran muchísimos dolores: de cabeza, de brazos, de espaldas, y de ahí abajo.

Pero la bondad y dulzura de aquellas gentes rayaba en tal grado, que a los pocos días todo se había dado al olvido, y se pasó un año sin que hubiese en el pueblo un sí ni un no.

El día del triste aniversario de la general paliza se estaban desayunando la angélica Paloma y el amabilísimo Agnus Dei, tan lejos de pensar en quimeras como el diablo de hacerse bueno. En un instante de silencio escapósele indeliberadamente una sonrisa a la joven sacristana, y preguntóle su marido por qué se sonreía.

—Por nada—respondió ella.

—Por algo será—replicó él.

—Es una tontería.

—Dila, y nos reiremos los dos.

—¿Te acuerdas de lo que pasó hace hoy un año?

—¡Ah caramba! Es verdad: tal día como hoy fué la de marras. ¡Cómo traté a mi pobrecita Paloma! Y todo ¿por qué?

—Por un pelo.
—Por un triste pelo de mujer.
—No, por un pelo de hombre.
—De mujer: no volvamos a las andadas.
—¿Si querrás tener razón todavía?
—¿Si querrás decirme que no la tuve?
—Pues ya se ve que sí.
—Es mentira.
—¡Mujer!
—¡Marido!

Y pasando naturalísimamente del pelo al palo, la malaventurada Paloma fué tratada por su marido como él trataba a los santos para quitarles el polvo, es decir, como si diese sobre madera.

Y la palomita repaloteada fué a quejarse a la señora alguacila, y el alguacil repitió la escena del año anterior; y lo mismo sucedió por sus pasos contados con la escribana, y con la alcaldesa, y con todo el pueblo: vareo general para todas las casadas, y para muchas viudas y solteras en expectativa de boda.

La noticia de tan singular acontecimiento hizo creer a los habitantes de los pueblos limítrofes que los ciudadanos anónimos se volvían locos en un día del año, por lo cual trataron de poner remedio a tan grave mal. Las autoridades de la ciudad de Moguer se encargaron de la intervención armada; y al segundo aniversario, al tiempo que, a consecuencia de recordar el fatal día de marras, andaba el palo por alto en todas las casas y calles de la ciudad sin nombre, hétele que penetra en ella un desta-

camento de caballería, y empieza a poner paz en los matrimonios, a golpes de espada sacudidos de plano. Los maridos, viéndose atacar en el ejercicio de sus derechos, se arman para defenderse; las mujeres, que ven que los extraños se introducen a poner orden en asuntos caseros, hacen causa con los esposos para hostilizar a los advenedizos. La suerte de los moguereses fué la que siempre suele caber al que media en riñas de casados: la rabia que se han excitado recíprocamente se desfoga en el mediador. Acometidos los forasteros por todas partes, hubieron de ceder al furor y al número de los adversarios; los amabilísimos y benignísimos compatriotas de Agnus Dei no dejaron hueso sano a los de Moguer: lo mejor y más recio de aquel día de paliza fué para ellos.

Dicen los etimologistas que desde entonces se dió a la ciudad anónima el nombre de *Palos*, y que se añadió luego *de Moguer*, por los que llevaron los que vinieron de esta última población a pacificar a los apaleadores. Otros afirman que el nombre verdadero de la ciudad fué *Palos de mujer*, porque en su origen los palos consabidos fueron destinados al bello sexo; otros, por último, sostienen que la ciudad fué llamada *Pelo de mujer*, porque la riña principió por un pelo. El lector puede decidir la cuestión como quiera, sin reparar en pelillos.

Los aniversarios de esta clase duraron en Palos hasta que un sabio de no sé qué país persuadió a las paloteras que el agua de Ríotinto, cogida en cierto paraje, día y momento, tenía la prodigiosa

virtud de librar de todo mal tratamiento a las mujeres mientras la conservaran en la boca. Hicieron la prueba, y—como es de creer—les salió perfectamente: no hablaban por no arrojar la bocanada, y como no había disputa, no había paliza.

Hoy día que en España reñimos a cada paso por todo, sería muy útil ensayar este método: en ciertas reuniones sobre todo, convendría mucho que un gran número de personas, en vez de echar bocanadas, tuvieran continuamente la boca llena con una del líquido que fuese más de su gusto. Las palenses de hoy, muy otras que las paloteras antiguas, pudieran enseñarnos a callar a tiempo y hablar con juicio; distínguense, en efecto, por estas dos rarísimas prendas.

FIN DE «PALOS DE MOGUER»

LA REINA SIN NOMBRE [1]

CRÓNICA VISIGÓTICA DEL SIGLO VII

CAPITULO PRIMERO

La ley que hasta aquí rigió
dice: «Quien godo nació,
con goda, según su clase,
con vándala o sueva case,
mas con española no.»

(LA LEY DE RAZA, *acto* 1.º)

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo, y el séptimo desde que, por abdicación del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados a Toledo, ya con una, ya con otra razón plausible, casi todos los Duques y Condes Gobernadores de las provincias. Uno fué el Duque Froya, varón de excelsa cuna y esforza-

(1) Las breves notas que van al pie de las páginas son del presbítero D. Julián Antonio Martínez, de quien se hace mención al fin de la leyenda.
Los epígrafes de los capítulos fueron añadidos en la primera edición corregida.

do caudillo que gobernaba parte de la provincia tarraconense.

Celebró el anciano y sagaz Monarca muchas y secretas conferencias con los Duques y Condes, reuniendo una veces a varios en su pretorio y avistándose otras veces sólo con uno: el último de todos fué el Duque Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el Soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala, como quien se disponía para discurrir sobre un importante negocio; el Gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba a tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele a Froya, diciéndole sencillamente: «Lee esa carta y dime tu voto.»

Desarrollóla el Duque y leyó en alta voz: «Al gloriosísimo señor nuestro, el Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el Obispo de Zaragoza, Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:

»Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel además lo gobierna todo, según nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sugeriros será también una de las inspiraciones del Cielo. Oíd, pues, de buen talante, benigno Príncipe, las súplicas que

vuestros subordinados, con leal intención, os dirigen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, excusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas a mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habéis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza, hemos resuelto pediros lo que consideramos como más hacedero y conveniente hoy a vuestra quietud y a nuestras circunstancias; a saber: que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y a nosotros por Rey y Señor, a Recesvinto, hijo y súbdito vuestro, que se halla en la edad más propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar a los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Más contenía la carta (1), pero el Soberano interrumpió aquí la lectura diciendo a Froya:

—Eso me propone el Prelado más ilustre del

(1) Puede verse íntegra en el tomo XXX de la *España Sagrada.*

reino por su santidad y su ciencia; los demás Obispos siguen o seguirán su dictamen; a él se inclina también gran parte de los Gobernadores y próceres: díme tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

—Mal—respondió secamente Froya.

—Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado Rey el hijo del que reina que cualquiera otro varón de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de hijo tras padre. Al gran Leovigildo sucedió su hijo, el católico Recaredo.

—Pero se urdió contra él una conjuración, de que se salvó por milagro.

—Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

—A los dos años lo mató Viterico.

—Recaredo el segundo fué también exaltado al trono que desocupó Sisebuto, su padre.

—Recaredo segundo falleció a los tres meses de su coronación. A Suintila, que se empeñó en que había de reinar con él, y después que él Recimiro, su hijo, le depusimos y arrojamos de España; y al mísero Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos a renunciar, a encerrarse en un monasterio... y a morirse.

—No se dejaría destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble, y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposición a mi proyecto nace de que te desagrada la persona o el principio. ¿Te

parece mal que el hijo suceda al padre, o te desagrada Recesvinto para Rey?

—Creo que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Yo no acuso a nadie sino cara a cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.

Llegóse el Rey a una puerta con más prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó a los esclavos para que avisaran al Príncipe. Un instante después se presentó en la sala el regio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aún la lozanía de la juventud más floreciente: su rostro, menos regular y majestuoso que el de su padre, tenía cierta expresión de noble dulzura, que cautivaba; su estatura era alta; sus ademanes, naturalmente medidos; la robustez del cuerpo, mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucía poco; y a pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno a él: inspiraba el Gobernador repugnancia; el Monarca, susto; el Príncipe, amor.

—Froya va a acusarte—prorrumpió el anciano, clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla—: oye y responde.

—Diga, Froya, pues—respondió pacíficamente Recesvinto colocándose enfrente del acusador.

—Díme primero tú—replicó el Duque, poniéndose a la derecha del Rey—lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos, nuestros antecesores, conquistaron a España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales; apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta a los honores, prohibiendo con rigurosas penas que pudiera casarse goda con español ni española con godo. Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido pudo ser justo en su origen y quizá indispensable, porque mediaba entre ambos entonces el muro de separación más fuerte, la diferencia de la fe; los godos eran arrianos, y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino; desde que la raza señora se hizo, por el vínculo de la religión, hermana de la raza sometida, ¿qué razón hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados a unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España no será buen Rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Península levantando del suelo a la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¡Cómo!—exclamó el Rey, acaso con más admiración que disgusto.

—Ya lo oyes—repuso Froya—: tu hijo no quiere

que haya distinción de clases en España; no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y el nuestro nos ha conservado; quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brío, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de unión, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse a sí propios están destinados a arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza, que puso el pie sobre la cerviz de la altiva Roma; yo quiero que los españoles sean esclavos, porque sólo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: tú, que pretendes confundir lo que por el común provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doscientos años—contestó pausadamente el Príncipe—necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece a Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros ya profesamos el culto católico: ¿le parece a Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religión al pueblo que le manda? Si los españoles valían poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrom-

pidos señores que tenían; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan ínclito nombre. Si ahora los españoles no valen más, créeme, Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así, los ingenios superiores que entre ellos se crían se refugian instintivamente en torno de las aras: desde allí su sabiduría y sus virtudes los elevan a las cátedras episcopales y de éstas nos vemos precisados a traerlos al consejo del Príncipe. Los españoles se nos entran en palacio por la puerta del templo: franqueémosles también las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado, como yo, en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias...!

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresión produjo aquel nombre en el semblante del Soberano y del pretendiente a la soberanía.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó el Rey, balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas—. ¿Quién es esa mujer?—repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba a contestarle.

Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto a descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin, después de unos momentos de agitación y de duda:

—Floriana es una huérfana de linaje español... que, Dios mediante, será mi esposa.

—¿Una española? ¡El hijo del Monarca dando el ejemplo de desobediencia a las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció a esa joven—repuso Froya—todavía no eras tú nuestro Rey.

—De todas maneras...

—De todas maneras, el amor de Recesvinto a la que, según dice, será su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce a desear una revolución que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenere en hereditaria, me opongo a la elección de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero Duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El Príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

CAPITULO II

> ¡Ay! En aquel paraíso
> donde fe pura y ardiente
> juró mi labio sumiso,
> resbalando por el piso
> nos sorprendió la serpiente.
>
> (ALFONSO EL CASTO, *acto* 2.°)

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelión contra Tulga, los capitanes fieles al joven Monarca persiguieron tan hábil y constantemente a los amo-

tinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar a la empresa, mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase a la sazón Recesvinto, de orden de su padre, en los confines de la Celtiberia; y habiendo desde allí pasado a vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la población, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hacia unos valles, situados como a dos leguas de la ciudad, y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse: la espesura y soledad de aquellos valles, y lo que se contaba en particular de uno, le hacían creer que no podría ofrecerse más acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo, pues, y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin a uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino; desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodos a cada lado, continuaba luego, ya con más, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas, cortadas a cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unían en medio del llano: el uno bajaba de unos cerros distantes, el otro nacía en la misma pradera, y ambos recogían los muchos manantiales que desde las alturas iban a precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados y a trechos vestidos de impenetrable maleza defendían por doquier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y

allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habían rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encentados por el hierro habían adquirido una elevación y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo, impedían la entrada al más temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos a su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo extensos tremedales o charcos cubiertos de bellísimo y engañoso verde: praderas nadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que, desarraigados por el incesante curso de las aguas, habían caído en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habían convertido en raíces allí y habían producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado, al parecer, a la planta humana; la hermosura de la porción de vega que podía descubrirse desde uno u otro punto, y la noticia de que en lo más intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habían dado ocasión a que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso* (1).

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero se lebe suponer que mil años ha sería otra cosa.

Delante de uno de los portillos o gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro a toda costa. Apeóse del caballo, que estaba enseñado a seguirle; rodeóle las riendas al cuello, y sirviéndose de la lanza comenzó a sondear el terreno por todos lados para descubrir por dónde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca, y de ellas tal vez a un árbol caído que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas, cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó a un paraje donde un peñón altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba, en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenagal profundo que se extendía delante de él le servía de foso. Para acercarse a aquella pared construída por la Naturaleza no había más punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, a manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso. Por uno de aquellos caprichos que no tienen más fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto, y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; antes aquella inconsiderada resolución le puso en el más grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó a bajar, hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver a saltar a la orilla apoya-

do en la lanza; pero la lanza se le hundió también y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas, sin que se viese de qué mano venía echada. Asió del torcido cáñamo el apurado joven, alegre y atónito; subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar a la cima de la enorme peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Detrás del lomo del peñasco, labrado a pico por la parte de adentro, a semejanza de un pretil o parapeto, de donde pendía la escala, enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa y apareció en seguida una niña hermosísima, o más bien un ángel tutelar, encarnado en la cándida figura de una muchacha de once a doce años, la cual, echada de pechos sobre el pretil, tendía cariñosamente sus tiernos brazos a Recesvinto. Maquinalmente el joven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña; la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía, con acento de inefable dulzura:

—Bien pensaba yo que era necesario facilitarte la entrada; ¡por fin has venido.

—Díme, por Dios, quién eres, celestial criatura—prorrumpió enajenado Recesvinto mirando de hito en hito a su libertadora.

—Soy Floriana—respondió graciosamente la niña—; vivo aquí con mi padre, Fulgencio, y con

Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

—¿Son ésas las únicas personas que conoces?

—Conozco además al sacerdote Agivario; pero yo no he salido nunca de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso, y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé a dónde, me dije a mí misma: «Si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenérsela preparada.» Inspiración fué seguramente del Cielo: apenas la arrojé por encima de ese peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

—Tú sí que estabas destinada por Dios para salvarme la vida—repuso Revescinto estrechándola en sus brazos como se abraza a un niño.

—Ven a que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal que se perdería en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por partes en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz sino en los meses invernales, salieron a sitio más despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrían mieses, por otro viñedos, árboles fructí-

feros casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena; una ligera columna de humo, que se elevaba por los aires, indicaba una habitación; indicábanla también copiosas bandadas de palomas torcaces que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atención de Recesvinto; pero era sólo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guía. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido a una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban a su conversación un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realzaba con la expresión celeste de la fisonomía; el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios: parecía ajeno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecían la blanda armonía del todo: la hija del valle, tal como brillaba a los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera, próxima a ser una gran beldad.

Salía de la casa el anciano Fulgencio cuando su hija y el huésped llegaron a ella. Vió con sorpresa a un forastero en el valle; pero oyó con benignidad la relación de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresión, «éste es el compañero que Dios me

envía», sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al joven godo y le abrió en seguida los brazos llamándole hijo.

En aquel valle, mansión de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los más apacibles de su vida: paz había encontrado allí, consejos prudentes, adorable inocencia, y aun libros de grato y provechoso entretenimiento. Floriana, enseñada por su padre, traía de continuo en la mano las *Geórgicas*, de Virgilio, y los *Varones ilustres*, de San Isidoro.

Fulgencio, español de origen, ocultando su nacimiento, había militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitán godo le hirió de muerte: súpose entonces el linaje del homicida, y condenado a servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, habíase refugiado en aquel intrincado valle, donde un lejano pariente suyo tenía una pobre y segura vivienda, poco antes labrada. Largos años la cultivó Fulgencio con sólo un sirviente; una excursión que hizo fuera del valle le facilitó ver y conocer a la bella y virtuosa Pomponia, con quien se unió al pie de las aras, y vivió feliz algún tiempo: fruto fué de su casto seno Floriana. Al cumplir el primer lustro la hija, falleció la madre.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo, que había sido recogido por un esclavo, o mejor dicho por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano español no había esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo lloraron el español y la española.

—Tú eres, sin duda—repetía Floriana—, tú eres el compañero que me está destinado.

—Sí, ángel mío—exclamó Recesvinto cediendo a un impulso desconocido, invencible—; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuándo volveré a verte; pero yo volveré. Espérame y no desconfíes aunque tarde.

Partió. Tardó. Volvió.

El amor y el respeto a su padre le mandaban abandonar aquel asilo, impropio de un guerrero. Partió.

Quindasvinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon a su hijo. Tardó.

Pero los cuidados de su jerarquía le abrumaban y las grandezas dejaban en su alma un vacío. Volvió.

Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repitió con frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la Corte, ya con uno, ya con otro pretexto.

Comprendió que poco a poco había ido brotando en su corazón un afecto que ya era una pasión vehemente; recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo a una romana, recordó sus obligaciones de príncipe y quiso cumplirlas. El Rey su padre le había instado de continuo a que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto a vencer su flaqueza, cedió a los deseos del Rey y entregó el anillo de los esponsales a la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo cual quedaba obligado,

según la ley, a casarse con ella dentro de dos años a más tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenían en ello ambos contrayentes. La comparación entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa a la hija del valle, que ella sola condujo al Príncipe a pensar en lo que, si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraíso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó a notar frialdad en el Príncipe le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad; el Rey parecía haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería o por prudencia, no había querido pedir cuentas al Rey. El Príncipe acudió al valle, como ya dije, y trató de casar con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Para ella, Recesvinto sólo era un romano, natural de Toledo: esto es lo que había dicho él a Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su pobre cabaña; el nombre con que se había disfrazado era Heliodoro. Larga enfermedad, que terminó en la muerte del padre, detuvo el convenido enlace de la hija y el Príncipe: Froya lo supo de un siervo, regalado con otros dones por él al sacerdote que asistió a Fulgencio en su última hora. Necesitó el sacerdote llevar consigo al valle el esclavo, conoció éste al

moribundo, y en un viaje a Toledo avisó de todo a su antiguo señor.

Muchas de estas cosas hubo de referir o explicar Recesvinto a su padre, después de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el Príncipe. Flavio oyó a su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

—Tú me encareces—le dijo al fin—las prendas de esa romana, y aun las de todas; yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

—¡Qué blasfemia, padre! ¡Si conocieras a Floriana..., si tuvieras ocasión de conocer sus virtudes...!

—Si esas virtudes se sujetaran a una prueba...

—Hazla.

—Tú me desafías.

—Sí.

—Insensato—repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen el pensamiento—, retírate a tu cuarto y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

CAPITULO III

> Si dispone de su fe
> porque otra en su pecho mande,
> mi dolor será muy grande,
> mas yo lo soportaré.
> Y firme se me verá,
> combatiendo con mi suerte,
> amarle en vida y en muerte,
> y aun, si puedo, más allá.
>
> (La ley de raza, *acto* 1.º)

Veinte días después todo era confusión en el valle: sus desembocaderos habían sido franqueados con el azadón y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores habían desterrado de aquel recinto la antigua paz; las reses, espantadas, se habían refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces, que diariamente venían a recibir su alimento delante de la choza, por mano de Floriana, habían huído para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y a los criados de Floriana se les había prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba una noche recatadamente en una humilde casa del arrabal de Toledo. Los soldados habían sido enviados al valle por el Rey; Floriana había salido de él por disposición del Príncipe.

Cuando ponía el pie en el umbral de la estancia que iba a ocupar, penetraba Recesvinto en ella por la puerta de enfrente. Arrojáronse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto

júbilo expresaron mudamente lo que sentían en aquel primer momento. «¡Mi Heliodoro!», «¡Floriana mía!» fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

—Ya ves que me rindo a tu gusto: me enviaste una carta pidiéndome que viniese a Toledo, y aquí me tienes; me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolución, y ya los espero. Muy poderosos deben de ser, porque antes la idea de sacarme del valle te estremecía.

—Floriana mía, ármate de valor.

—¿Cómo ha de faltarme a tu lado?

—Tengo que hacerte una confesión penosa.

—¿Vas a decirme que no me amas?

—Eso no sería confesión, sería mentira.

—Entonces nada me importa cuanto me digas. Habla.

—Mi padre vive, es muy poderoso, y yo pretendía casarme sin su noticia.

—Mal hecho; pero a tu edad no necesitas ya su licencia.

—La necesito, sí. El puesto de mi padre y el mío... En fin, él ha sabido nuestros amores, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona.

—¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

—Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle antes que los emisarios de mi padre penetrasen en tu morada. Por eso te han conducido a Toledo por caminos extraviados; aquí estás más segura que en otra parte, porque, de cierto, no te buscarán aquí.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué de peligros nos rodean! Sin embargo, bien dices: en ninguna parte estoy mejor que cerca de ti. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿Por qué le irrita tanto nuestro matrimonio?

—Tú eres española... y yo...

—Acaba...

—Perdóname, bien mío, perdona un engaño, hijo del amor. Cuando te vi la primera vez fué una precaución necesaria encubrirme con un nombre supuesto; cuando te ofrecí la mano temí que si te revelaba quién era me rehusases la tuya.

—¿Por qué? Pues ¿quién eres? Dímelo, dí pronto. ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde había entrado el Príncipe y apareció Flavio, con manto de púrpura y báculo de marfil, y séquito de guardias, que retrocedieron a la pieza vecina.

—El padre de tu engañoso amante—dijo Flavio adelantándose majestuosamente en la sala—soy yo. —¡Bien has cumplido mis órdenes!—prosiguió, dirigiéndose a Recesvinto—: has pretendido ocultar de mis ojos a tu víctima y has quebrantado el arresto en que te puse. Vete de aquí.

—¡Señor!—replicó el Príncipe con una arrogancia que jamás se había visto en él en presencia de su padre—, yo necesito defender a Floriana.

—Necesitas obedecerme—repuso Flavio—: obedece, pues. Vete de aquí.

Era irresistible la fuerza de una orden en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

Solos en ella el Rey y la solitaria del valle, Floriana, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó a Quindasvinto, le cogió blandamente una mano, y mirándole como a Fulgencio cuando se le mostraba disgustado y estaba ella segura de que iba a desvanecer su disgusto, le dijo entre acentos dulcísimos:

—¿Por qué no me queréis para hija, venerable señor?

Quindasvinto, afable y aun tierno sin poder excusarlo, contestó a Floriana, echándole la mano al hombro:

—Doncella hermosísima, porque tú eres española, tu Heliodoro es el príncipe Recesvinto, y yo soy el Rey.

—¡El Rey!—exclamó aterrada la joven, y cayó de rodillas al suelo, cubriéndose con las manos la cara.

—El Rey, sí—prosiguió Quindasvinto, sentándose—, ese Rey de España del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Te habrá dicho que es muy viejo y muy malo; que ha dado muerte a muchos, grandes y chicos; que ha reducido a la esclavitud a mujeres ilustres, a doncellas de pocos años: todo es verdad, y ha sido todo necesario para sujetar y encaminar al bien a un pueblo que se precipitaba en un abismo de corrupción. Tú eres inocente, mi pobre Floriana, y tu Rey te tiene de rodillas; cree que no ha de ser sin motivo. ¿Sabes, malaventurada niña, que nuestras leyes vedan el casamiento entre un godo y una romana?

—Sí lo sé. Ataulfo, el primer Soberano de vuestra estirpe en este país, pereció asesinado porque se casó con una romana, que era hija de un Emperador y hermana de otro. El Rey Teudis fué asesinado también porque eligió para casarse a una dama española que era poderosísima. Yo, ¡mísera de mí!, solamente soy...

—Sólo eres hija de un hombre que, en virtud de judicial sentencia, fué vendido por siervo; tú, infeliz criatura, has nacido en la servidumbre.

—¡Yo esclava, señor! No me digáis que soy esclava; no, por lo que más améis.

—No lo digo yo sino porque lo ha manifestado y lo prueba en justicia tu dueño, o, por mejor decir, tu ama.

—¿Quién es mi dueño?

—Oye. Un prócer godo, difunto ya, compró a tu padre, que se le huyó; un hijo y una hija heredaron al prócer, él los esclavos, y las esclavas ella. Tu señora es la hija de aquel magnate y se llama Teodosinda.

—Y decid: esa Teodosinda, esa mi señora, ¿qué especie de ama es?

Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del poderoso Duque de Froya, ha estado tratada de casar con mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato, ni se ha disuelto.

—¡Poderoso Dios!—prorrumpió aquí la hija del valle, dando con la frente en el suelo—. ¡Amante yo de un godo, no sólo soy española, sino que soy esclava; amante de un Príncipe, no sólo soy escla-

va, sino que lo soy de la desposada con el Príncipe, de la que tal vez será su esposa, de mi rival! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo en poder de quien me creerá su competidora! ¿Me matará Teodosinda, señor? Si ya que me matase no me humillara...

—Más querrá servirse que privarse de ti. Pero esfuérzate, virtuosa doncella, a tener valor. Has rodado a lo más profundo de la desgracia; más no puedes bajar, y es posible que subas. Mucho me engañará mi experiencia de mundo si en casa de Teodosinda, a la cual me será forzoso entregarte, no hallas quien te saque de tu estado abatido. Floriana, si en aquella casa te ofrece, a pesar de la ley, algún personaje godo la mano, créeme, ni la aceptes ni la rehuses, y avísame al punto.

—Señor, yo prometí a vuestro hijo y a Dios, yo me he prometido a mí misma, no amar a otro que al que vos nombráis Recesvinto y yo llamo Heliodoro. Heliodoro, pues, o Recesvinto, será mi único amor. Ya no puede ser mío, quizá no querrá ya serlo, quizá ame a otra, quizá sea esposo de Teodosinda, quizá tenga yo que lavar los pies a su esposa: Recesvinto será mi primero y postrer amor. Vos le habéis mandado salir de aquí; no sé si le veré ya más; no sé si aunque le vea me dejarán hablarle: vos, a cuyos pies estoy como esclava, y estaría aunque fuese nuera, me haréis la gracia de pedirle en mi nombre que no piense ya en mí. Se me figura que no ha de olvidarme, porque juzgo de su corazón por el mío; pero deseo yo su vida, su seguridad, su esplendor, cueste lo que cueste, y tengo obligación

de dirigirle esta súplica. No quiero que por amar a una española se le rebele el pueblo godo, le persiga y le mate. No moriría sin defensa como estuviese yo a su lado: jamás lancé una flecha, ni aun a los milanos que acechaban a las palomas de mi cabaña; mas viendo una espada contra mi Heliodoro, dos cogería, dos manejaría yo, una en cada mano. Me contaba mi padre que los matadores del Rey Ataulfo, para degradar ignominiosamente a la Reina viuda, hija y hermana de Emperadores, la condenaron a correr en público delante de un verdugo a caballo, que la perseguía con látigo en mano, diciéndole: «Corre, o te doy.» No hubiera corrido yo, hija de un esclavo; no hubiera envilecido yo, sujetándome a tan afrentosa pena, la memoria del Rey mi esposo: primero me hubiera dejado machucar y despedazar, pisoteada por el caballo. Señor, señor—concluyó la enamorada joven, saltándosele las lágrimas, en medio de aquel arranque de fortaleza—, el Príncipe me ofreció su amor; no me quejo de que me ocultara su clase, porque sabiéndola yo no le hubiera podido amar; y las dulzuras que he debido a este amor no se pagan con lo que puedo padecer en lo que me resta de vida: al fin, penando mucho, viviré poco...

El Rey, observando primero si le veían los guardias que estaban en la pieza anterior, tendió a Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita, y le dijo:

—Ven, valerosa niña; ven, y antes que llegue por ti tu ama, recibe este beso que Flavio Quindas-

vinto (el cruel, según le apellidan) estampa, llorando, en tu frente, que Dios bendiga.

Momentos después, erguida y grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañándola Froya y parte de su femenil servidumbre. Flavio Quindasvinto, ocultando su conmoción profunda, asió de la ropa a Floriana, y obligándola a dar un paso hacia Teodosinda, dijo con voz solemne:

—Esclava, he ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña a las esclavas de su séquito para que rodeasen a Floriana, y les dijo:

—Llevad a mi palacio a vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habéis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicación. Flavio había descubierto que su hijo había mandado conducir a Floriana sigilosamente a Tcledo, y había querido sorprender a los poco prevenidos amantes para cumplir con Teodosinda y con Troya, de quien sabía lo correspondiente a la esclavitud y fuga del difunto Fulgencio. Apreciador sagaz y justo de las prendas eminentes de la española, vió con cierto placer la necesidad de colocarla cerca del más fuerte enemigo de la estirpe romana: en cuanto al desconcepto que a Recesvinto podía traer el haber querido casar con la hija del siervo, creyó que se disiparía sin consecuencias graves.

Flavio, aunque Rey electivo, había sabido hacerse respetar mucho, y temer aún más: tenía casi

todas las cualidades de un gran Monarca, y para tirano le faltaba muy poco.

CAPITULO IV

Aquel riesgo tan temido
sagaz artificio ha sido
para que obediente diera
mi cabello a la tijera,
mis amores al olvido.

(DOÑA MENCÍA, *acto* 2.°)

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó baja el techo de Teodosinda. De libre había pasado en pocas horas a la condición de sierva; rápida como un relámpago había pasado por su mente la idea de casar con un Príncipe, y en el mismo momento se había visto privada de amante, libertad y esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué sería de ella entregada a los caprichos de una rival? ¿Qué sería de ella cuando la mirase Recesvinto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué sería de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brío había sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y una competidora? Recesvinto no la había amado nunca; y, sin embargo, Floriana, a pesar de todo, no podía menos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormían encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, sólo

breve tiempo domina sin límites el dolor. Veíase infeliz; pero se sentía inocente; consuelo el más poderoso que existe. Veíase esclava; pero en Toledo no había nadie que la hubiera conocido cuando era libre. Como se había criado en un retiro, le causaba menos rubor el pasar de un estado próspero a un estado abatido: sentía, pues, su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor de los que padecen. No tenía padres ni deudos a quienes afligiera su desventura: también es alivio padecer solo. Así, después de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado a la victoria, debida a su heroico valor. «Yo haré ver—dijo interiormente, con una resolución del todo española—, yo haré ver en la clase de esclava que la mujer en quien puso Recesvinto los ojos no era indigna de ascender a su lecho.» Una fervorosa oración acabó de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situación permitía: la tranquilidad de la resignación, que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto a la voluntad del Cielo y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente las esclavas hicieron tomar un baño tibio a la nueva compañera, le vistieron el hábito de su clase, corto de falda y mangas, pero rico, según convenía a la opulencia de la casa, y con el cabello tendido la llevaron a presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como

si celebrase una fiesta o como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto a los ojos de la mujer que había reinado en el corazón de Recesvinto. La satisfacción del triunfo animaba su rostro, blanco sí, pero ordinariamente descolorido. Era Teodosinda alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca; era hermosa mujer, y, sin embargo, le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale a los ojos, brota en el labio y vibra en el acento; faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez había podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces la favorecían tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil, ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento a su faz severa, gallardía a sus ademanes y desusado tono a su habla, prestaban a su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolución suficiente para aventurar una mirada furtiva hacia su señora, húbole de hacer tan terrible impresión el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: había comprendido el secreto de aquella sonrisa, y había visto

también en una mesa trípode, a la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

—Ven, mujer, ven—dijo Teodosinda a Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente a su disposición a un contrario—; yo he querido honrar a la hermosura que ha sido capaz de avasallar a un Príncipe; y así, la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te descargue la cabellera y cerque tu garganta con el collar que te declare por mía. Lástima es, a fe, que esa crecida mata se haya de sujetar al hierro; lástima es que ese cuello de cisne se haya de encerrar en un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea ésta la suerte que te ha cabido; suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva más inmediata a mi persona; me vestirás, me harás el trenzado, estarás a mi lado siempre, y dormirás al pie de mi cama.

—Gracias os doy, señora—respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies de su ama: toda la sangre se le agolpó a las mejillas a Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse empero, se hincó de rodillas, sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pie de Teodosinda, quien, desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó compasivamente la mano: un ardiente beso, y una lágrima aun más ardiente, co-

municaron a aquella mano un temblor cobarde. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender a Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella mujer, que aun sabía enternecer a una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura; y sus facciones, que, por primera vez acaso, habían brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asió, pues, el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel:

—Derecho tengo sobre ti casi de vida y muerte: mira cómo me sirves.

En seguida, soltando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió a la paciente joven con la mano izquierda una porción del cabello, y tirando suavemente de él hacia atrás, la obligó a levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente a sí misma: «Pero ¿es, en efecto, esta mujer tan hermosa? No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá mucho menos»; y dándose prisa, agarró las tijeras, dió movimiento a las cortantes cuchillas, y quedó despojada de su natural adorno la sometida y hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósele, cerró el candado, y entonces volvió a mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios, que traducida en palabras significaba: «Bien estás así.» El collar tenía la marca, esto es, unas letras del nombre de la señora.

Froya vino un momento después. Al ver a Floriana hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razón que podían servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase a la basílica. Froya, enojado, se negó con dureza.

—Anda—le contestó—sola con tus esclavas; anda a lucir por las calles la nueva adquisición que has hecho.

Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso a salir, y mandó a Floriana que le llevase la piel sobre que había de arrodillarse la dama en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya había una porción de gente agolpada; pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querían conocer a la romana que había osado aspirar a Princesa. Su modesto porte reunió todos los afectos de cuantos la miraban en estas dos exclamaciones: «¡Cuán desgraciada! ¡Cuán hermosa!» Froya, asomado a un mirador, siguió con la vista la comitiva de su hermana hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre, la noche antes, le había mandado salir a sosegar a los vascones, que principiaban a alborotarse.

CAPITULO V

Pregunta, averigua, inventa
cuanto por medios humanos
pueda a godos y romanos
tenerles en algo cuenta,
y acude a mí: si vacilo
en cumplirte algún empeño,
que me castigue ese ceño
que no puedo ver tranquilo.

(LA MADRE DE PELAYO: *acto 3.º)*

Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenía en su poder a Floriana: la señora competía con la sierva y se valía del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

—Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana—le dijo un día su hermano.

—Verdad es—le respondió Teodosinda—. Yo creí que me serviría de mala gana; pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene espíritu muy elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas obligándola a esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus adentros y se dice a sí misma: «Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerle ver que valgo más que ella.»

—¡Si tal supiera!... ¡Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinión respecto de los españoles, a quienes tanto menospreciabas antes?

—Los desprecio aún lo mismo.

—¿Y a las españolas?

—También.

—¿A todas sin excepción?

—¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

—Locamente.

—Cuidado cómo me la tratas entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba granjeando.

Mientras tanto pasaban días y días y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del Príncipe. Teodosinda había promovido la reconciliación de su hermano y el Rey con la esperanza de que el Rey haría que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey y no había cartas del Príncipe.

Froya y su hermana comenzaron a dar oídos a ciertos próceres descontentos que atizaban en secreto la rebelión de los vascones. Decidiéronse, en fin, a hacer causa común con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligación la noche misma en que fué jurada. Al siguiente día se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya tiempo bastante para que el Príncipe conociera su yerro, le había escrito que se preparase para dar la mano a su antigua desposada, si ésta se dignaba admitirla; a Froya le mandó restituirse a su gobierno: con esto quedó la conspiración deshecha en un punto. Froya, separado de sus cómplices, no podía

entenderse con ellos; Teodosinda, esperanzada de ser esposa del Príncipe, no había de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la división era segura y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió a su hermana, llamándola burlonamente *su futura Reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el Duque una joya de gran valía: la posesión de la hija del valle.

Negóse Teodosinda a desposeerse de la sierva; pero el Gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque sólo siendo amo él de Floriana consentía en cesar de oponerse a la exaltación de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda a las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el más cruel y repugnante de cuantos le había prestado: Teodosinda mandó escribir a Floriana una carta para el ausente Recesvinto, en la cual, según las instrucciones del Rey, permitía Teodosinda al Príncipe aspirar de nuevo a su cariño. La turbada amanuense tuvo que trazar, entre otras, estas durísimas expresiones: «Creo que habrás olvidado completamente a mi esclava: de ella puedo asegurarte que se acuerda poco de ti.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona; por fortuna, la ilustre Teodosinda no podía conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor; pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en dirección a Segóbriga el Duque

y Floriana, montados ambos en poderosos corceles; venía la noche, y el Duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un manso arroyo, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres; iban los viajeros a entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados con espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se extendían considerable trecho en forma de hoz o de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya había observado que los habían ido siguiendo mañana y tarde unos hombres a caballo, que aparecían a lo lejos en lo llano y desaparecían tras las alturas. El sitio era peligroso, y la hora mala; por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir a sus esclavos un arca, púsose una ligera armadura de aros y un casco a la romana antigua, de finísimo temple, que presentó, sonriéndose, a Floriana para que lo reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva, Aprestado el Duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guía, con sus caballos del diestro; detrás, a cierta distancia, habían de caminar dos soldados; Floriana en el centro, y él a su lado, para acudir donde hubiese peligro: todos a pie, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacía imposible el manejar bien una caballería. Las precauciones que el Duque tomaba hu-

bieron de asustar un poco a Floriana, y mirando cuidadosamente a la cumbre de la mano siniestra, dió de pronto un grito, que puso en cuidado a los cinco viajantes: habíale parecido ver en lo más alto de las peñas un hombre. Tranquilizóse Froya al momento, reparando que realmente en la cima del cerro, por aquel lado, descollaba una peña alta y estrecha, la cual de improviso y en aquella hora podía sin duda parecer una persona a los ojos de un tímido; Floriana, sin embargo, creyó que había visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detrás del peñasco estaría el hombre. Sin más detención, se internaron en la hondonada: ya allí, la obscuridad era mayor, por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrían a trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruída: de modo que por la lentitud de su marcha, los soldados que habían de guardarles la espalda los alcanzaban a cada instante y tenían que detenerse. Froya, casi ajeno ya de temor, porque habían caminado sin novedad la parte acaso más peligrosa de la angostura, mandó a los soldados que siguiesen adelante y se reunieran con los esclavos: quería coger del brazo a Floriana y no gustaba de que nadie lo viese.

—Asete aquí—le dijo Froya con cierta aspereza fingida—; si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

—¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡Una esclava!

—La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete bien puede rozarse con mi persona.

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al paraje más claro del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca, perpendicularmente cortada; en ella, a la altura como de cinco estados, veíase un nicho natural, casi lleno de guijas, tiradas allí por los caminantes; al pie, un montón de cantos que, dirigidos al nicho, no habían entrado en él, o habían rodado cuando entraban otros.

—¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero?—preguntó afablemente Froya a Floriana señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje a Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria. Parecióle que se hallaba en el Valle del Paraíso, libre y feliz, traveseando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brío y desapareció en el fondo del nicho.

—¡Bien!—dijo entusiasmado Froya—: no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

—Lo ignoro completamente, señor.

—Hay un pronóstico, o por mejor decir, hay dos pronósticos en este país acerca de ese hueco. El viajero que mete en él una piedra está seguro de volver a pasar por aquí.

—Es decir que, a lo menos, saldrá de este

paso con vida. Ese es el primer agüero; ¿y el segundo?

—La joven que introduzca allí una piedra se ha de casar antes de un año.

—No se verificará ese agüero en mí.

—¿Por qué?

—Porque no me casaré ya.

—¿Aunque te lo mande tu amo?

—Aunque me lo rogara el Rey.

—El Rey nada tiene que entender en negocios del Duque Froya. Ni el Rey ni su hijo. Verdad es que el hijo quiere ocupar el trono del padre. Verdad es también que se halla en una provincia inquieta, donde..., donde puede morir.

—¡Oh!, ¡no lo permita Dios!

—¿Le amas todavía? Después de su indigno porte contigo, ¿pudieras conservarle inclinación alguna? ¡Consentir que pasaras a ser esclava de tu rival, no hacer nada por ti, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá, la mano de mi hermana! ¿Merecen más que odio y desprecio tan inicua traición, tan horrible abandono?

—Yo no puedo creer que el Príncipe sea tan inhumano.

—¿Qué motivos tienes para dudar? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiese amado, si tuviera corazón de hombre, ¿te hallarías tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava mía—añadió con

un entusiasmo que amedrentaba—, el Duque Froya, enemigo y despreciador de tu raza perpetuo; el Duque Froya, que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el Duque Froya, tu amo, que jamás ha mentido y que jamás ha renunciado a un proyecto, te declara que te ama, y te pide tu amor.

—¡Ah señor!, ¿qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me han criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mío es tan sólo, y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mía.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? ¡Eh!, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados a tus pies mil amantes, ninguno debería darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger a mi gusto una compañera, y a todas las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí; yo quiero más. Pero te he visto sentir la adversidad viva mente, y dominar, sin embargo, tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar a que te respetaran tus compañeros, tu señora, y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco; no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien

te posea sino yo, que te aprecio y te amo según mereces.

—¡Oh señor! ¡Cuánto te debo! ¡Qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creía feroz, insensible: ¡oh!, perdón de la ofensa que hasta ahora te hacía. Desde que llevo el yugo de la servidumbre no he tenido más momento de consuelo que éste. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca a mis ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta con el respeto más leal y más puro, con la adhesión más decidida: no puedo concederte más sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriana, mi carácter es adusto y silvestre; mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona; sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades. Aborrezco a tu pueblo, pero adoro tus gracias: sirve a los tuyos, mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento a *yuras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriana, acabemos. Recesvinto, ¿vale más que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

---

(1) No tengo noticia de que se usara este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino, de que se hablará al fin de la leyenda.—*(Nota del traductor.)*

—¿Es más noble, más gallardo, más rico?

—No.

—Más valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

—Y yo lo creo.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—Porque, a no ser por ti, hubiera sido yo su mujer.

—¡Floriana!, ¡Floriana!—exclamó, arrebatado y fuera de sí, con el delirio de la pasión, el ardiente godo—. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya: tenía la majestad del león, que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadísima, recogiendo con fuerza las riendas de su corazón, que se extraviaba, dijo con inexplicable dulzura al Duque, arrasados los ojos de lágrimas:

—Señor, el día en que Recesvinto pidió mi mano le prometí no ser nunca de otro, y él de sí me dijo lo mismo: no sé si lo cumplirá; yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida—gritó entonces el godo rugiendo como un tigre: asió entre sus fornidos brazos a Floriana, la levantó como un haz de pluma y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subía serpenteando hasta lo más alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya,

dió Floriana, al desaparecer en la espesura, dos o tres gritos de angustia, que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya vibración era indefinible: un momento después salió corriendo Floriana de entre los árboles de la subida; entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento después apareció Froya, retirándose hacia la subida, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental. Los cabos de su toca o turbante, revueltos a la cara y cuello, sólo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada, dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al Duque la vida; pero al violento vaivén producido por el golpe rompióse el corchete de las correas, que se unían por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro más furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

—¡Piedad!—exclamó Floriana lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás y asió de la mano a Floriana.

—Suéltame, quienquiera que fueres—dijo Floriana a su libertador—; yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

—Déjala venir conmigo, si quieres: juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habían caminado en profundo silencio, subían la cuesta de Segóbriga: el yelmo del Duque había quedado en el sitio de la refriega.

CAPITULO VI

Si hace el médico sangría
y muere el paciente luego,
quede el médico al arbitrio
de los parientes del muerto.

(LA LEY DE RAZA, *acto* 1.°)

Nada particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segóbriga. Situado en lo más alto de la ciudad el castillo residencia del Duque, desde sus almenas se descubrían los cerros que cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana había vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y su padre; allí había quedado también sepultada su ventura. ¿Qué sería de la anciana Apicela, que había servido de madre a Floriana, después del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué sería de los fieles Nebridio y Laureano? ¡Cuántas lágrimas habrían vertido por la ausencia de su amada

señora! Y ¡si hubieran sabido su suerte!... ¡Oh!, entonces Apicela sin duda hubiera expirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban a Floriana cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir a las almenas para dirigir una mirada hacia el valle. Desde allí se elevaba al Cielo su fervorosa oración matutina.

Froya parecía haberla olvidado: ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas pocas palabras:

—He querido hacerte mi esposa; tú has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora.

No le había dicho más, y su porte con ella parecía conforme al dicho; mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubría un volcán.

Los designios sediciosos de Froya habían vuelto a reproducirse después del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuración proyectada habían acudido a Segóbriga, y otros se mantenían esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambición y la venganza ocupaban sobrado lugar en el corazón de Froya para que le quedase mucho al amor. En esto llegó inopinadamente a Segóbriga Teodosinda.

—¡Venganza!—fué la primera palabra que dijo a su hermano—. Me han injuriado cruelmente. ¡Véngame!

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo, o más bien por orden del Rey, escribí una carta a su hijo.

—Dí que se la hiciste escribir a Floriana.

—Pues bien; la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dímela lisa y llanamente, y excuso figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por ti, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en amenazar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, a minar el trono de Flavio y guardemos un prudente silencio sobre las noticias que nos comunica.

—¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara a cara. A mí quizá me debe el ceñir corona; a mí me deberá también su caída. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Oprime y escarnece a los que le han servido.

—Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios, no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambición y rapacidad de la clerecía. El Obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan a España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veintisiete Reyes llevamos desde Ataulfo los visigodos, no contando el que hoy reina: de éstos, entre asesinados, muertos en batalla o depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno a ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, sí: tú estás llamado a ser Rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y a mí. A eso vengo a Segóbriga: los medios de llevar a cabo la insurrección quedan a tu cuidado; al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarlo? Para quitarle la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado: de ése yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mía si no me libro de una rival?

—Y ¿cómo puedo yo ocupar el trono si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana a nadie perjudica, la de Recesvinto es incompatible con la mía. O ¿quieres, si me apodero de su persona, que

se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

—Pues ¿con qué objeto pretendes conservar la vida de Floriana?

—Con el de tenerla por esposa no, porque no debo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena, y a él sí. Como te creyera yo capaz de unirte a un hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas, tras haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder: «¡Oh!—dijo, sin embargo, entre sí—, mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.»

La conversación de los dos hermanos fué interrumpida por un sirviente que avisó a Froya de que tenía que hablar con él el verdugo Sisberto.

—Es mi mejor espía—dijo Froya a su hermana—: déjame sólo con él un rato.

Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atención en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo o inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse:

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó a su profesión, en la cual hacía el joven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, a no haberle lanzado ignominiosamente de

su docta, bien que poco estimada carrera, la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la altiva doncella, cuyo nombre era Centola: el padre aprobaba la inclinación del hijo; ella recibía de buen talante sus obsequios; pero de la noche a la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se fué de su casa, codiciosa la malaconsejada joven de más alto empleo. El Gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo, con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano tutor que la había educado falleció de pesadumbre: júzguese cuál sería la de su hijo. Dió a luz una niña Centola un año después de su conocimiento con el Gobernador de Valeria: nació enferma la criatura; y como ya entonces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el Gobernador le llamó para que asistiera a su hija. Rehusó aún el verla Sisberto, confesando francamente que aborrecía tanto a la madre, después de su perfidia y envilecimiento (fueron estas palabras, a la verdad, poco prudentes), que temía no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del trato culpable. El Gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de estimar la confesión ingenua, se empeñó tenazmente en que Sisberto había de asistir a su hijo; Sisberto hubo de ceder, y, por malos de sus pecados, murió la criatura. Enfurecido el Gober-

nador, puso acusación al físico, haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto había sangrado a la niña, y que habiendo ésta fallecido, el médico, seg ún la ley, debía ser puesto a disposición de los parientes del difunto, para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el Gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podía meter en cárcel a un médico sino por homicidio; Sisberto lo negaba, y no podía probársele; el Gobernador discurrió un tormento inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar a Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no había forma de escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase abrigo n inguno. Era esto en medio de un invierno horroroso, en que a una fuerte nevada sucedían agudísimos hielos, y cuando aflojaba el frío del hielo volvía a caer nieve. El Gobernador decía mofándose que no se podía guardar más estrictamente al físico su prerrogativa: la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel, y cierto que no era cárcel donde él le tenía. En medio de una noche de las más crudas que puede haber en región destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus extremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida; el Gobernador, alzándose del caliente lecho, se asomó a una ventana que daba al patio, y es voz común que dijo a Sisberto las siguientes o semejantes razones:

—De envilecida has tratado a la mujer que honro con mi cariño; si quieres conservar esta

noche la vida, es preciso que te coloques mil veces más bajo que ella: si ella es mi combleza, tú, que la has injuriado, has de servirme de verdugo.

Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiera inspirado con profético espíritu, dicen que le respondió sin detenerse:

—Monstruos como tú y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento no podréis menos de encontrar al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengáis un día a parar en mis manos.

Rióse descaradamente el Gobernador; mandó abrir las puertas a Sisberto y que le instalaran en su nueva casa y oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo a realizarse. Exaltado al trono un Príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un Gobernador tan inicuo subsistiera en su puesto: incurrió además en el crimen de traición, y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él había creado. Centola, abandonada del Gobernador, se abandonó a todos; el Conde o Gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió trescientos azotes por primera vez de mano de Sisberto, e igual número después por haber reincidido. Y como a la mujer mundana reincidente debe el Conde de la ciudad entregarla por esclava a un hombre de ínfimo estado, Sisberto, después de ejecutada públicamente la segunda pena de

Centola, pidió al nuevo Gobernador que se la diese a él, como se la había de dar a otro, y le permitiera pasar a ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debía también, según la ley, salir desterrada: otorgó el Conde la súplica, y Sisberto vino a establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual, desde que cayó en poder de Sisberto estuvo a pique de morirse, no de enfermedad, no de desesperación ni vergüenza, sino de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad sus terribles obligaciones, las cuales, sin embargo, nunca le obligaron a teñir de sangre la segur matadora, merced a la sabia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte; con todo, malas lenguas decían que le repugnaba atormentar a un esclavo o un pobre, y sentía una ruin complacencia en el castigo de un reo de la superior jerarquía: por lo menos es cierto que aborrecía a los Condes inhumanos y a las mujeres orgullosas. Curaba, empero, con piedad a sus víctimas; era hábil en la composición de venenos, y los Condes de Segóbriga le solían emplear para sonsacar a los esclavos y gente humilde, entre quienes el dejarse ver producía el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No había secreto que permaneciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: «¡Mira no vengas a parar a mis manos!»

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo mandó inmediatamente llamar a Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo, donde tenía su habitación, subía la

verduga a la torre que habitaba Teodosinda, tenían Froya y Sisberto un diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El Príncipe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitación?

—Entré.

—¿Sin que te viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos y procurará olvidarse de que me vió: en fin, callará.

—¿Qué notaste en la habitación de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenía muchas cartas en cifra.

—¿En cifra? Ya: la correspondencia con los de su partido. Pero adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

—En cuanto a vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitación uno como de mercader africano o sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

—Precisamente. Un alfanje corvo..., una cota flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah!, y en una arquita, envuelto con mucho cui-

dado, un yelmo a la romana antigua, adornado con una cabellera magnífica de mujer.

—El es sin duda: él era. No estaba entre los vascones; me estaba siguiendo los pasos; quiere aún a Floriana. ¡Oh!, esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas expresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa que el verdugo no pudo entenderlas, o se hizo el sordo.)

—Y ¿dices—prosiguió el Duque—que sólo le acompañan dos o tres esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo común sólo uno se halla a su lado.

—Esta noche, ¿a qué hora le esperan?

—A media noche, y vendrá solo.

«Perfectamente—dijo para sí el Duque, apartándose de Sisberto—; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo a los calabozos del castillo.» —Tú—prorrumpió dirigiendo la palabra al verdugo—vas ahora a permanecer en tu habitación, sin salir de ella ni hablar con nadie.

«¡A buen tiempo tomas precauciones!—pensó el disimulado Sisberto—; antes de venir aquí ya he dado cuenta de todo al confidente del Príncipe.»

Separáronse con esto: el Duque, a buscar a sus cómplices, y el verdugo, a Centola.

CAPITULO VII

> Es justo que me indemnice
> quien todo mi bien estraga:
> reclamo la justa paga
> del sacrificio que hice.
>
> (LA LEY DE RAZA, *acto* 3.°)

El alcázar destinado a los Gobernadores de Segóbriga, situado, como ya hemos dicho, en lo más alto del cerro donde tiene apoyo esta ciudad, menos grande que fuerte, contenía unos calabozos casi subterráneos, contigua a los cuales se hallaba la habitación del verdugo Sisberto: un estrecho y largo chiribitil le servía de almacén para los trastos de su oficio. En un rincón se veía una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; más a la mano, varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes, cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana, un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de hierbas, y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando, anheloso de hacer algún bien, tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacía recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creía dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara, que cuanto más visible hacía el menaje

de aquella mansión, tanto más horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo a otro; la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista a ella dos o tres veces, creyó haber visto a su mujer asomada, observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponía él a Centola, desde que vino a sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóle con desagrado que entrase, y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióle Centola tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabía en ella más pasión que la del miedo. Sus mejillas habían perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo; sus ojos habían cobrado una expresión espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se le espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza, abatida siempre, como en señal de servidumbre harto bien merecida.

Balbuciendo, interrumpiéndose, y graneándosele el cutis de todo el cuerpo cada vez que veía a su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la había llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora había principiado por encargarle que dijese verdad y guardase secreto, porque si no le mandaría echar un lazo a la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, había prometido todo lo que se exigía de ella. Teodosinda le había preguntado si la había enseñado Sisberto a preparar algún veneno fuerte cuya acción fuera

tan rápida que no diese lugar a ningún remedio. Contestó Centola que sí; le encargó Teodosinda que aderezase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendría necesidad de dar cuenta a Sisberto y éste al Duque, la señora le había dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba a saberlo, contase con que ella y el verdugo morirían a la primera ocasión sin remedio. He aquí por qué temblaba Centola de anunciar a su marido el compromiso fiero en que la hermana del Gobernador los ponía. Por fortuna, Sisberto escuchó la noticia con más extrañeza al pronto que desagrado; echóse a discurrir para qué persona querría Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrírsele al instante que debía de estar destinado a Floriana, como era en efecto: al día siguiente había de salir de Segóbriga el Duque, y durante su ausencia quería envenenar Teodosinda a su detestada competidora. Hubiera Sisberto avisado al Duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo, por donde se salía de su habitación a un patio, halló que por la parte de afuera habían puesto a la puerta un recio candado, a fin de tener incomunicado a Sisberto mientras la suerte del Príncipe se decidía. El verdugo con esto, después de un rato de profunda y silenciosa meditación, llamó a su mujer, y afectando serenidad, se puso a preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operación fué larga y los entretuvo por mucho tiempo;

Sisberto se enojó veinte veces con su mujer, diciendo que lo equivocaba todo; echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confección de la funesta bebida. Más de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba a ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traían algún preso al castillo. Era, en efecto, el Príncipe, que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse a la casa donde se escondía, había sido preso sin poder defenderse: un esclavo, a quien Sisberto había encargado que dijera a su amo que se guardara, no había podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él, amarrándole a una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba a los dos amantes. Froya, a escondidas de su hermana, quería acabar en aquel mismo día con Recesvinto: Teodosinda se proponía envenenar a Floriana así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar el candado que Froya mandara poner a la puerta de la habitación del verdugo, a quien iba por primera vez a ordenar que preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó a suspender la orden y quedarse en el tránsito. Encargó a uno de sus satélites que hiciera despertar a Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no había podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le

habían infundido terror. Vistióse obediente y siguió al soldado, encomendándose mil veces al Cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo; abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto, mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz, de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja, que daba a la prisión del Príncipe, alumbrada por una lámpara, e hizo seña a Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, prometiéndose ya un funesto espectáculo.

—Mira sin que te sientan, y calla—le dijo Froya: miró y vió a Recesvinto, sentado sobre una piedra, con cadena al pie y esposas en las manos. Oprimiósele el corazón a la tierna joven, porque en él subsistía siempre el cariño al que un día contempló como esposo; pero supo contenerse sin dar un grito. Cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo a Floriana, que estuvo a punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla a su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron a la estancia del Duque, la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco le dijo:

—Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, a pesar de ser el hijo del Rey de España,

y yo solamente Duque-gobernador de una provincia; voy a explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy yo a sucederle. Los grandes del reino, descontentos con él, los cuales, si no son los más en número, son los más poderosos, se han resuelto a deponerle, como él hizo deponer a su antecesor, el malogrado Tulga; hoy es la reunión de los coligados, que vendrán a acamparse, con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan a Segóbriga; allí voy a ser alzado sobre el pavés Monarca de los visigodos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio, que, aunque tan viejo, es muy temible, morirá si se deja prender; inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro no bastaría. Recesvinto es también para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—¡Ah señor!—exclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos—. ¡Misericordia con él!

—Levántate, y cesa de pedir en su favor, porque te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy a decírtelo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme a nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé a Recesvinto de haberte olvidado: tal creía entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

—¿Es posible? ¿Es verdad?... ¿Seré tan dichosa?...

—Me apresuro a interrumpirte, porque la dicha que te figuras no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo a decirte que Recesvinto debe amarte aún, porque

desde la noche que os separó en Toledo su padre, él, sin duda (tengo motivos para creerlo), no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento; cuando salimos tú y yo de Toledo fué detrás de nosotros; esto prueba que se hallaba en la corte o sus cercanías. El mercader árabe que te defendió de mi violencia era Recesvinto.

—¡Cielos!, y ¡yo que dudaba..., yo que le acusaba de infiel!... Pero, señor, entonces tú debes a Recesvinto la vida.

—No, te la debo a ti; primero a tu cabellera, después a tu intercesión generosa: favor que necesito pagarte. El premio será una corona.

—¡Cielo santo!

—Sí, Floriana, sí: una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularte nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras lo que te ofrezco, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí; hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿a qué he de mentir, si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza es cosa que cualquiera mujer haría; casarse conmigo por salvar a su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, a ser fiel esposa, es acción que de ti sola puede esperarse. Floriana, éste es el momento de mostrar si una española puede abrigar un alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los

bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se los recluye en un monasterio; si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen: el hijo al momento. Contempla tu situación y decide: o vivir esclava de Teodosinda, llorando a tu amante difunto, o vivir soberana de los visigodos, unida a un hombre a quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte a un Rey y al que pretendía heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento ya no le escuchaba Floriana: había comprendido que Recesvinto la amaba leal y que a ella se le mandaba salvarle; sola esta idea entraba en su entendimiento, ofuscado por la inminente desgracia; lo demás ya no cabía en su juicio, no estaba en disposición de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas del mundo, a merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, a Dios.

—¡Padre de los que lloran!—exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo—, ¿es posible que permitáis tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas a lo más verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su Rey.

—¡Su Rey!, ¡su Rey! ¿Qué falta te hace la coro-

na?—dijo la humilde esclava, elevándose por grados hasta tratar con el Duque de igual a igual, casi de superior a inferior—. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿Mejor que lo sería su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya o tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle; sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida. Si el jefe de la conjuración fuese otro, Recesvinto ya no existiría; la loca pasión que me inspiras le vale. Puesto que soy más humano que sería otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; éste eres tú: sé mía, porque, tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del Duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida y le comunicaron una osadía increíble.

—¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya—replicó indignada—que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh!, pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas; basta con una palabra mía, que será la expresión de mi voluntad, de mi obligación, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, ¡yo juro que NO!

El primer impulso del colérico Duque fué acer-

carse a Floriana, con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como a sierva; el segundo, casi simultánco con el primero, fué detenerse. Miróla de alto abajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió a la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio!; estaba cerrada también.

La estancia en que se veía tenía una ventana a cada lado: la una daba al campo; la otra, a un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó a las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercase a las puertas.

Buscó las armas del Duque con intención de quitarse la vida; sólo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera cortada por mano de Teodosinda.

—¡Ah!—gritó desesperada—, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos, que ahora me pueden servir para hacer un lazo que termine mi deplorable existencia!

Arrancó, pues, la trenza y fué a la reja interior para atarla a un hierro. Lo que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba a entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto. Floriana

lanzó un ay penetrante que hizo al Duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana; no pudo hacer más que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El Duque comprendió que aquella mano era suya; dió contraorden a Sisberto y subió. Cuando abrió el Duque la puerta de la estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalón de la ventana y asida aún a los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

—Procura sosegarte—le dijo con piedad el Duque: vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo a Floriana volver en todo su acuerdo; cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que no me contento yo con que vivan; quiero yo además que no se los deshonre. Nadie ha de tocarles a la cabeza—añadió, arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenía en la mano.

—Bien, lo concedo: no se los inhabilitará, no se los obligará a tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me satisfago: no quiero que se los encarcele; sólo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana—repuso blandamente el Duque—: eso que pides es imposible por ahora; más adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio; después

los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme más condiciones.

—¡Oh!, sí, todavía falta la más importante. Yo he sido amante del Príncipe, y he debido mirar por el hombre que amé y que amo; pero antes era española o, como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. «¡Pedirme a mí—decía—que iguale a los españoles con los godos, cuando mi odio a Recesvinto ha principiado justamente por eso!»

—¿No quieres a viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Jurara yo—prosiguió el Duque—, jurara que ese taimado viejo, ese infernal Quindasvinto, me hubo de oír con gozo cuando fuí tan ufano a decirle que tu padre había sido esclavo del mío. «Si tan seductora es la hija del fugitivo (diría para sí), vaya a casa de Teodosinda para que enamore al enemigo de su raza como ha cautivado a mi hijo: este necio se busca su ruina.» Pero al fin, al fin —continuó—, los Reyes que quieran sujetar a los grandes turbulentos habrán de llamar en su ayuda al pueblo, más pronto o más tarde. Bien, Floriana, cuando me haya asegurado en el trono igualaré con los visigodos a los españoles. En mí es esta determinación mucho más meritoria que lo sería en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los

amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ése no es motivo para mí de retroceder; un Rey de los godos debe estar pronto a disputar su vida a cada momento. Esta idea debe ser para ti de consuelo—añadió Froya con inexplicable amargura—: los Reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresión a Floriana esta última frase; pero la réplica fué aún más amarga:

—Las Reinas como yo—dijo—deben durar menos.

Un correo puso término a esta conversación penosa. El Duque, en vista de un aviso que se le daba, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó a unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista a Floriana, pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuése con esto. Una de aquellas siervas instó en particular a Floriana a que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz liberta en disposición de atravesar un bocado; negóse a probarlo, y la esclava no se atrevió a redoblar sus importunidades, por no contravenir a la orden que acababa de darles el Duque. Por entonces Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

CAPITULO VIII

> A la que el lecho ocupó
> de un Monarca, la sujeta
> el uso, casi hecho ley,
> a retirarse a una celda.
>
> (La jura en Santa Gadea, *acto* 1.º)

A la hora de haber salido Froya de la ciudad comenzaron a entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos; dieron la seña convenida a los custodios de las puertas y a los capitanes con quienes debían entenderse y se prepararon todos, en medio de cierta agitación sorda, a esperar la venida del Gobernador, que había de ser aquel mismo día saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes; al descubrirlas desde el castillo habíanse de tocar los clarines de la ciudad, se había de acudir a las armas y aclamar al Monarca nuevo, que sería recibido en triunfo cuando volviese al frente del cuerpo más considerable de sublevados. Tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharía el grueso de la hueste a la ciudad real de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defendería, porque sabían de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaría la elección para que fuese válida, y sería el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocían a Teodosinda, se presentaron a saludarla;

noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse a lo lejos, subió, acompañada de aquellos jefes, a las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvían todos la cabeza, ya a un lado, ya a los otros dos. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del mediodía se vió a un hombre a pie subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos jinetes por el mismo camino.

El hombre que venía a pie era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó a qué había salido y de dónde venía; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del Duque y venía de desempeñarlo; no podía decir cuál era, por haberle encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la veracidad del verdugo. Además había otra pregunta que hacerle, que era la que más importaba a todos, a saber: si no había visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que, parada detrás de una pequeña eminencia, a corta distancia del camino, estaba descansando una legión entera.

—¡Ya están aquí! ¡Ya no hay cuidado!—gritaron todos los oyentes a una voz—. Habrán recibido de Froya orden de detenerse.

—Debo anunciaros una novedad—continuó Sisberto—. Más acá, en un ribazo, desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver, sentado en una piedra, con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenía dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

—¿A quién dices?—exclamaron todos atónitos.

—A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir comprendí que venían del Valle del Paraíso, y se dirigían aquí.

—¿Aquí?

—Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

—Ellos son, sí; ellos deben ser—prorrumpió Teodosinda enajenada—. Retírate, Sisberto.

Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraíso; mientras tanto la conjuración había dado pasos de gigante. Flavio no sabría nada y venía incautamente a ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya a Floriana y persistían en la determinación que antes se había tomado: la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidida en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano Rey, que lentamente se iba encaminando

a Segóbriga como la indefensa res a la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno a punto, pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció a Teodosinda quitarle de en medio aquel embarazo en designándole el sujeto: una muerte más o menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno, pues, quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar a Floriana.

Dejaron los conjurados que el Rey entrara en Segóbriga y se diese a conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle a recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle balbucieron todos sus enemigos, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo a pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y después de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venía cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algún alimento antes; dijo que se le dispusiera, y lo tomaría después.

—Se dispondrá al momento—le respondió Teodosinda, y dejaron a Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormía, el mayordomo o alcaide del alcázar, por un lado, y el verdugo Sisberto, por otro, se acercaron misteriosamente a la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, ce-

rrando por dentro sin que nadie lo percibiera; un rato después, cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba había comunicación, que se extendía hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que había de acortar a Flavio los días de la vida. Un conjurado había de servir la copa, a fin de que sólo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose a los demás que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenía para odiar al Rey; y aun recordándolos, temblaba con extraño frío al tiempo de hacer la fatal mixtura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente a una sala, donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba a hablar ni se atrevía a mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya mediodía: Froya no había vuelto; pero ya, en fin, comenzaban a asomar por sendas y caminos, en los extremos del horizonte, largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban a los rayos del Sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda—dijo el Rey—, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa; siéntate conmigo.

Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latía

de una manera desusada; las venas de las sienes parecía que iban a saltársele; el Rey estaba sereno y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó a los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto, el Rey puso la copa en la mesa y dijo a Teodosinda:

—Manda llamar a tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viaje.

Teodosinda hizo una seña a un criado para que cumpliese la orden del Rey. Este hizo otra a todos los circunstantes, y se desviaron a los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que sólo Teodosinda pudiera oírle:

—Yo he venido a Segóbriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas a oír cosas muy raras, y algunas harto poco agradables.

»Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habéis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda; no hay culpa que no haya querido cometer; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar a la letra en mi epitafio, que tengo ya mandado escribir, en verso, al metropolitano de

mi ciudad real, el santísimo Eugenio (1). Como, por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio; sólo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente a la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!»

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró a todos los que se hallaban presentes.

—Quiero—prosiguió—bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho; pero grandes bienes he hecho también; he sabido lo que han ignorado muchos; he gobernado a España con acierto, con gloria: por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad a mí mismo, no es extraño que sea también severo para con los demás, contigo. Oyeme, Teodosinda.

»Cuando fuí exaltado al trono se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que más trabajó en mi favor entonces; tu hermano solicitó el enlace: nada podía yo negar a tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio; yo me tomé tiempo

(1) En efecto; éstas y las expresiones con que termina el párrafo se hallan en el epitafio de Quindasvinto, entre las obras de San Eugenio.

a fin de preparar a mi hijo: hombre hecho, no se le podía mandar como a un mozalbete. Tú hasta entonces habías sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron a ojos vistas; tus virtudes desaparecieron del todo. Yo quería que Recesvinto me sucediese en el mando; yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un Monarca. Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condición privada, no me daba cuidado: Teodosinda, Reina, me daba mucho. En esto mi hijo se había prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar a mi hijo; él, para olvidar su pasión a una mujer cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya, y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte: tu orgullo degeneró en menosprecio de todos; tu frialdad de alma, en inhumanidad. Yo juré que no serías Reina de España.

Teodosinda miró a Flavio con los ojos como ascuas.

»Pero yo no doy cuenta a nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasión, y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasión había vuelto a embravecerse, me servía sin figurárselo; Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su próximo casamiento: esto último lo sentí, porque, verificado, para con muchos próceres debía perjudicarle. Desde entonces mi hijo, tu hermano y tú habéis estado rodeados de espías. No te estre-

mezcas, Teodosinda; te he dicho que venía a reconciliarme contigo: ahora vas a saber cómo.

»Froya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. No te levantes, mujer: ¿adónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansías la grandeza; yo he sido quien ha dado lugar a esos sueños y a esa ansia; justo es que yo ponga el remedio a mi costa. Al lado de un hombre como mihijo, propenso a ceder al femenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su consorte; tú, por el contrario, necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver a tus antiguas virtudes y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo, y por el bien del país no debe cumplirla: ni él quiere ni yo quiero; pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagraviar cuanto sea posible a la persona a quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser Reina por eso. Teodosinda, yo he venido a casarme contigo.

La sorpresa, la confusión y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda.

»Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo

permitiré; antes al contrario, por tu conducto dispensaré cuantas gracias pueda. La práctica del bien, voluntaria o, forzosa, te aficionará a él y te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibas te afirmarán en ella. Después de mi fallecimiento habrás de entrar, según se usa, en un monasterio; de esta manera se evita que vuelvas a pervertirte aunque te falte mi vigilancia. Ea, pues, Teodosinda, renuncia a tus ideas de venganza y da la mano a tu marido.»

«¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto?—se decía a sí propia Teodosinda—. Imposible; ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser Reina, y si me vengo no lo seré. Pero ¡es tan dulce vengarse!»

—Señor—dijo por fin, sin atreverse a tender al Rey la mano—, ¿qué haréis de Floriana?

—No quiero disimular más tiempo contigo—respondió el Rey en voz baja—: Floriana será esposa de Recesvinto.

—¡Su esposa!—exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse—, ¡su esposa!

Al levantarse había alcanzado a ver por el balcón de la sala numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos a la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos, ya cundían dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos a otros con satisfacción; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como si contestara a la exclamación de «su esposa», añadió esta sola palabra: «¡Bien!»

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mía—le dijo benignamente el Rey—, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes; ha llegado el día en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora a servirme la copa: cógela, Floriana.

Floriana, aletargada, alelada por la pena, había venido hasta el salón maquinalmente; ni la presencia del Rey allí, ni el tono en que la hablaba, le causaron impresión ninguna; sólo sentía, sólo comprendía, sólo podía pararse su imaginación en el terrible pensamiento de que iba a ser esposa de Froya.

—Hija mía—prosiguió el Rey—, hazme tú la salva para que beba. (Floriana no le entendió.)

—Bebe tú primero, Floriana; bebe tú primero en la copa de que va a servirse tu Rey—repitió Flavio, poniendo a la hija del valle la copa en la mano.

La celosa Teodosinda, que vió a Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se había dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningún caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigían. El Rey hizo apurar a Floriana la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala, precipitado y fuera de sí.

—¡Apártate de ahí, hermana—gritó con voz espantosa—; apártate de ahí, que nos han vendido!

La mayor parte de los conjurados, no poco atur-

didos ya desde que vieron que Flavio no había bebido el veneno, echó a correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

—Flavio—continuó Froya—, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serían fieles. Pero aunque tus soldados rodean a Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda; pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

—¡A mi lado!—exclamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante y en defensa de Flavio, diciendo a voz en grito: «¡Muera el traidor!»

—¿No he de vengarme?—dijo Froya rugiendo.

—Yo he sido más feliz—repuso Teodosinda señalando a Floriana, que, perdido el conocimiento, caía en el suelo—. Mi rival ha perecido envenenada.

—¡Me has robado mi amor!—gritó Froya rechinando los dientes—. Yo mataré al que es objeto del tuyo.

Salióse de la sala corriendo.

—Seguidle y prendedle—dijo el Rey a algunos de los fingidos conjurados—. No encontrará Froya a Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad a esa mujer y llamad a un físico: llamad gente que cuide a esta otra desventurada.

Los que no habían seguido a Froya rodearon a

Teodosinda y se retiraron con ella; el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

—¡Animo, hija mía, ánimo!—le decía el Rey sosteniéndola—. Van a socorrerte; aun es tiempo; tus enemigos van a ser ejemplarmente castigados.

Estas palabras últimas, que entreoyó la inocente víctima, le hicieron esforzarse a articular algunos sonidos, que se negaba ya a formar su lengua paralizada.

—¡Perdón!, ¡perdón!—exclamó la misericordiosa joven; y, cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaban el físico y las esclavas se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey a la puerta, pero la halló cerrada. Al retirarse Froya, seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta, que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venía Recesvinto, libre ya, como se dirá más adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió a entender que de aquella estancia sólo había de salir vivo el uno. Recesvinto cerró también la puerta por donde había entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos con que echar abajo las puertas—dijo Froya a Recesvinto—hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si perezco yo—contestó el Príncipe—, tú puedes librarte. Mira.

..iendo y haciendo abrió en un ángulo una ..ortecilla disimulada que daba entrada a una ..escalera tortuosa. El alcaide o mayordomo del castillo, fiel al Monarca y al Príncipe, les había descubierto el secreto, ignorado de Froya. La escalera comunicaba con el calabozo donde había estado Recesvinto, y desde allí, por un camino subterráneo, guiaba fuera de la ciudad. Por este camino también, pero por otra escalera, había entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban a Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto había sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, mientras éste había fingido reposar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debía durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta daba enfrente del cuarto donde habían arrestado a Teodosinda, que era donde poco antes había estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda, acudiendo al ruido, se asomó a la reja a ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre a quien había tenido amor. El resultado del combate siempre había de ser funesto para ella. Asaltada su razón con tan repetidos golpes, comenzó a turbársele; agarróse fuertemente a la reja y principió a dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey co-

menzaron también a golpear las dos puertas de la sala para vencerlas. Con el estrépito de los martillos retumbaba el palacio todo; el batir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacían temblar.

A los primeros lances hirió Froya a Recesvinto ligeramente; el furor del Príncipe se aumentó con la herida, y el Duque fué herido también. Yéndose entonces a Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del Príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del Duque. Cada uno cayó por su lado: Froya, sin vida; Recesvinto, sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey, desatentado, llorando como un niño, cogió a su hijo en sus brazos y él solo le condujo a una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir a la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que había caído, frente a la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué a recogerle para darle sepultura por mandato de Flavio, otro espectáculo más lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se había suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

CONCLUSION

¡Gloria se dé al Altísimo,
y él bendición derrame
sobre el piadoso espíritu,
que, roto el yugo infame,
la libertad ingénita
devuelve al español!

(LA LEY DE RAZA, *acto* 3.°)

Unos cuantos días después pasaba por la Hoz una litera enlutada, rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de éstos había acompañado a Froya cuando llevó a Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados a vista del agujero adonde Floriana tiró la piedra, el soldado (que lo había visto, a pesar de las precauciones de Froya) no pudo menos de decir al alcaide:

—La predicción que hay acerca de este nicho siempre se cumple, de un modo o de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese a pasar por aquí, viva o difunta: el agüero queda cumplido.

El alcaide se sonrió; pero corroboró la idea del soldado diciendo:

—En efecto; la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas más adelante celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer había principiado el banquete, y a más de media noche no había con-

cluído: se habían retirado los ancianos; los jóvenes seguían bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los Duques Venderio y Frandila y el Conde Evárico, amigos suyos, con quienes había tenido largos coloquios durante el festín.

—Continúa—dijo Venderio al Príncipe—, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa, la romana, era un ángel de Dios.

—Un ángel—repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos; porque la conversación iba haciéndose general: los que no habían oído el principio lo preguntaban a los que lo sabían.

—Que hable alto para que todos lo oigamos—gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

—Cuando yo dije a mi severísimo padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la más ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra y me juró que si hechas con Floriana rigurosas pruebas se mostraba tan virtuosa como yo decía, permitiría por solemne decreto mi enlace con ella. En medio de la exaltación en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre porque conocía muy bien el inmenso valor de mi amada; después temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazón demasiado fuerte, vais a mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto

que después no pudiese amar al hombre que había sido capaz de consentir en su largo martirio. ¡Os reís como de una cosa inaudita! ¿Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazón de un hombre? Yo os juro que merecía Floriana que tuviera yo ese temor por ella. Mi padre me obligó a prometerle que mientras las pruebas duraban me mantendría siempre distante de mi dulce española: a la verdad, si hubiera sido testigo de sus amarguras, a pesar de mi edad y promesas, yo me hubiera hecho traición repetidas veces. Se me echó de Toledo, Floriana fué reducida a la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa romana se mostró siempre resignada a su suerte, respetuosa con su ama, fiel a su amor. Solamente fué capaz de faltar a él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, o más bien un amigo nuestro que engañó a Froya, me ha dicho que la misma noche que fuí preso y conducido a Segóbriga, el Duque, determinado a matarme, ofreció a Floriana que me dejaría con vida si consentía en ser su esposa...

—¿Su esposa?—exclamaron interrumpiendo al Príncipe con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa—contestó Recesvinto—. Floriana consintió en dar la mano a Froya para salvarme; pero le obligó a jurar también que respetaría la vida de mi padre y permitiría que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

—¿Eso prometió Froya?—volvieron a exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya a nuestro leal amigo Everedo en la mañana de la sublevación. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido—replicó Frandila—. Mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos a proclamarte Rey en unión con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposición tendrás nuestro apoyo.

—A pesar—añadió Venderio—de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

—Sí, sí—gritaron todos a una voz.

—Decís eso—replicó el Príncipe—porque no existe; si viviera, pensaríais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro nombre.

—¿Juráis—repuso el Príncipe—que si viviera Floriana no llevaríais a mal mi enlace con ella?

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!—gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó a una puerta de la sala, delante de la cual pendía un gran cortinaje; descorriólo de golpe y apareció ante aquella juventud entusiasta la candorosa figura de la hija del valle, que, puesta de pie, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversación.

—¡Floriana vive!—exclamó el enamorado Recesvinto—: vedla, ved la que me concedéis por esposa.

—¡Viva!—gritaron todos—. ¡Viva nuestra Reina!

Sisberto había confeccionado un narcótico para Floriana, en lugar de un veneno, y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el Duque Froya.

Despertó la vocería de los convidados a todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blanco también, tenía un nosequé de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron a contenerse en los límites de una moderada alegría. Quisieron que la proclamación de Recesvinto se hiciese en aquella hora misma; hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron clarines y se puso en arma a Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo Obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del Príncipe, que se hallaba en la ciudad a la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante desde la iglesia donde estaban juntos orando. Toda la población, que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó a la plaza del pretorio. A un balcón anchuroso y largo, sostenido en el pórtico, salieron Flavio y Recesvinto, llevando a Floriana en medio; a sus lados, los dos Pontífices de Toledo y de Zaragoza; a los lados de éstos y detrás, en cuanto el balcón lo permitía, se apiñaron los Duques y caudillos de la nobleza gótica; los demás ocuparon las ventanas próximas.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el Sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de su emancipación a la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompían los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batían las palmas; los mantos volaban, arrojados sobre las cabezas, sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano, y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo hubiera de repente quedado desierta.

—Godos ilustres—dijo el Monarca—, yo os he pedido que asociéis a mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—¡Sí!—gritaron los próceres, que se hallaban en el balcón o mirador principal—. ¡Sí!—dijeron los que estaban en los miradores contiguos—. ¡Sí!—dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—¡Viva el Príncipe! ¡Viva el Rey! ¡Viva Recesvinto!

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el Obispo Braulio hizo seña de que había más que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me oís—dijo con esforzada voz el Obispo—, hasta ahora, por justos juicios del Todopoderoso, ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adora-

dores del Señor que nos crió a todos. El Rey, el Príncipe, la Nobleza y la Iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana y romano y goda. El Príncipe Recesvinto, que había tiempo ha ofrecido su mano y fe a esta española que veis a su lado, se desposa hoy solemnemente con ella: la ley lo autoriza, la Iglesia los bendice y yo me complazco en declarar a Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su estado y la más virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguía la voz de *¡libertad!* y la de *¡igualdad!;* ya los nombres de *Flavio* y de *Recesvinto;* pero más veces y más claro resonaba el nombre de *Floriana.* Aquella esclava, que habían visto cruzar, con los ojos bajos y rostro melancólico, las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda; aquella segunda Ester, más mortificada que la primera, había conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escaladas todas las ventanas del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los antepechos de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó a los bienhechores, disfrutando aquéllos el placer inmenso que causa un bien merecido pero inesperado, y éstos la fruición inefable que siente

el corazón de donde ha salido una acción magnánima. Godos y españoles se abrazaban, llorando, al pie del balcón, donde agrupadas las personas de los Pontífices, los Reyes y la hija del valle, se reunía en un punto lo más sagrado que hay en la tierra: la fe pura y la sabiduría verdadera, el poder clemente y justo, la virtud heroica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo marchó aquel día Floriana, en un caballo blanco como la nieve, a ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenían los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso a sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla que cogía al paso la caja o concha de un carro magnífico de guerra consagrado al Señor como despojo el más preciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, había ganado al Rey de los francos, Gontramo, en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas; hizo subir a Floriana en ella y, levantándola en hombros, la condujo así en triunfo a la iglesia, con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el Príncipe, sobre los caudillos y los guerreros; porque el día en que la virtud es conocida de los hombres se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha, como había sentido el mal sin exceso, dejábase conducir,

enviando una u otra mirada tímida a los lugares que habían sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que partían de su alma a los pies del Altísimo, dos ruegos tan sólo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila obscuridad para ella.

APENDICE

DEL

ORDENADOR Y EDITOR DE ESTA CRONICA

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España y su nombre mismo han permanecido ignorados; si hubiera sido una Princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo, su nombre hubiese encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la humanidad inmortalizan su memoria.

El nombre de *Floriana* que lleva la heroína en esta narración tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano D. Julián Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapa-

cio de pocas hojas, que tenía en la cubierta escritas estas palabras, de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió y pude haber a las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga* (1). Al pie de la primera página, que, como era natural, principiaba con el título de la obra, y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado), *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal segobrigense, en la Celtiberia*, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: *Es obligación mía divulgar este escrito por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza, Valparaíso de Abajo, poco distante de Cabeza del Griego.* Desde que por muerte de mi abuelo vinieron a mi poder algunos escritos de mi tío D. Julián Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y muy exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, a cuyo texto me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de éste, y por lo que conviene a mi propósito, reproduzco aquí la introducción, a la letra:

---

(1) Esto creían muchos a principios del siglo actual; ahora se cree que no fué Segóbriga, sino Ercávica, la ciudad que existió en Cabeza del Griego.

«Bajo el amparo—dice—de Dios Todopoderoso, y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la santa iglesia episcopal de Segóbriga (1), me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina..., española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas regias de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de la veneración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos a la gran Princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de... aparezca en este breve libro, que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija como la del códice más suntuoso de los que tengo trabajados como escribiente de esta santa iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré (Dios mediante) siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiere, comienzo así: En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece se lo recelaba, bien fuese porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara más adelante, bien porque le faltase tiempo o

(1) Probablemente diría *Ercávica* en el códice, y en este como en los demás casos hubo de leerse *Segóbriga*, ya por la dificultad de la letra, ya por el mal estado del manuscrito.

quizá la vida para cumplir su designio, ello es, según advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea, por ser más delicada; no llegó a principiarla; y la Reina, por consiguiente, se quedó anónima para la posteridad: porque aquella Reciberga, que algunos autores han dado como esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe a otros, lo fué de su padre.

Oigamos a mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la Princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra:

«Pareciéndome una profanación—escribe en sus notas—dar un nombre supuesto a un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el *Martirologio Romano*, impreso en Roma en 1585, llamé a la hija de mi hermano, María, niña de pocos años, que aun no sabía leer entonces, y le entregué el libro, mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña a su modo, introduciendo el índice de la mano derecha por la página 251 y el índice de la siniestra por la 684. Preguntéle entonces cuál de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos en ambas páginas había dos santos de un mismo nombre: San

Floriano, mártir, de quien se hace mención a 4 de mayo, y San Floriano, mártir también, de quien se lee a 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó de suerte que me persuadí con toda certeza de que, por divina permisión, había hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo o bisabuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrúpulo ninguno planté a mi tradición por título: *Historia de la Reina Floriana.* Borré poco después el nombre, porque una reflexión me aguó todo el contento que me había producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano* para indicar una persona cuyo nombre se ignora u omite; y discurriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente: Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauración y siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernández a cualquiera porque abundan los Pedros) dirían entonces un *Froilano* a todo hombre desconocido; y de aquí, algo más adelante, se formaría el *fulano* (1). El *Froilano* gótico probablemente sería el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, pues ni se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana*, en nuestro país, no es nombre, sino substi-

---

(1) Nuestros orientalistas quieren que el *fulano* español venga de la palabra hebrea *feloni*, que, en efecto, significa en aquel idioma *un cierto hombre*. A mí me parece una *felonía* separarme de la opinión de mi tío.—*J. E. H.*

tución indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito *Historia de la Reina Floriana* equivale a escribir *Historia de la Reina doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*.»

FIN DE «LA REINA SIN NOMBRE»

S

saile

mae

sos r

scul

cual

un n

des,

razó

non

gra

sa fi

bien

biec

men

nón

ricas

tura;

liesei

en a

gran

LA NOVIA DE ORO

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO

(Véase el Vocabulario de la pág. 221).

Salomón fué llamado un Conde, asaz rico en vasallos e asaz pobre de magín, que, segund cuenta el maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos, hobo tierras e poder nada cortos acullá en las septentrionales partes de España: el cual Salomón fué muy mucho familiar e devoto de un mágico sabidorísimo, timoroso de Dios e los Condes, que había nombre *Babieca*, ansí dicho con farta razón, ca seyendo home doto más que otro ningún, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra o simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potaje de almortas. El bienaventurado Salomón casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mujeres arreo en soldemente treinta años; e todas las doce mujeres salomónicas fueron a maravilla fermosas e honestas e ricas e plascientes, e de poca vida, que es rara ventura; e todas encaescieron, e vivióles la cría, e fallescieron luego e la cría después, e Salomón heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantía: e catad a Salomón doce vegadas viu-

do, e doce vegadas más rico ansimesmo que cuando era barragán, solo e señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, e le rogó afincadamente de facer trato con los planetas más graves e copetudos, como don Junípero, don Saturio e don Marcio, e con los celestes enhastados signos, a saber, don Arias, don Tahur e don Capigorronio, de le dejar una esposa que le cuidara en su postrimería, e le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó a la hora sus cuadrantes e astrolabios e otras máquinas peregrinas para fablar con los astros por señas, e sinificóles el cristiano deseo del Conde; e respondiéronle las estrellas faciendo guiños, que aína podría el Conde haber subcesión felice para su casa; pero en casando que se casase, moriría de fijo: ca sus altezas los planetas e signos e toda la demás cámara lúcida tenían por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fues la del fraire. Amohinóse un tanto el adocenado Salomón con lo de morir si paladeaba más el pan de la boda; ca discurriendo que sus doce veladas habían tan de súpito fenescido por ser altas e ilustres doncellas, revolvía en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre e rolliza, que semejaba seer asaz vividera e más que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar por matrimoniar, paresciόle consejo más sano seguir Conde viudo, que facer viuda Condesa. Mas como en echando un Conde el ojo a una moza, penoso el desviarlo dénde le sea; e como agudamente

duela a cualquier Príncipe non dejar herederos, a su talante habidos; Salomón, dando hí e tomando, cayó en cuenta un viernes en ayunas, a la hora de alheñarse la barba, de que don Capigorronio e don Junípero (llamado otrimente don Joven), don Saturio, don Arias e compañía amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decía de *requiem æternam*. E como fuese notoria fazaña que el mismísimo don Joven hobiese habido fijos, sin casar, en doña Bleda, doña Anade, doña Guilopa (1) e otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, antes de se encaramar acullá suso a las planetarias esferas, el temerario Salomón, como se vido con la barba en la mano, quísosela facer a todas las estrellas que su casamiento impedían; e non catando ál que la conveniencia del su estado, propúsose de tener subcesión sin tener esposa; e salióse con ello, e non morió, nin dolióle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atoviéronse a la letra de lo prognosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que apsí la apellida maese Ferruz, por seer vana a la par del pavón cuando ha más poblada la cola) des que se cató con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia; cercóse de boato e atuendo al tenor de

(1) En este cuento se llama don Saturio a Saturno, don Junípero y don Joven a Júpiter, don Marcio a Marte; a los signos Aries, Tauro y Capricornio se convierte en tres caballeros con los nombres de don Arias, don Tahur y don Capigorronio; finalmente, de Leda, Europa y Dánae se hace una doña Bleda, una doña Guilopa y una doña Anade. Para estropear nombres mitológicos se pintaba solo el maestro Ferruz.

una Emperadora; puso e quitó en el condado; trató mal a Barón y escudero, dama e labriega, viuda e pupilo: a tanto que otro viernes como el de marras, enojado el Conde por consejo del sesudo mágico, envió de improviso a la cámara de la cuasi Condesa un fraire, tremebundo sermonador, e con él un muy reverente e manso bochín, con el hacha al hombro, recién aguzada. Amonestó el coronado a la Pavonesa que, mal que le pesara, se convirtiese a Dios, e viese de reparar la su mundanería; e díjole melosamente el bochín que, si non, se dejase apercollar de gentil talante; e la non mal avisada mondonga, súbito con celeste lumbre de santa vocación asistida, partió de carrera, e tras ella el bochín, a un monesterio, gridando por la calle:

—Pecadora fuí, monja quiero seer, cilicio e penitencia demando.

Recebiéronla edificadas la abadesa e sororas del monesterio, motiláronla, ciliciáronla, e fué de todo punto monjificada, et en pocos días, olvidada de lo que en vano remembraríe, deprendió diestramente la manifatura de las tortas e pan pintado, bollos, conservas e suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, e fenesciendo en paz con renombre de una de las más ejemplares e zarandeadas madres de la caostra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos a la fija, cuyos loores luengamente relata en su corónica el maestro Ferruz, que de seis a trece años le enseñó cuanto él sabía, et a los trece y medio ya sabía la rapaza mucho

más que el maese. Nascida en el día de Sant Carísimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carísima* vale tanto como *muy querida* e *muy costosa:* e la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy *querida* e deseada del su padre antes aun de nascer, e fué muy *amada* en nasciendo, e fué muy *costosa* a su madre, e púdolo seer a su padre, a malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba; seyendo empero una cosa barbas e pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilación de la pecatriz convertida; ca los arrojos de los Príncipes nunca se pagan en propia, sino en ajena cabeza: de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fues, Carísima cresció por sus días andados gentil e donosa, traviesa et aguda, e señaladamente damísima en todo: nunca sofrió un vestido más de una postura; dormía con guantes e con un polido tocado; en su vida sentó los pies fuera de alfombra, litera, silla de manos o estribo. No alcanzaba muy grand estatura; facíala, sí, más linda el seer pequeñuela; el talle cabía en los jemes; labios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso e de lustre; los ojos, negros ansimesmo como el zabache, magüer non grandes por demás, eran sobremanera graciosos e bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España destonces que mirada e remirada Carísima a la menuda, non dábase en ella parte o faición que fues de suyo acabada e perfeta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura

más apetescible que toparse pudiera. Aquí el maestro Ferruz, en descargo de su consciencia, declara e jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad e un tantico más de la gentileza de la Condesita iba ciertamente en el atavío precioso et atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas había la moza, e tan grandes algos dependía en ellas, que a darle Salomón barro a mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas Condesas non abastaran para su arreo, e destonce sí que fuera para su padre carísima. Fueras ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola et alegre como un pandero, a tal que non se apartaba de su boca la risa, ca decíale asaz bien a su cara. Ansí seyendo, dicho es que habría pretendientes abondo: cual moscas a miel acudían Príncipes, Duques e Barones a recuestarla; ella con apacible faz oía los requiebros de todos, respondíales con falagueras razones que non la ponían en premia, e dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar e tomar buenos tumbos e tal cual espadada, e gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo e facía la vista gorda el buen Salomón por consejo del bonísimo sabio; ca veyendo farto dubdoso el que la Carísima heredase la ventura de heredar a doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan a manos llenas echaron los Cielos la su bendición a la fija de la Pavonesa, que a la par dos Condes e un Duque, perilustres y prepotentísimos, pretendiéronla por mujer a la faz de la eglesia, sin se curar de que su madre non fuera

velada; bien que Salomón hobiérala reconocido ante el su Consejo, e todo el condado salomoniense recebídola e saludádola con vítores Condesa futura.

Días corrían, años pasaban, la Condesa llegaba a sazón: forzoso era ponerla en estado. Un día que se había aderezado con sus galas mejores, llámase a palacio al astrólogo: Babieca viene.

—¿Con quién aparellamos esta paloma?—dícele jubiloso el padre—. El Conde Bolonio, el Conde Espárrago et el Duque Armatoste sospiran por la mi única fija: ¿quién carga con ella?

—Dicho lo habedes—respondió gravemente Babieca—: fallo es inapelable de las estrellas que sólo sea marido de la gentil Carísima el su amador que en hombros la pueda levar desde este palacio a mi choza.

—Catad—repuso el Conde—que la manceba non es grandemente rolliza e pesante, ni cae lueñe tampoco vuestra posada: levarán a tal fardo cuantos lo quieran, e non sabremos a quién endilgarlo.

—Si pesa o non pesa—tornó a decir malicioso el mago—, decírnoslo han los que tomarla deben a cuestas: vengan e prueben.

A la hora fueron congregados los Condes e mucha gente: echaron suertes; cúpole la primera al Conde Bolonio, forzudo garzón e redondo como una bola; cogió a Carísima de la cintura, echósela al hombro como un haz de centeno, fué a dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre a todos los hí estantes en torno: en el punto crudo de posarse

en sus hombros Carísima, convirtióse en estatua maciza de oro, e despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hí hobiera pasado. Asió de ella el Conde Espárrago, altísimo e derecho mozón, e morió estrujado ni más ni menos que el Conde gordo: el Duque Armatoste, alto cuasi como el Espárrago e muy más robusto, emprendió también con la aciaga novia: cargó, e reventó con la carga. Espantados los demás Condes e Barones, que non osaban pretender a Carísima sinon de lueñe, fugieron dende a pícaro el postre. La Condesita, toda confusa et avergonzada, fuése a desnudar sus galas sanguinolentas; colérico el Conde, caviló un rato si debería quemar vivo o enforcar por lo menos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, e dejóle estar para mejor coyuntura. El doctor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, e fuése a yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí alborotados los pueblos de España con la extraña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas a quien Carísima furtó sus galanes, aceda para los que presumían conquerir a Carísima, miraculosa para todos los ál, que así a ver la ya terrible Condesa acudían, como a tornante ánima del otro mundo. Mirábanla e remirábanla, e placíales el talle e la cara, el vestir, el andar, el decir e reír de la moza; concomíanse un tanto, e luego santiguábanse e partían de carrera diciendo:

—Novia que pese, puédese sofrir, pesan todas; novia que ap.aste, ¡guarda! Carísima tan cara non la queremos.

El Conde, que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, paresciéndole más facedera cosa los acrescentar con una boda a su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable a su Carísima, que de buen grado la monjificara como a la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer a felice cabo; e non acertando a desfogar su iracundia en la su fija ni en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hacia sus vasallos, pagando por todos los que más a la mano estovieron: enforcó por ende Gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas escandalizantes, encorozó escribas, engaleró malsines, e fizo otras mucho buenas justicias, que sólo se logran cuando por la permisión de Dios se acedan los Condes. Era el estado de Salomón una balsa de aceite: estornudaba él, e calambregábase su corte. Carísima en tanto estrenaba una gala por día, non dándosele un figo de ir a la tumba con palma.

Pero otra cosa estaba de suso. Figuradvos, pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso día de mayo, a la tardecica, monta a caballo la Novia de oro (ca los caballos, como non pretendían casar con ella, levábanla a cuestas e non reventaban), e métese por un otero, e cae el caballo con la jineta en un charco, e por poco la estruja, con no seer de

oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio día fuera recebido en palacio; gritóle Carísima que la sacara de entre caballo e lodo, e sesudamente respondió el palafrenero que, segund la cartilla que leída le fuera en la misma mañana, tocábale a él solevar el caballo, no empero levantar ni tocar de sus manos a su ama, ca esto era previllejo del su caballerizo.

—Si vos non me alzáredes—díjole gimiendo Carísima—, non podré yo, ca por mi cuenta debo estar deslomada.

—Veámoslo, pues—repuso el remirado palafrenero; e restallando reciamente el látigo sobre el palafrén e la dama, cual si enderezarles quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor, e alzáronse entrambos. —¡Loado sea Dios!—prosiguió el mozo.

Carísima, enojada por el susto, embistió a sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos, aquietóse de súpito e mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero, e tornó con una camisa de fino cáñamo et un jubón e saya de rica bayeta, que hóbose de vestir a falta de otros la Condesita: et al apearse el palafrenero para dar el hábito a su ama, acogiósele su caballo, e siguióle el de Carísima como buen compañero. Hételos a los dos a pie, solicos, lejos de palacio, e la noche que viene. Andan e callan al pronto, andan e departen después, e departiendo, echa la Condesita de ver que el palafrenero Justino fabla como un calonje, amén de ser bello como un angelón de retablo,

e préndase sin más del palafrenero. Mas el dolor de la caída molesta a la pobre moza, e cojea: nótalo Justino, et olvidando ya la cartilla palafreneresca, ciñe a la Carísima con sus brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carísima, que poco antes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la mataran, e pugna por desasirse cuando el palafrenero por echársela encima, timorosa de tornarse oro e atortillar al mancebo, el cual, en efeto, la deja: sabía el Justino el apretado fin de los tres ricoshomes descacharrados; mas entendía homildemente el mancebo que así como podían portear los caballos e los jumentos a la su ama sin empecerles cosa, también así la podría tomar a cuestas el palafrenero, por su concomitancia con los cuadrúpedos. Aguantando, pues, el dolor, esforzándose a sonreír, magüer sin gana, prosiguió andando Carísima, e fizo contar su historia a Justino, e sopo que había madre vieja e dos hermanas que él mantenía, que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolendas arreo; que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño facer, gobernaba a su gusto el potro que más coceaba; e, por fin, que dejado había en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras no pusiera en estado a las hermanicas e ganara para mantener honradamente a la vieja. Carísima lagrimeó bien de vegadas oyendo la tierna relación del mancebo; él pidió a su amita perdón del susto; dióle ella a besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quísole ella alzar; e al abajarse ella e levantarse él tropezaron

los labios de la moza con la frente del mozo, et osculáronse hí mal su grado con un buen coscorrón, que les fizo perecerse de risa. La madre e las hermanas fueron traídas e acomodadas en palacio al otro día.

No puede el amor absconderse: Carísima non vivía a gusto salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por él facía merced a cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, pescudó a la hija, confesó ella, buscaron al mágico.

—Padre Babieca—dijo Carísima—, yo quisiera seer de Justino; pero non quisiera estrujarle.

—Babieca amigo—díjole el Conde—, mozo que tan gallardamente menea el látigo paréceme cortado aposta para marido e para Príncipe. Otro yerno apetesciera yo; pero a éste apetesce mi fija, e yo non he asaz de brío para emparedar a ella e descabezar a él, como barrunto que convernía: pedid a los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia.

—Imposible—respondió el trujamán de las estrellas—. Justino ha de traer a Carísima desde su palacio a mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola a cuestas, puédese tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero.

—Farto me duele—repuso la vana de Carísima—haber de casarme con vestido tan feo; peró cáseme yo a lo pobre, que yo me ataviaré luego a lo Príncipe.

—Mataredes a vuestro esposo—dijo Babieca—en tomando más vuestras galas; ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada

en oro, e será dél lo que fué de los tres malaventurados.

Carísima gimió de lo hondo del alma; recobrándose empero, dijo:

—Tanto quiero a Justino, que por que a él no avenga daño por mí, aun tomaría un cilicio a raíz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta.

El padre et el mágico bendijeron e besaron a la mochacha, e despidiéronse fasta el día siguiente. Llegada Carísima a su aposento, juntó sus galas e sus dineros, e repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio; Carísima durmió mejor que ninguna: sobre una buena acción, de miel es el sueño.

Amaneció, vistióse Carísima sin facer dengues la honesta ropa, e ved ¡qué asombro!: más bizarra parescía con aquel pobre hábito que con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor e virtud? El cura, padrinos e testimonias ya estaban en cás de Babieca; millares de millares de homes e fembras, en dos hileras, contenidos por la guardia del Conde, facían calle del palacio a la choza. Sabíase de qué se trataba, e Justino, que andaba forastero, non sabía cosa: bajaron Salomón e Críasima a esperarle en la plaza de Armas. Ya viene, ya llega: míranle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde a Justino:

—Toma en hombros tu novia.

Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carísima, magüer nunca lo dijo; sabía

que era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; paresciόle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto echóle los brazos, diciendo soldemente al alzarla:

—Carísima, mirad por mi madre.

¡Qué pasmo! e ¡qué gritería de júbilo cuando vieron que el felice Justino, gallardeándose con la fermosa carga, más leve que esponja, arrancó de carrera con la celeridad de quien va hacia la dicha! Poblóse de capas el suelo, hinchóse de bendiciones el aire. Recebieron las del clérigo los dos amantes; e Carísima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de oro*, por su alto merescimiento, por su inestimable valía.

Remata su corónica el maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la roína de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama a su esposo quien no cuida su hacienda: a tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

FIN DE «LA NOVIA DE ORO»

MARIQUITA LA PELONA (1)

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV

(Véase el Vocabulario de la pág. 221).

Vituperable cosa paresce traer de contino palabras en la boca, de las cuales la sinificación non se cala, como quier que mancilla seya del home de seso fablar de aquello que non entiende. Dígovos esto a los que la presente relación hobiéredes a las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar a *Mariquilla la Pelona;* e yo tengo para mi sayo que ansí quién fué Mariquilla la Pelona sabredes como sé yo quién se hobo de comer el gallo de la Pasión, magüer barrunto que sería ciertamente una boca o más de una. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal subjeto, e vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García llamada, villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cría, las cuales tan gentiles e donosas caras han de ordinario que tales véalas yo en torno de mí a la hora de mi muerte: serafinicos viera. Padre fué de María un

(1) La Reina sin nombre y esta leyenda fueron destinadas para entretenimiento y consuelo de una hermosa dama que a consecuencia de una enfermedad tuvo que cortarse el cabello.

honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo e bien quisto e non mal heredado, e de bien poca sal en la mollera: cosa que al padre et a la fija mucho de malandanza trojo; ca en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza más haber de bellaco que non de bendito. Fué ansí que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigación con un su vecino sobre un parral que valdría fasta cincuenta maravedís; e había razón Joan, e diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite; salvo que non duró menos de diez años, nin le montó de costas menos de cinco mil maravedís, amén de un mal de ojos, de que vino a fincar ciego a la postre. Como se topó menguado de facienda e sin la vista de los ojos, aborrido e desconhortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados e de curiales, e tomó la vía de Toledo con la su fija, que entrada en los disiséis años, habíase fecho una de las más garridas, apuestas e apetescibles doncellas que se pudieran faliar en Castilla e reinos allende. Ca ella era blanca al par de la azucena e colorada al par de la rosa, derecha e alta de estado, enjuta de talle e recia de cuadriles; otrosí había la mano et el pie a maravilla pequeños e redondicos, e una mata de pelo que le descendía fasta las corvas. E yo conoscí a la viuda de Sarmiento, que fué ama de llaves suya, la cual me contaba cómo cuasi non podía abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, e que non de otra guisa la pudiera peinar sinon puesta la doncella de pie, e sobida el ama en

una tarima; ca si María se asentara, barrerleía su luenga cabellera el suelo, et enmarañaríasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad e donaire pecase grandemientre de soberbiosa e casquilucia, segund que las rapazas de hogaño suelen; homildica era como una lega de caostra, e callada como si mujier non fuese, e sofrida como la corderilla que mama, et afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, et honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascían sanctas en el mundo. Fiduciarvos he empero en amistanza que había nuestra Maricuela vanidad non poca del su cabello, e que folgaba de lo mostrar; e por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solía fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza e mal cuidadosa: tocas non traía nunca so la montera, ca decía que le ponían bochorno e congoja; e cada que su padre enojado reprochábala por algún fecho punición meresciente, e menazábala de le toller el cabello, júrovos que le dolía tres tantos más que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo: a tanto que Joan Lanas, catando la enmienda, reía a socapa, e fablando su fabla con los sus compadres, decíales que la su fija ganar había, como la otra sancta de Secilia, el Cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego, con trocar de tierra e posada non trocó de meollo; e si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consomiendo hí los sus dineros con físicos e zurujanos

roínes que non le sanaban la su ceguera, e le empobrescían cada día más; que a non haber seído su fija tan ducha en labrar e guarnir paños de lino, lana e seda, yo vos prometo que el cuitado de Joan verseía más de cuatro disantos sin alcandora que se poner, nin bocado que yantar, fueras ende que lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban, e María cada vegada más fermosa, e su padre cada vegada más ciego e más ganoso de ver; fasta que la pesadumbre e coita le acució en cuer e magin tan fuertemientre, que María hobo de conoscer que si el malaventurado labrador non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó a su padre, e levólo en cas de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, e dijo al moro de catar si el viejo había cura de su malatía. El arábigo cató e tentó a Joan, e fizo con él esas et esotras probaduras, e todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarrón de Mahoma de que había certinidad de guarir a Joan facendo que tornase a ver a su fija, a tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro: ¡asedo cabo de sabroso comienzo, ca los dos lacerados de Joan e María non habían en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, e María non cesaba de orar al señor Sant-Illan e al señor Sant-Yego que les quesieran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó—cavilaba ella en sus adentros—, de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleía la vista de los ojos al triste de mi padre? A la hé, yo garrida moza soy, e amartelados de sobra cuento, pecheros

e fidalgos, que me endilgan quillotros e gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleros, que de ál non curan que de sus garzonías, e buscan barraganas, e non dueñas segund la ley de don Jesucristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero maese Palomo, que de contino me mira e remira, e nunca me fabla; et ansí la Virgen me ayude que me paresce el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mochacha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleía querer con aquella la su nariz tan chata, con aquella la su color de dátil maduro, con aquellos los sus ojos de beserro mortecino, e con aquellas las sus manazas, que más aína semejan de animalia bruta que de persona que asir con ellas blandamientre debe las de la fembra que la suerte le depare para la su compaña? Diz que non seya nada embriago, nin apaleador, nin doñeador, nin mintroso, e que seya otrosí grandemientre cabdaloso e rico: ¡lástima que tales partes adune quien es tan grandemientre feo e zamborotudo!» Dando e tomando en esto, llegaron Joan e María a su posada, onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto, el cual dijo a María que su tía del Corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, ca non había complido los setenta et uno, e que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentañona al otro día, fuerza era que el su ataúd fuese levado a la eglesia por doncellas, e veníale a pescudar a María si plazríale de ser una de las porteadoras de la finada, e daríagele un hábito blanco, e de yantar, e un ducado, e las gracias por

añididura. María, a fuer de bien adotrinada manceba, respondió que si el su padre venía bien en ello, ansí mesmo ella vernía. Joan acetó, e María regodeóse de poder andar a facer alarde de su cabelladura, ca sabido es que las mochachas que levan a soterrar a otra van desmelenadas. E cuando a la otra mañana las dueñas de la Corregidora adereszaron a María con el hábito, blanco como el ampo de la nieve e fino como piel de cebolla; e cuando rodeáronle al cenceño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendían fasta el ancho ruedo de las haldas; e cuando cingiéronle una corona de blancas flores por la su tersa e candidísima frente, dígovos que con el hábito, e la faja, e la corona, e la fermosa cabellera tendida, e la muy más fermosa faz e continente suyo, non semejaba fembra de carne e de hueso formada, sinon sobre humana criatura, bienaventurada conmoradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla a ver a la sala el Corregidor e los del duelo, e todos de contino loaban a Dios, a quien tan miraclosas obras plega facer para consolación e solaz de los en el mundo vivientes. E allá en un rincon de la sala fincaba inmóvile, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio, con el capirote del luto ya puesto, que non se le veían más de los ojos, los que había de hito en hito clavados en la garrida doncella, la cual traía los suyos honestamente abajados al suelo, e un poco doblegada la cabeza, e un tanto coloradas de vergüenza las mejillas, magüer le sabía mucho bien oír los loores que de su gentileza facíanse. Abrióse a deshora un

cancel, e comenzó de asomar una grande comba de saya, que ál non era que la tripa de la Corregidora, la cual paresció al cabo de dos brazas de vientre, ca estaba en días de parto; e como vido a María, fincó hí parada, desanchó los ojos de un jeme, mordióse los bezos e llamó a su marido; departieron juntos una buena pieza, e fuéronse dende, e cuando tornaron, los del mortuorio eran ya idos.

En tanto que dan tierra a la defuncta, quiérovos decir, curiosos leyentes, cómo el Corregidor e la Corregidora eran desposados, luengos años había, sin haber fijos; e cobdiciábanlos como el campero la pluvia de mayo, e por fin habíale tocado su hora de bendición a la Corregidora, con grande contentamiento de su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre había picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloía en el tiempo de su preñedad! E, por non sabemos cuáles de los sus achaques, era ya más que medianamientre calva e sin pelo, e mesmamente aquellos días había encomendado a una barbera, que vivía en olor de bruja, que le adobase una cabellera apostiza, salvo que non había de ser de fembra defuncta; ca sesudamente decía la Corregidora que si el cabello era de mujier que gozaba de la superna gloria o lastaba sus pecados en el purgadorio, profanamiento era levar prenda suya; e si yacía en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de muerta damnada. E desque vido la Corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, e por eso llamó en poridad al Corregidor, e rogóle afincadamientre de reducir a María

a se despelar, en tornando que tornase del mortuorio.

—Affírmovos—decía el Corregidor—que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, ca en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que más aína endurará que la manquen de un dedo que leixarse toller un mechón de las crenchas.

—Yo vos aseguro—respondió la Corregidora—que si hoy en este día no finca por mi mano rasa e monda como un melón la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro: e si acertare a ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja!

—Parad mientes en que María demandará quizabes por el trasquileo muy buenos escudos.

—Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero u heredera, tan sobre hora en camino; et remembrad de pasada que podiera ser el primero et el postrimero.

Tornó con eso al Corregidor la espalda, e partió para su aposento gritando:

—Cabellera pido, cabellera quiero; e si cabellera non he, para mi santiguada si encaesciere.

Habíase en tanto fecho el entierro sin más novedad que de mentar fuese sinon que cuando por las calles algún maleante quería entre la multitud hurgar a la fermosa María, el encapirotado de quien suso mención ficimos tiraba con prestedumbre una correa de so la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, e seguía cabadelante cual si cosa non hobiese acontescido. Tor-

nado el acompañamiento del duelo, el Corregidor trabó de la mano a María e díjole:

—Ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra.

E diciendo e faciendo, metióla en el retrete de su mujier, e asentóse en un sitial, e inclinó la cabeza, e manoseóse la barba en ademán de quien estodia el comienzo que conviene dar a la plática. María, un tanto abobada e confusa, fincó de pie frontera del Corregidor, e abajó también homildemente los sus ojos, negros como la endrina; e por facer algo, meneaba blandamientre sobre la falda los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo que se prometer del gravedoso gesto e silencio largo del Corregidor, quien alzando la vista e catando a María de suso ayuso, como la vido en positura tan remodesta, priso dende motivo para saltar diciendo:

—Pardiez, María, que traedes un porte tan recatado e santimonioso, que a tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; e si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entréis en caostra sin dote, a trueco de que me endonedes cosa que va en somo de vos, e que estonce non vos será ya necesaria.

—Prométovos, señor Corregidor—repuso María—, que non creo me llame el Señor por aquese camino, ca estonce mi pobre padre fincaría sin el báculo de su vejedad en el mundo.

—Agora, pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María: vos ganades el pan con sobrada fatiga, e debríades aprovechar el tiempo tanto como

posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada día más de dos horas: valiera más que esas horas las emplegárades en vuesa labor, que en las tejeduras e moños que facedes con vuesa pelambrera.

—Ansí es verdad, señor Corregidor—contestó María tornándose roja como unos claveles—; pero catad que non es culpa mía si he una madeja de cabellos que para peinarlos e tranzarlos necesito un luengo rato cada mañana.

—Dígovos que sí es vuesa la culpa—redarguyó el Corregidor—; ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados e peinaduras; e trabajaríades más, e ganaríades más, e non daríades ocasión a que se vos tache de vana, e digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro cómo vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien, sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; e para tollervos el amargor del desmoche, yo vos endonaría cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa cabellera.

Cuando María oyó de buenas a primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su pelamen, paresciòle todo una burlería del Corregidor, e sonriyóse muy graciosamente, alimpiándose las lágrimas e repitiendo:

—¡Cincuenta maravedís me endonades porque me rayga el pelo!

Al Corregidor (que diz non había toda la trastien-

da de Ulixes) hobo de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, et añadió:

—Si non vos contentáredes con cincuenta maravedís, darvos he ciento.

Estonce María vido moverse cabadelante una cortina de un camarín facendo una grande bamba, e comprendió que hí acechando estaba la Corregidora, e que la bamba facíala su desaforada tripa; e como fuese María de buen engeño, calóse luego la entención del Corregidor, e que sería un antojo de su oíslo; e puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que había de descegar a su padre de ella. Sobió el Corregidor los cient maravedís a ciento cincuenta, e después a ducientos, e María proseguía sus risas, cabeceos e mohines; e cada que el Corregidor facía una puja e María contrafacía la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el Corregidor se retrajera del su propósito, por lo mucho que le dolía se despojar de aquel preciado ornamiento, non embargante que granjear había por él la salud del su padre. En soma, el Corregidor, ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas e venidas de la cortina, e conoscía por ellas la comezón e ansiedad que traería la su velada, remató clamando:

—Ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad, noramala, si vos acomoda.

—Norabuena—respondió sospirando María, como si fugiéragele el alma de las carnes con aquesta pa-

labra—; norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona.

—Yo vos lo fío—dijo la Corregidora entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano e una fasaleja al brazo. Como vido las tiseras María, tornóse amarilla al par de la cera; e cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse fetillar, e hobo de pedir un sorbo de agua; e cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera a non haberle fallido los espíritus; e cuando a la primer tiserada sintió el frío del hierro, dígovos que le paresció que le atravesaban el cuerpo con una daga buída. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuración se facía; desviábase mal su grado a un lado e otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo e crujir al cortar feríanle acerbamente las orejas. Nada empero valían sus meneos e trajín a la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia e cobdicia de una mujier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien o mal a puñados los tendidos cabellos, e íbaselos bravamente cercenando, e caían en la blanca fasaleja, escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

Rematóse a la fin la siega, e la Corregidora, que non cabía en sí de gozo, trujo e retrujo a la motilona falagüeramientre la palma de la mano desde la frente al colodrillo diciendo:

—Por el siglo de mi madre, que vos he tonsurado tan igual e a raíz, que non vos rapara mejor el más

repolido barbero: recoged vos e trenzad la mata mientras que mi marido vos apercibe las monedas, e yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.

Salieron el Corregidor e la Corregidora, e María, después que se topó sola, partió a se catar en un espejo que hí había; e como se vido calva, perdió el sofrimiento que hobiera fasta destonce tenido, e gimió de rabia et abofeteóse, et aun estovo por se arrancar las orejas, que paresciánle a la sazón desaforadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos, e renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre, como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humanal natura conhortarse cuando ál non se puede facer, asosegóse poco a poco la sañosa María, et alzó del suelo la cabellera e atóla e tranzóla en gruesos ramales, non sin plañir sobre ella muchas vegadas. El Corregidor e Corregidora tornaron: él con los dineros, et ella con el ordinario hábito de María, la cual desnudóse e metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos, e caminó gimiendo para cás del moro, sin facer cabdal de que el sornudo home del capirote iba en pos de ella, e que abajando ella el manto en un momento de olvido, por la maña que había de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramente la cabeza mocha. Recebió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, e dijo a María que le trajese a Joan Lanas para que hí posara en tanto que el riesgo de la cura

durase; María fué por el viejo, e callóle lo del esquileo por non le dar pesadumbre; e dijo que el moro en viespras de tornarse cristiano, contentábase, en logar de los quinientos maravedís, con que rezasen por la su conversión quinientos rosarios. Mientras que Joan permanesció seyendo huésped del físico non osó María salir de su posada sinon de noche e bien encobierta; eso non embargaba empero que la siguiera siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que a la mañana siguiente alzaría a Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grand regocijo, e para sí pensaba que cuando su padre la catase (que sería con asaz de contento), sería ese contento tres y cuatro vegadas crescido si podiésela catar con el gentil tocado que ella solía se facer en su pueblo. En tal cavilación andaba al otro día al sacar la mejor saya e toca para ir cás del arábigo; e como se hobiese asentado para se calzar, sopitáneamente sintió que le encajaban una como caperuza en la cabeza; e revolviéndose, vido tras de sí al embozado de marras, que derribando el embozo se falló ser el espadero maese Palomo, el cual, sin fablar, presentó a María un espejillo de Venecia, onde catándose, vídose con su mesmísima cabellera en tal forma guisada, que dubdó una buena pieza si era sueño que la Corregidora la hobiese rapado. Era el caso que maese Palomo, gran compadre de la barbera, visto había e conoscido en su casa las crenchas de María la mesma tarde del día en cuya mañana veyera a María pelona; e calándose la facienda, sonsacó a la vieja por que guardara para

él la crencha de María, leixando para la Corregidora otra de igual color que la barbera había de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fízose contar muy lindos escudos, magüer hobo de aguantar de la Corregidora dos buenos repelones de barbas e un repizco retortijado en el pescuezo. Ca probándose la barriguda señora la profijada cabellera, destrenzada e pendiente, como le paresciese farto menos larga e poblada que cuando la segó d'onde fuera nascida, embravescióse mucho, e dió a la barbera nombre de torpe animalia, que había maladado el manojo mejor de cabellos que se tomó de cristiana cabeza. Desculpóse la bruja con que se le había dado muy enredada la cabellera, la cual hobo de haber por ende gran desperdicio; non creyéndola empero la mohina dama mandó callar e fugir de su acatamiento a la engañadora, menazándola, si más replicase, de facerle echar en la boca una badilada de vivo rescoldo. Ida la barbera, peinó a la Corregidora la su moza de cámara; e por non haber el ama costumbre de traer tocado de tanto abrigo, tal sofocón le dió, con dolor de cabeza tan recio, que por poco non fina: ca esa buena pro le fizo a la Corregidora el estreno de aquel antojo. E dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida e sospirada cabellera, por mano rescatada del galán espadero, paresciósle el maese muy menos feo que de antes, e non sé si diga que comenzó de tal punto a le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cás del moro, permitiógelo ella, e partieron los dos mano a mano, levando ella sin rebozo

la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzógele a María su padre en los brazos gritando:

—¡Gloria a Dios! Ya te veo, fija mucho amada; ¡qué fornida e fermosa te has fecho! Puédese farto bien cegar por cinco años a trueco de ver a su fija en tal guisa medrada. Ya que torno a ver la claridad, razón es que no me hayas más a tu cargo: yo trabajaré para mí; ca respeto de ti, ya es hora de que te cases.

—A eso vengo—prorrompió a la sazón el callado espadero—. Yo, como ya conosceréis por la voz, soy vueso vecino, maese Palomo: yo quiero a María, e vos pido su mano.

—A la hé, maese, que la vuesá pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento.

—Yo—repuso María toda vergonzosica e atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza e del alma como un fardo de veinte arrobas)—, yo, ansí Dios me alumbre como non atino qué respondervos.

Prísole Palomo la diestra mano sin le decir cosa; et al prendérgela, cató María la muñeca del maese, e reparó en los puñetes de la su camisa repolidamente labrados, e con algo de suspición e latimiento del cuer le dijo:

—Por lo que más querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labrandera es aquesa labor.

—Obra es—respondió con yocundidad el maese—, obra es de una donosa manceba que ha cinco

años trabaja para mi persona, magüer ella nunca fasta agora lo sopo.

—Agora caigo en la cuenta—departió María—de que todas las mujieres que venido han a me dar lienzos que coser e labrar eran por vos enderézadas, e por ende pagábanme muy más que se usa.

El maese non respondió; mas sonriyóse, e tendiendo a María los brazos, María echóse en ellos embracijándole muy falagüera, e Joan ansimesmo, diciendo a los dos:

—Pardiez que sodes nascidos para en uno.

—Mía fe, adorada mía—repriso el espadero a cabo de rato—, que a ser ésta la mi faz menos desplaciente, non hobiera seído yo mudo convusco tan luengos días, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiéravos fablado, me hobiérades vos fecho sabidor de las vuesas coitas, et hobiéravos endonado yo los quinientos maravedís para la guarición de vueso buen padre.

E fablándole pasito a la oreja, añadió:

—Estonce non hobiérades habido aquel tan mal rato en manos de la Corregidora; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo, de callar vuesa motiladura, partiremos, si vos place, a Sevilla, onde nadie vos conosce, e ansí...

—Calledes—clamó la María tirando resolutamente al suelo la cabellera, que Joan alzó todo atontecido—; esa cabellera mandad a la Corregidora, pues ésa e non otra es la que pagó tan cara; que yo por guarirme de mi vanidad, voto vos fago, si me lo permitides, de ir rapada toda la vida: mal asientan

a mujieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos.

—Contad—replicó el maese—que desde el punto que vos sepan pelada las mozuelas de la cibdad, envidiosas de vuesa fermosura, van a endilgarvos el apodo de *Mariquilla la Pelona.*

—Ansí mesmamente lo creo—respondió María—; mas para que entiendan que non se me dará una faba de aquese nin cualquier otro mote, afírmovos que de hoy para en adelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la Pelona.*

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo a la fermosa fija del buen Joan Lanas, la cual, en efeto, casó con maese Palomo e fué una de las más honradas e parideras mujieres de la perilustre cibdad de Toledo.

FIN DE «MARIQUITA LA PELONA»

NOTA. La publicación de este cuento dió lugar a que remitiesen al autor las dos narraciones que a continuación se insertan: la primera, un israelita, vecino de Gibraltar, y la segunda, un desconocido.

MIRIAM LA TRASQUILADA

HISTORIA HEBREA

En los días de Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, los hijos de Israel peleaban en la tierra de Canaán.

Y vencían y exterminaban a los cananeos con el auxilio del Dios de Abrahán, de Isac y Jacob.

Los hijos de Josef, el salvador de Egipto, lidiaban asimismo, al par que los demás hijos de Israel, contra los impíos y malvados habitadores de la tierra de promisión.

El Rey de Betel fué por Josué vencido y cayeron a tierra los ídolos y los idólatras de Betel.

Y tiempo después la ciudad de Luza, que era de los de Betel, fué sitiada por los guerreros de la casa de Josef, patriarca en Egipto.

Púsose un sacerdote delante de la hueste de los josefitas, y habló de este modo en nombre de Dios (1):

«Oíd, hijos de Josef, hijo de Jacob. A pelear vais

(1) Véase el capítulo XX del *Deuteronomio*.

contra el enemigo, cuyas abominaciones han obligado al Señor a decretar su fin a sangre y a fuego.

»No desmaye vuestro valor al oír sus gritos y amenazas de guerra; no tembléis al ver el resplandor de sus espadas y picas ni al sentir el estrépito de sus carros con hoces.

»Dios está con vosotros, peleará por vosotros, y por él venceréis.

»A filo de espada pasaréis a vuestros contrarios, no dejando a ninguno vida, porque son pecadores abominables. Vivos, os enseñarían sus abominaciones; pecaríais también contra Dios, y Dios tendría que oprimiros con su justicia.

»Combatid, triunfad y ejerced la justicia de Dios.»

Y cada capitán decía a los soldados a quienes mandaba:

«El que hubiere labrado su domicilio y no lo hubiere estrenado aún, sálgase de las filas.

»Quien haya plantado viña sin que aun haya recogido fruto, apártese de los demás combatientes.

»El que tenga tratadas bodas y no haya llevado todavía la desposada al tálamo, que se aleje de aquí.

»Por último, el hombre a quien dominare el miedo, que se vuelva por donde vino.

»Los que tienen sobre su corazón el amor de la casa, el amor de la vid, el amor de la mujer, o un cobarde amor a la vida, pueden morir sin provecho y sin honra en la lucha, y aun pueden quitar el ánimo a sus compañeros.»

Dichas estas palabras por los caudillos, ninguno

del ejército se movía; pero algunos desde las filas dijeron:

«Este hermano nuestro debe salir, y ése, y aquél, y esotro.»

Y algunos se retiraron de la hueste; mas eran contados.

Porque todos los hijos de Josef abundaban en fortaleza; como que peleaban en nombre de Dios, que los había sacado de la servidumbre de Egipto.

Hicieron los lucenses una salida contra los de Josef, y fueron los lucenses deshechos y rotos, y murieron muchos.

Hicieron otra salida, y murieron más.

Hecha la tercera salida, cuantos salieron quedaron en el campo difuntos.

No osaban ya salir los de Luza contra los josefitas; querían, sí, a todo trance defenderse dentro de las murallas.

Temían empero que los esclavos les hiciesen traición; porque los de Luza esclavizaban a los pobres y desvalidos y los trataban con tiranía.

Y para estar seguros de los esclavos, que eran en Luza los únicos tal vez que merecían vivir, sus feroces dueños los mataron a todos, hombres y mujeres, viejos, mozos y niños.

Algunas madres que amaban a sus hijos, mujeres principales todas, pidieron al Virrey de Luza permiso para huir con ellos; por mandato del Virrey fueron asaeteadas las madres, y los hijos con ellas.

Y he aquí que salió de la ciudad un hombre, al cual dijeron los de la estirpe de Josef:

«Muéstranos la entrada de la ciudad y usaremos contigo misericordia.»

Y el prófugo de la ciudad enseñó por dónde, y fué la ciudad entrada por el ejército sitiador.

Herían y mataban los josefitas a los de Luza como si agitara sus brazos el ángel riguroso del exterminio.

Gritaban los de Luza:

«Varones extranjeros, que venís a perseguirnos en nuestra casa, ¿por qué nos matáis?»

Y los de Josef respondían:

«Os matamos porque adoráis a los falsos dioses, con ofensa del Dios verdadero.

»Porque ofrecéis a vuestros ídolos sacrificios humanos, degollando en sus aras niños y niñas, mancebos y vírgenes.

»Porque robáis y asesináis al confinante y al peregrino.

»Porque ahogáis al nacer a los hijos que vuestras mujeres no quieren criar.

»Porque entre vosotros el padre vende al hijo muchacho para embriagarse, y el hijo fuerte mata al padre achacoso por no mantenerle.

»Porque mutiláis a vuestros esclavos, cortándoles las orejas y las narices, y les sacáis los ojos y les cortáis la lengua, y los uncís al yugo como bestias de tiro, como caballos o bueyes de arado y carreta.

»Porque sofocáis con lazo a vuestras mujeres cuando queréis dejarlas por otras.

»Porque vuestras mujeres envenenan a sus maridos por casarse con sus amadores.»

Otras muchas acusaciones hacían los hijos de Josef a los betelitas; mas no deben repetirse todas, porque, sabidas las maldades horribles de aquella gente, pudieran quizá cometerse otra vez.

Ellos no se confundían con la agria voz de la verdad, que brotaba de los labios de sus vencedores; peleaban, herían, y mataban también, defendiéndose y ofendiendo.

Distinguíase entre los más valientes josefitas un mancebo de veinticinco años cumplidos, mozo temeroso de Dios y observador puntual de su santa ley.

Salatiel se llamaba este buen israelita, muy amante hijo de su madre, Ana, la cual era ya viuda.

Salatiel penetró en un suntuoso templo de Baal, sin ministros ya y sin adoradores; derribó el ídolo de su peana y le hizo pedazos.

Y dejó por el suelo tiradas las ricas joyas que adornaban la efigie, para que las recogieran los josefitas pobres que viniesen después: era Salatiel grandemente heredado.

Pasó a las piezas interiores del templo y vió cerrada una puerta fuerte, asegurada por fuera con una viga atravesada, de madera de setim solidísima.

Quitó la viga y abrió, y entró; y vió dentro de un aposentillo como de cárcel una mujer, atada y sujeta como para ser degollada.

De rodillas estaba en tierra, afianzada a las losas del pavimento con maneotas de hierro por debajo de las rodillas y por los tobillos.

Descansaba su cuello en una horca de dos brazos cortos, que era un árbol firmemente hincado en el pavimento.

Abrazada por fuerza al árbol, tenía las manos atadas por delante y anudados los cabellos a una argolla de un cuadrado sillar que se levantaba poco más allá del árbol de horca.

Sujeta, pues, estaba la mujer, de cabeza, de pies y de manos; con un lienzo vendados los ojos, y desnudo el cuello; los hombros y los brazos desnudos.

El cuello, los hombros, los brazos y los pies de la mujer atada eran blancos y hermosos; el cabello, negro, largo, copioso, luciente, hermosísimo.

Sobre el sillar de la argolla, a la cual estaba la mujer sujeta por el cabello, había un hacha y un manojo de cuerdecillas.

Cuando sintió la mujer entrar a Salatiel en la estancia preguntó con dulce y dolorida voz, y dijo:

—¿Quién eres?

—Soy—respondió Salatiel—un soldado que tiene obligación de quitarte la vida.

—Ahora bien—replicó la mujer—; ruégote, como he rogado a otros, que digas al Virrey, a mi madrastra y a la gran sacerdotisa que yo no he mentido.

»Háseme aparecido en sueños un ángel hermoso y de aspecto severo, el cual, tres noches consecutivas, me ha dicho las palabras siguientes:

«Avisarás a cuantos pudieres que el verdadero »Dios ha resuelto en su justicia integérrima que la »pecaminosa ciudad de Luza sea subyugada, y sus »moradores heridos de muerte.

»Salvarán empero las vidas los que huyan a otra »región y adoren al verdadero Dios, y abandonen la »ciudad a los josefitas, a quienes el que da y quita »los imperios entrega el de Luza.

»Si Luza lidiare con la casa de Josef, perecerán »todos los luzanos a hierro, menos un hombre y su »familia, y otra persona.»

»Luego—añadió la mujer—que me hubieres muerto, repite mis palabras al Virrey de la ciudad, a la sacerdotisa mayor de este santuario y a la madrastra de *Meroim la escogida.*»

Salatiel repuso:

—El Virrey de Luza ha rendido a mis pies el alma, y la sacerdotisa y la madrastra que dices morirán o habrán ya perecido, porque Luza es ya presa de nosotros, los josefitas.

Meroim suspiró y dijo:

—No fué mentiroso mi sueño; preparada estoy a mi fin: haz de mí lo que quieras.

Salatiel se acercó a Meroim, y la asió con la izquierda por el cabello, y alzó en la derecha la espada, tinta en sangre de muchos hombres.

Pero al sentir en la mano la suavidad de los cabellos de la presa, y al mirar la cerviz hermosa donde iba a herirla, sintió ablandársele el corazón.

Recordaba que había mandado el Señor a los de Josef acabar con todos los moradores de Luza.

Pero no recordaba menos que el fugitivo que había facilitado la toma de la ciudad quedaba indultado con su familia.

Aquella mujer hablaba también del Dios verda-

dero y se le había un ángel aparecido: no debía ser abominable criatura.

Y parecía muy joven y muy hermosa.

—Quiero saber—dijo Salatiel—por qué crímenes te han encerrado aquí y estás a punto de recibir la última pena.

La presa contestó:

—Sería larga la relación. Matando a mis compatriotas estáis; y, aunque nada tengo que agradecerles, no quisiera perecer la postrera de entre los míos. ¡Tristísima es la suerte del que sobrevive a su patria!

Conmovióse nuevamente Salatiel oyendo esta expresión, que le pareció llena de nobleza y sabiduría.

Y sin poder consigo más, desató blandamente el nudo hecho en el ojo de la argolla con la poblada cabellera de Meroim.

Alzó entonces la mujer la cabeza, moviéndola a uno y otro lado, para desviar de la cara el cabello. Y era perfectamente hermosa la mitad de aquel rostro, que miraba Salatiel como a hurto, aunque aun conservaba Meroim vendados los ojos.

Desligóle también las manos, y ella al punto se quitó del rostro la venda, y apareció un semblante bellísimo de tierna doncella, de virgen pura.

Dirigió la doncella una rápida mirada al vencedor israelita; pero bajó inmediatamente los párpados como virgen enseñada con rigor a mirar al suelo.

No fué, sin embargo, tan veloz aquella mirada que no pudiese reparar Salatiel en la claridad y belleza suma de los ojos de Meroim.

La cual enclavijó las manos, y apoyándolas en el árbol de figura de horca, inclinó y posó humildemente el cuello sobre las manos y aguardó con tímido silencio a que hablara el joven.

Y al inclinar la cabeza, porción del cabello le cayó por delante al un lado y otro, y la púdica virgen ya no se atrevió a sacudir y alzar la cabeza para dejar libre el semblante.

Salatiel, con entrambas manos, cogió por cada lado los cabellos de Meroim y se los llevó atrás; y cruzándolos sobre la parte posterior del cuello se los trajo otra vez adelante, dejándoselos pendientes por delante del seno: todo para verla mejor.

Y cuando le traía los dos abultados manojos de cabello desde atrás adelante, dos lágrimas de los hermosos ojos de Meroim cayeron sobre las manos del josefita.

Sonó en este punto, a lo lejos, toque de trompeta, señal de que la lid era ya fenecida.

Salatiel, para hablar con la *escogida* virgen más cerca, se puso de rodillas delante de la piedra en que estaban el hacha y los cordeles delgados, y se echó de pechos encima; y poniendo las manos sobre los instrumentos de suplicio, y bajando también la cabeza, casi tocaban sus labios a las manos en que habían caído las lágrimas de la presa.

—Parece que es tu nombre *Meroim la escogida* —le dijo Salatiel, mientras ella se enjugaba los ojos y sollozaba, sin acertar a reprimirse—. ¿Por qué se te ha dado ese particular sobrenombre?

Y como la doncella no alzaba la vista, Salatiel

besó, mirándola de hito en hito, las lágrimas vertidas por ella, no enjutas aún en las manos del joven de Israel.

—Mi madre—dijo Meroim—era una mujer que creía en un solo Dios verdadero, porque descendía de un Rey de Salem, sacerdote del Altísimo, que fué llamado Melquisedec.

»Dicen que mi padre mató a mi madre por casarse con mi madrastra; yo no lo sé; yo era pequeñuela cuando mi madre murió.

»Mi madrastra me daba bien de comer, me ponía calzado cuando me enviaba por agua y por leña, me castigaba fuertemente cuando tardaba o traía pequeño el haz, y me peinaba de quince en quince días; era mi madrastra la mejor de Betel.

»Pero murió mi padre, y se dijo que por industria de mi madrastra, la cual se casó con el enemigo mayor de mi padre.

»Yo temía que, faltándome padre, mi madrastra me castigaría más que antes, me daría mal de comer y me emplearía en labores recias, como hacían otras madrastras con sus entenadas; fué todo al contrario.

»Morena estás de ir al monte—me dijo—, y »traes todo enmarañado ese pelo: es menester cui»darte, porque te vas haciendo linda muchacha.»

»Desde entonces no salí de casa en tres años; peinábame mi madrastra todos los días, me bañaba con frecuencia, me ungía con aceites preciosos. Aun dentro de casa me hacía gastar sandalias bien ceñidas, para que llevase recogido el pie.

»Una mañana entró en mi aposento una anciana

fea, de alta estatura, cuerpo enjuto y aun vigoroso, y tras ella otras ancianas y jóvenes, vestidas todas con trajes ricos, iguales todos.

»Eran sacerdotisas de Baal, que venían a verme.

»Destrenzáronme el pelo, desnudáronme por fuerza, y exclamaron a una voz:

«Hermosa, hermosísima es la rapaza: no hay en »Betel otra como ella que merezca ser la *Doncella* »*escogida.*»

»Cuando me oí llamar *doncella escogida* se me heló la sangre de espanto.

»La *doncella escogida*, en Betel, era una infeliz a quien guardaban y criaban con mucho cuidado para sacrificarla un día en el ara del dios Baal.

»Sacábanla aquel día riquísimamente ataviada; paseábanla en un carro triunfal por las calles, adornadas con arcos de ramaje y flores; cantaba ella en diferentes puntos himnos en loor del dios a quien era ofrecida; y al volver al templo la degollaban, la quemaban, y repartían sus cenizas como reliquias preciosas.

»Yo no quería ser sacrificada en honor de Baal, porque mi madre me había enseñado en secreto que Baal no es Dios.

»Me arrojé a los pies de mi madrastra, pidiéndole que no me entregase a la sacerdotisa mayor, la cual me iba ya vistiendo por su propia mano para llevarme.

»Pero mi madrastra me dijo:

«Con lo que la ciudad me paga por ti podemos »vivir descansadamente yo y mi hombre.

»Para víctima de Baal ha tres años que te crío con »tan exquisito regalo.

»A mí me conviene ofrecerte al dios, y a ti debe »lisonjearte eso también, porque has de ser declara»da reina de la hermosura, y tus limpias cenizas se»rán veneradas como objeto sagrado, y han de cus»todiarse en arquitas de oro.»

«Cien vidas que tuviera yo—dijo la sacerdotisa »mayor, feísima vieja—, ciento diera con gusto por »merecer que me llamaran reina de la hermosura.»

»Echáronme un velo encima, que me envolvió de pies a cabeza; me cogieron dos sacerdotisas los brazos echándoselos al hombro, y sin ver por dónde iba, casi a rastra, me trajeron al templo.»

Al llegar la relación a este punto, Salatiel reparó en que estaba de pechos encima del hacha y del manojo de cuerdas; y cogiendo una y otro, con ira los arrojó lejos de allí.

Meroim respiró con más desahogo que antes al oír el ruido del hacha arrojada; pero aun no se atrevió a mirar al joven.

Sonó aquí toque de trompeta segundo: seña y mandato de incendiar los templos de la ciudad idólatra conquistada.

—¿Cuánto tiempo ha que vives en el templo?—volvió a preguntar Salatiel.

—Tres años cumplidos. Al día siguiente de mi llegada aquí, la gran sacerdotisa, rodeada de todas las sacerdotisas menores, me intimó las obligaciones de mi destino.

»Y acabó su sermón diciéndome:

«No has de alzar los ojos como no sea para mirar »a la efigie del dios.

»No has de desplegar los labios como no sea para »cantar las alabanzas del dios.

»Resecilla serás para carnicero, serás cebo de ho»guera, serás ceniza.»

»Repliqué yo llorando: ¡No mirar ni hablar, y después matarme! Apenas había pronunciado la palabra última, me pusieron mordaza.

»Fuerza me fué prestarme dócil a cuanto se exigía de mí, porque si no, me castigaban en la espalda con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

»Y decían cuando me fustigaban:

«Tronco serás partido, serás hoguera, serás ce»niza.»

»Nunca estuve delante de la sacerdotisa sino de rodillas, con las manos o los brazos cruzados, inclinado el rostro, los ojos en tierra.

»No pudiendo hablar, aprendí a cantar con esmero: cantaba y me deleitaba en el canto.

»Alababan las sacerdotisas mi hermosura continuamente y me llenaban de vanidad los elogios.

»Acordábame de mi madre, y decía: Más vale morir por hermosa que por odiada de su marido.

»Acordábame de mujeres que había visto aplicadas como bestias a penosos trabajos, y tratadas peor que bestias en ellos, y decía: Para esas infelices todos los días son de martirio; yo, hecha ya a la sujeción en que vivo, sólo tendré uno.

»Pero me repugnaba cantar las alabanzas de un

dios fingido, y me sacaba de mí la idea de morir en su obsequio.

»¡Dios de mi madre, que yo no conozco—repetía yo en voz baja donde no me oyesen—, mira por mí!

»Por fin, una noche tuve un sueño terrible y hermoso... Ya he dicho cuál fué: tres noches consecutivas lo tuve.

»Al día siguiente a la última noche del sueño profético estaba la sacerdotisa mayor en su silla; y yo delante de ella, arrodillada en el suelo; y todas las sacerdotisas menores a los lados, conforme a sus cargos y jerarquía; y algunos sacerdotes detrás de la silla de mi superiora.

»Y por primera vez en tres años me puse en pie sin licenoia, alcé los ojos, los brazos y la voz, y dije:

»La pecaminosa ciudad de Luza será subyugada por el israelita, y vosotros, ¡oh luzanos y luzanas!, heridos de muerte.

»Huid, si queréis vivir, y adorad al verdadero Dios, y no hagáis frente a los enemigos, porque Dios les ha dado vuestras casas y vuestras vidas.

»Cien gritos de indignación y horror sonaron furiosos contra mi pronóstico; un montón de manos cayó sobre mis brazos, mis hombros y cabeza: doblada y sujeta con tantas manos delante de la suma sacerdotisa, fuí cruelmente castigada por ella, con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

»Pero yo clamaba en medio de los castigos: Adorad al Dios verdadero; creed, temed, obedeced al

Dios verdadero, que, pronto a destruiros, aun os avisa: yo os lo digo en su nombre, porque no quiero que perezca mi patria.

»Y la sacerdotisa me azotaba más, y yo alzaba más el grito en nombre de Dios. Repitiéronse muchos días mis vaticinios; repetíase también la pena por ellos.

»Hay que llevarla a nuestro Virrey, dijeron las sacerdotisas y los sacerdotes la postrera vez que me oyeron.

»La gran sacerdotisa me ató las manos atrás, y cogiéndome del trenzado, me llevó entre dos filas de sacerdotisas menores al palacio del Virrey y de la Virreina.

»Era horrible ignominia ser llevada por las calles de la ciudad asida del pelo y con las manos atadas atrás.

»Pusiéronme en presencia del Virrey y de la Virreina, y allí estaba mi madrastra, y allí mi padrastro.

»Acusóme de impostura y blasfemia la sacerdotisa mayor; descubrió mi espalda, señalada de golpes, y pidió más grave castigo para mí, pues aquél no bastaba.

»El Virrey parecía mirar compasivo mis pocos años; la Virreina me miraba con malos ojos; mi madrastra y mi padrastro temían que se les hiciese volver lo que les habían pagado por mí.

»Habíame seguido por las calles el pueblo, y llenaba la espaciosa estancia del tribunal; y yo quería salvar de la muerte al Virrey y a la Virreina, a mi

madrastra y a mi padrastro, a las sacerdotisas y al pueblo.

»Con las manos atadas y la lengua libre, con valor más grande que yo misma hubiera de mí creído, levanté nuevamente mi profético acento y referí mis tres sueños, y exhorté a cuantos me oían a que volvieran en sí y miraran por sí.

»Pero todos dijeron que yo estaba seducida y ganada por vosotros los israelitas, y que merecía la muerte.

«Cortarémosle la lengua—dijo el Virrey—, y »bastará para que no hable y para que escarmiente.»

»La Virreina, encolerizada ya contra mí, no sé por qué, prorrumpió, dirigiéndose a su marido:

«Si no mandas que al momento la maten, creeré »que la prefieres a tu esposa.»

«¡Muera!, ¡muera!»—gritaron todos; mi madrastra y mi padrastro gritaron lo mismo.

«Muera, pues—dijo el Virrey—, no como doncella escogida, sino como sacerdotisa degradada, sin »aparato, y donde no seduzca a nadie con su hermosura.»

»Y llamaron al sacrificador de Baal más feo, y le mandaron que me llevase a un encierro del templo y allí me golpeara con cuerdas largas, delgadas y duras, y me decapitase.

»El feo sacrificador, que servía también de verdugo, se metió los ramales de flagelar entre el cinto y el cuerpo, y empuñando el hacha en la diestra mano, se devanó a la izquierda mis cabellos pendientes y tiró de mí.

»Y volví del palacio al templo por las mismas calles, cogida de las trenzas, no ya por la mayor entre las sacerdotisas, sino por el último de los verdugos.

»Al cual yo quería mover a compasión para que no me matase.

»Pues aunque no muriese ya sacrificada en obsequio de un dios fabuloso, me dolía morir a manos de un hombre tan feo.

»Dos o tres veces procuré comenzar a hablarle; pero al punto me atajó diciendo:

«Calle la necia, calle la fatua, o la llevaré por »las calles desnuda.»

»Tembláronme las carnes con la horrible amenaza; y sin atreverme ni a exhalar un suspiro me dejé mudamente llevar del feo verdugo.

»El cual me trajo aquí, puso juntos los cordeles y el hacha, me mandó arrodillar delante de esta viga, me sujetó como estoy a las abrazaderas fijas en el pavimento, me afianzó del pelo, y me ató las manos como antes me viste, y asió el manojo de ramalillos para azotarme, según que le fuera mandado.

»Mas al verme la espalda ya herida y negra de otros azotes, dejó los ramales, cogió la segur, y me alentó a morir con buen ánimo, porque de un solo golpe y muy pronto me descabezaría.

»Yo no osaba ya pronunciar ni un vocablo, temerosa de que me despojase de todo el vestido como a loca y fatua, incapaz de vergüenza. Dejaba así correr los instantes, cual si fuesen de perder los de aquella hora.

»Pero el sacrificador no me sacrificaba, y yo iba

cobrando aliento para suplicarle dulcemente, aunque era tan feo.

»El se me adelantó, sin embargo, diciendo:

«Fatua y necia es esta doncelluela, sin duda. »En la calle, donde podían oírnos, me quiso hablar; »y aquí, donde estamos solos ella y yo, no me dice »palabra.»

»Yo le pregunté si sabía por qué me condenaban a muerte, y él me dijo que no.

»Contéle mis tres sueños entonces, y añadí: Quizá tú y tu familia seáis el hombre y la familia que Dios quiere salvar de Luza anatematizada.

»El verdugo feo salió sin más espera de aquí, dejándome atada, encerrada y vendados los ojos, como tú me has hallado.

»Y si tú has de acabar conmigo, porque no es en tu mano conservarme la vida, yo recibiré de ti la muerte sin pena, porque me has dejado hablar sin amenazarme deshonestamente ni tratarme de fatua, y no eres feo como el sacrificador que se fué, sino hermoso como el ángel severo que he visto en mis tres sueños de profecía.»

Pero Salatiel en nada pensaba menos que en dar la muerte a la prisionera, discreta y hermosa, y descendiente por línea materna de Melquisedeo, Rey de Salem, sacerdote de Dios.

Abrió las maneotas que sujetaban a Meroim por las gargantas de los pies y por las gargantas de las rodillas, levantó de las manos a la joven y díjole:

—El sacrificador y su familia ya han sido indultados por nuestro caudillo y por el pueblo; y la otra

persona que ha de ser también indultada, según el anuncio del santo ángel, eres tú, hermosa virgen, mártir valiente de la verdad.

Estremeciéronsele a Meroim las entrañas de gozo con las palabras dulcísimas del buen Salatiel.

Sonó aquí de nuevo la trompeta de los josefitas, llamándolos a reunirse en el campo.

Ardía ya aquel templo mismo de Baal por dos y tres lados.

Salatiel, como señor de la virgen cautiva, le mandó que buscase y tomara sus vestiduras y preseas y partiese con él.

Meroim fué a su cuarto, no invadido aún por las llamas, y ató un lío de ropas y joyas, y metió con ellas los peines, porque había oído decir que las mujeres israelitas se peinaban con los dedos no más.

Ella, como prisionera, delante, y velada como de luto; él detrás, como dueño, salieron del templo y atravesaron la población sin pobladores, llena por todas partes de mortandad y con los adoratorios ardiendo.

Al atravesar la ciudad, y hasta llegar al acampamento, muchos josefitas decían al piadoso guerrero:

—¿Qué mujer es esa que llevas tapada? Mátala, o te la mataremos, porque siendo infiel es preciso que muera.

Salatiel replicaba a gritos:

—No es infiel, sino adoradora del Dios verdadero. A llevarla voy a la tienda de nuestro caudillo: no se me culpe si falto en las filas.

Con lo cual callaban los vencedores y los dejaban pasar adelante.

Llegaron a la tienda del caudillo del ejército, delante de la cual estaba Séfora, mujer del caudillo, y con ella Ana, madre de Salatiel.

Y así que Meroim supo quiénes eran las dos matronas, alzóse el velo, se hincó de rodillas, y con los brazos cruzados y la vista en el suelo aguardó que le hablaran.

Pareció muy hermosa y humilde la doncella lucense a las dos matronas de Israel, y desearon saber quién era, y la llevaron a lo interior de los pabellones.

Y dejándola allí en compañía de unas esclavas, volvieron a salir delante de la tienda para oír a Salatiel, que les contó cómo halló a Meroim en el templo y por qué había sido condenada a muerte.

Las dos nobles matronas derramaron lágrimas de piedad y corrieron a ver y curar las carnes de la prisionera, martirizada por haber vaticinado lo que había de suceder.

En tanto, volvió a las tiendas todo el ejército victorioso: cantáronse himnos, celebráronse sacrificios, y Salatiel habló de su presa al caudillo, a los sacerdotes y ancianos de la casa de Josef.

Y les dijo:

—Permitido es por ley de Moisés, cuando peleáremos y el Señor pusiere a los enemigos en nuestra mano, y viéremos entre los prisioneros una mujer hermosa, pedirla por mujer si nos agradare. Yo pido por mujer a Meroim, que es prisionera mía y

hermosa, y conforme al deseo más vehemente de mi corazón.

—En verdad—replicó un anciano—, yo dudo que pueda ser esposa de un israelita mujer habitadora de ciudad condenada por el Señor a exterminio; porque tú bien sabes, religioso mancebo, que la ley de Moisés que citas fué hecha para las cautivas de las ciudades que habían de ser tributarias, no para las ciudades cananeas, merecedoras de total destrucción con sus moradores.

Sabiamente, empero, contestó Salatiel al anciano que Meroim adoraba a Dios, y habíale adorado también su madre, y descendía de Melquisedec, y aun por sus avisos había salido al campo el sacrificador de Baal, y la ciudad había sido fácilmente asaltada.

Fué llamado el sacrificador, y preguntándole, dijo que una doncella condenada a muerte por haber profetizado la cautividad de su patria le había incitado a venir al real de los josefitas.

Lleváronle a la tienda donde estaba Meroim, no ya entre las esclavas, sino entre las hijas de Séfora; y el sacrificador, extendiendo la mano hacia la doncella betelita, dijo:

—Esta es.

Con lo cual, apartándose a resolver el caudillo de la casa de Josef, los ancianos y sacerdotes dijeron a una:

—Quédese la doncella en poder de Séfora, y después de los treinta días, al tenor de la ley, la recibirá Salatiel por esposa, si entonces aun fuere ella agradable a sus ojos.

Al día siguiente, a media mañana, la prudente Séfora y Ana la piadosa cogieron de las manos a Meroim y la llevaron a una casita próxima a la ciudad, casa purificada ya de toda inmundicia. Seguían esclavas y esclavos a las tres mujeres, con el ajuar correspondiente a una casa.

Llegadas a ella, pusieron a Meroim en la estancia mejor, que tenía vistas al huerto, y le dijeron:

—Aquí permanecerás treinta días, mientras te aleccionamos en nuestra ley.

Y dejándola sola un rato, Meroim desató su lío, sacó de él sus bien labrados peines y comenzó a peinar la madeja hermosa de sus cabellos.

Entraron de repente Séfora y Ana, y con ellas tres mozas esclavas: dos con un lebrillo de bronce mediado de agua, y otra con ropas femeniles y una cestilla en que había navajas de afeitar y tijeras.

—Suspende tu tarea—dijeron las matronas a Meroim cuando la vieron con el pelo tendido y el peine en la mano.

Y Meroim, en cuanto vió a las dos matronas se postró de rodillas y bajó los ojos; pues enseñada por la fiera sacerdotisa de Baal, no acertaba ni a estar de pie delante de una persona de respeto, ni a mirarle la cara.

Maravillábanse mucho de aquella humildad Séfora y Ana, y admiraron su hermosura de nuevo, y la blancura de sus carnes, defendidas del sol por espacio de seis años, y admiraron por primera vez la espesa y larga cabellera de la novia, que nada sabía de la petición de su amante cautivador.

Dejado por las esclavas el lebrillo, dejadas las ropas, las tijeras y las navajas, ambas matronas se sentaron al lado de la cautiva, postrada de hinojos, la cabeza inclinada, la vista en la alfombra, en el pelo el peine.

Y Séfora y Ana fuéronle alternativamente diciendo con dulzura y cariño:

—Hija mía, quiere mi hijo, que es tu amo, y queremos nosotras, que ya te somos aficionadas, que entres en el pueblo escogido por Dios.

»Para esto es necesario que te sujetes a lo que prescribe nuestra ley.

»Te desnudarás el vestido con que fuiste ayer hecha cautiva y te vestirás ese que te han traído.

»Humilde vestimenta es; pero no te dé bochorno ponértela.

»Tal vez de aquí a treinta y un días la cambies por una riquísima.

»Con estas tijeras cercenarás tus uñas, como las llevan las pobres trabajadoras a quienes las groseras labores no permiten llevarlas crecidas.

»Con estas navajas cortarás, raerás, afeitarás ese hermoso cabello» (1).

---

(1) Véase el capítulo XXI del *Deuteronomio*, versículos 10, 11, 12 y 13.

El maestro Tirso de Molina, con la libertad de poeta, se refiere a estas prescripciones en los siguientes versos de *La venganza de Tamar:*

Aguardé a mi padre el Rey
para que cuando volviese
por esposa me la diese;
que, aunque de contraria ley,
la nuestra, hermana, dispensa
del *Deuteronomio* santo,

Meroim, oído el mandato de quitarse el cabello, púsose de pronto descolorida de sobresalto, y encendióse de vergüenza luego, y rompió a llorar con vivo dolor.

Porque aflige y ruboriza mucho a la mujer hermosa perder ni un quilate de su belleza.

Y es el cabello gala honesta de la mujer, con que le orna la cabeza la mano de Dios.

Y el cabello de Meroim era muy hermoso, y bellísima ella entre las mujeres.

Rompió en doloroso llanto por eso, como cuando la zarceaban y le decían: «En un mismo día serás cuerpo viviente, cadáver desangrado y ceniza de huesos.» Ana prosiguió con mayor dulzura:

—No te asustes, hija mía, ni llores: joven eres, y con el tiempo volverás a tener cabellos tan hermosos como los que hasta hoy te han crecido; entre tanto, quizá el Señor echará sobre tu cabeza rapada bendiciones y alegrías que tú no esperas.

Meroim respondió gimiendo:

---

con que quien amare tanto
como yo, y casarse piensa
con mujer incircuncisa
ganada en lícita guerra,
la traiga a su casa y tierra,
donde en paz los campos pisa,
le quite el gentil vestido
y la adorne de otros bellos,
le corte uñas y cabellos
y pueda ser su marido.

Pero, según el texto sagrado, era *ella* y no *él* quién debía practicar esta operación, porque las palabras son éstas:

«*La cual* se raerá el cabello, y se cortará las uñas, y dejará el vestido con que fué hecha prisionera.»

—Yo soy una pobre prisionera, y haré lo que se me mande, porque estoy enseñada a obedecer sin replicar.

»Pero decidme, señoras mías, ¿no os burlaréis de la pobre cautiva, no la menospreciaréis, no la injuriaréis cuando la veáis trasquilada como una oveja, raída, pelona?

—No, hija mía—respondieron las dos, y le besaron el rostro y el pelo, le limpiaron las lágrimas, le quitaron de la cabeza el peine y lo echaron al suelo. Ana le puso las tijeras en la mano izquierda, Séfora le colocó en la derecha una bien cortante navaja, la acariciaron otra vez y se fueron.

Pero Meroim soltó las tijeras y la navaja, y principió por el menos penoso de los tres mandatos.

Quitóse el traje de sacerdotisa y vistióse el de israelita humilde; pero se lo ciñó con arte, repartió bien los pliegues, miróse en el agua del lebrillo y quedó contenta de su atavío.

Cortóse muy delicada y pulidamente las uñas y dijo para sí: «No las lleva tan limpias ni tan redondas la gente pobre.»

Miróse después largo rato en el agua, y todo se le volvía echarse el pelo a un lado y al otro, y después a la espalda, sin atreverse a coger ni la navaja ni las tijeras.

Por fin, suspirando mucho, dijo, resignándose: «Ayer me querían cortar la cabeza y hoy se contentan con que me deshaga del pelo; pelo cortado crece, y cabeza cortada no; buen ánimo, como decía el sacrificador, que al fin no se atrevió a sacrificarme.»

Y queriendo principiar la motiladura, echó menos una cinta o cordón.

Salió para pedírsele al ama de llaves; y como iba descalza y había en la casa ruido porque los esclavos la estaban aderezando, no se le sentían las pisadas.

Séfora y Ana conferenciaban en un aposento inmediato y no sintieron a Meroim, que venía por el pasillo; Meroim sí oyó lo que hablaban Séfora y Ana.

Ana decía a Séfora:

—Muy buena me parece para hija la *Doncella escogida;* Salatiel dice que la ama perdidamente.

»Mas pudiera suceder que al verla sin cabello no le agradase; por eso no le he querido decir que mi hijo la ha pedido para esposa al Consejo de los Ancianos y le ha sido otorgada.

«¡Oh Dios de mi madre!—exclamó la cuitada Meroim huyendo a su cuarto—. ¡Oh qué dulce nueva! ¡Qué dulce y qué amarga!

»Salatiel me ama perdidamente; yo también a él. ¡Oh qué dicha la mía!

»Salatiel no me va a querer si me ve motilona. ¡Desdichada de mí!

»Mejor hubiera sido que me cortara él ayer la cabeza que desagradarse hoy de mí cuando me vea con el pelo cortado.

»No le corto, no.»

Y lloraba con sollozos profundos.

Ocurriósele luego que si no se despojaba de su cabello no podría tomarla Salatiel por esposa, por ser para ello indispensable requisito de la ley de Moisés.

«Ahora bien—pensó Meroim por último—; mi

madrastra y la sacerdotisa mayor han empleado seis años conmigo para hacerme parecer hermosa y atractiva.

»Me han enseñado a cantar, a bailar, a destilar aguas, a tejer y coser delicadas labores, a ser dócil y humilde.

»Tres años de silencio me han enseñado a discurrir despacio y hablar poco y bien.

»Tres años de preparación a la muerte me han enseñado a esperar con paciencia cualquier desventura.

»Si no me quiere Salatiel ahora calva, por lo menos verá que soy buena, callada y trabajadora: que no soy despreciable doncella; quizá me quiera cuando la cabeza se me torne a poblar.

»Animo, pues, como decía el hombre más feo y también el más compasivo de Luza: ¡Dios le bendiga! Animo, pues; cortemos, pelemos.»

Sentóse delante del lebrillo con agua, desatóse el ceñidor del cuerpo y se ató el cabello con él, dejándolo flojo; humedecióse la cabeza, cogió la navaja y comenzó a cortar y afeitar el cabello de la sien izquierda.

Y tomaba después el peine y echaba atrás el cabello cortado.

De este modo, cortando y rayendo con habilidad exquisita, al cabo de un buen rato se halló Meroim con la cabeza monda y el pelo en la mano.

Desató el ceñidor, ató a las tijeras el pelo, se puso el ceñidor otra vez, y aun cuidó de arreglarse el vestido con más primor que antes.

Y siguiendo la costumbre adquirida en el templo, se hincó de rodillas en la alfombra y cruzó delante del pecho las manos; pero no inclinó los ojos a tierra; los alzó con fervor al Cielo, implorando al Señor.

Así la sorprendieron Séfora y Ana, que traían a Salatiel en medio, y no pudieron contener una leve sonrisa de burla, mezclada de lástima, al ver la desnuda cabeza de Meroim.

—¿Qué te parece?—preguntó Séfora a Salatiel con alguna malacia.

—¿Qué te parece, hijo mío?—preguntóle Ana con sencilla bondad.

Meroim, entre tanto, oprimida de vergüenza, agitada por el amor, esperando y temiendo, resignada y dolorida, teñido su rostro con divinos matices de pudor y modestia, parecía una criatura superior a la humana naturaleza, sin que la ofendiese con fealdad la falta del cortado cabello, caído en la alfombra y revuelto con las tijeras.

—¿Qué me parece, me preguntas, madre mía? —respondió Salatiel—. Que ésta es la mujer que yo amo, que yo deseo, que yo te pido, y que no podré amar a otra jamás.

—El Dios de Abrahán, de Isac y Jacob—respondieron ambas matronas—te bendiga con ella.

Corrió Salatiel a Meroim y la alzó del suelo, y la besó en la cara y en los ojos, y en la frente y sienes rapadas; y Meroim desfalleció de júbilo en brazos de su amante.

Como un breve sueño de placer indecible corrie-

ron los treinta días para Meroim entre dulces lecciones de Ana y dulces pláticas con su hijo, plácemes y bendiciones de toda la casa de Josef.

Y al trigésimoprimo día, ceñida la cabeza con mitra ajustada, ceñida sobre ella corona de flores, vestida de púrpura y seda, cargada de joyas, resplandeciente de hermosura, de amor e inocencia, tendió su blanca mano a la robusta diestra de Salatiel.

Y puestos a la mesa los convidados, pidieron a la novia, cuya destreza en el canto era ya sabida, que les cantase el cántico de Moisés y Miriam que le había sido enseñado por Ana.

Y tomando Meroim el pandero, dirigidos al cielo sus hermosos ojos, entonó con celeste voz y acordes angélicos el versículo:

Cantemos al Señor que en este día,
poderoso mostrando su grandeza,
caballo hundió en el mar y caballero.

Y temblábale algo la voz, conmovida por el temeroso respeto al Omnipotente, que había deshecho y confundido el poder de Luza, patria indigna de Meroim.

Pero luego, encendida en fervorosa fe y gratitud, por haber sido preservada incólume entre la ruina y el estrago, cantó arrebatada:

Mi lauro es el Señor y gloria mía;
él es mi fortaleza
y mi salud en el peligro fiero:
porque mi Dios es éste verdadero
y el Dios de mis mayores,
publique fiel mi lengua sus loores.

Y con asombrosas alternativas de entusiasmo y

ternura cantó así los diez y nueve versículos del sublime cántico.

Atónitos los convidados decían:

—No es ésta Meroim la de Luza; es la profetisa Miriam, hermana de Moisés y Aarón.

Y desde aquel momento comenzaron a llamarla *Miriam*.

Pero ella repuso con modestia:

—No merezco yo llevar el nombre de mujer tan ilustre; llamadme, para distinguirme de ella, *Miriam la Trasquilada*.

Rieron altamente los convidados, y entre aplausos y vaciar de copas le fué confirmado aquel sobrenombre.

Y a los siete años *Miriam la Trasquilada* peinaba una cabellera mucho más copiosa que la que tuvo, y juntaba seis hijos, y era la madre más hermosa y rica de Luza, poblada por los descendientes de Josef.

Y mientras vivió Ana, que tuvo a Miriam el verdadero amor de una madre, nunca la humilde nuera se atrevió a sentarse delante de Ana, ni a levantar los ojos, ni a decir palabra si no le preguntaba la benévola suegra.

Cual muda estaba *Miriam la Trasquilada* en presencia de su señora, de rodillas o de pie, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

Mas cuando Ana departía con ella respondía Miriam con palabras breves de prudencia y verdad.

Y sus palabras, discretas y pocas, eran aún más estimadas por eso y encarecidas.

Y sus hermosos ojos, pocas veces alzados, pocas veces vistos del pueblo, parecían aún más hermosos, y eran por lo mismo aún más celebrados.

Porque la mayor hermosura de la mujer es el rostro modesto; y su alhaja más rica, breve y cuerdo lenguaje.

La modesta y prudente Miriam, la que había de morir degollada antes de cumplir veinte años, vivió ciento veinte, y vió cinco generaciones de su púdico lecho, y descansó en paz santa, y de ella procedieron varones y hembras insignes de Israel: jueces y profetas y esposas de Reyes.

Y los cristianos, que truecan el nombre de *Miriam* en el de *María*, sobre la historia que dejamos escrita de *la trasquilada Miriam* han formado la historia, muy posterior, de *María* o *de Mariquita*, con el distintivo de la *Pelona*.

FIN DE «MIRIAM LA TRASQUILADA»

DONA MARIQUITA LA PELONA

CARTA BIOGRAFIA

... diciembre de 1852.

SR. D. J. E. H.

Muy señor mío de mi mayor aprecio: El mes pasado vi en una librería un tomito de leyendas varias, impreso en Madrid en el presente año, y como aficionado que soy a novelas y versos, aunque me queda poco tiempo libre para lecturas de diversión, abrí el tomo, y cabalmente fué por una página donde leí este título de una de las leyendas, obra de usted: MARIQUITA LA PELONA, *crónica del siglo* XV. Me inquietaron tales palabras, porque en mi familia ha habido una señora muy respetable, a quien el vulgo aplicó ese propio mote, no muy bonito, y me figuré que acaso usted, habiendo tenido noticia de la *Pelona* de nuestro tiempo, había trasladado a otra época sus aventuras, para descaminar a las personas que las conocen. Pronto me desengañé, reparando con gusto que la *Mariquita Pelona* de usted—que supongo será cuento forjado a placer sobre la interesante

anécdota de la *Doncella Napolitana*, sabida hasta de los niños de las escuelas—casi nada se parecía a la nuestra; y digo *nuestra*, porque somos bastantes los que nos honramos de pertenecer con estrechos vínculos a la *Mariquita* moderna. Pero su historia merece saberse, aunque se la desfigure algo, con tal que no se presente en ridículo; por lo cual me dirijo a usted, sin tener la honra de conocerle, y, ocultando los nombres de las personas que intervinieron en los sucesos, y el año y lugar en que se verificaron, voy a comunicar a usted, para que los aproveche, si gusta, fieles datos biográficos acerca de otra *Mariquita Pelona*, no tan hermosa ni con una cabellera tan extraordinaria como la hija de San-García, pero muy agraciada, no menos virtuosa y amable, y harto más verdadera.

Hubo una niña—hubo, sí, porque ya descansa en la paz del Señor—en una de las mejores poblaciones de España, que, huérfana y pobre a la edad de trece años, fué recogida por una señora Marquesa, la cual había estimado mucho a los padres de la muchacha, cuyo apellido encubriré, bien que el nombre no se puede ocultar: ya se debe suponer que se llamaba *María*. Acababa de enviudar la Marquesa, y tenía una niña de cinco años y medio; pensó desde luego la señora que Mariquita podría servir de aya a la niña más adelante, y dispuso que la enseñaran a propósito para ello. Mariquita, que ya leía bien, escribía y contaba, y además cosía y bordaba admirablemente, aprendió un poco de historia y geografía, música y francés, y aun a montar a caballo; y es

fama que en la parte literaria y ecuestre no hizo los mayores progresos. Resultó de esta educación que María, sin bienes de fortuna ningunos, vestía y hablaba a lo Duque, y tenía todo el aire de una grande de España; y entrada en la flor de la juventud, no había quien pidiera su mano. Era Mariquita a los diez y ocho años de regular estatura, ni alta ni baja, de un moreno claro agradable, de bien concertadas facciones, realzadas con una gracia de boca y una caída de párpados encantadoras, buenos ojos, buen talle, muy hermosa mata de pelo, muy buen gusto para el traje, para el prendido y para el calzado, y delicioso aire para llevar la basquiña, la mantilla y el abanico; genio dócil, carácter candoroso, corazón castísimo, lenguaje alegre y dulce con todos, menos con la señorita cuando la tuvo por alumna; respecto de ésta guardaba una severidad que metía miedo; y todo se necesitaba, porque a la verdad —suprima usted esta frase cuando llegue el caso— la Marquesita era medio loca. Y ya que de locas hablamos, y no tratando de poner en la misma línea a la señorita y al aya, *doña Mariquita*—que así la llamaban en casa de la marquesa—fué también hasta la edad de veinticinco años la criatura más imprevisora del mundo: nunca, hasta mucho después, pensó en el día de mañana, ni se le ocurrió que le podía faltar la Marquesa y hallarse en la calle con muchas necesidades y sin recursos para subvenir a ellas. El mayordomo de la Marquesa, que era solterón; el contador y otras personas que frecuentaban aquella casa o palacio principalísimo, mira-

ban a María con buenos ojos, le decían flores, y nada más; porque eran sujetos que para mujer propia deseaban una con gracias personales y dinero, o con dinero sin otra gracia; el cochero y los lacayos también decían piropos a su modo a doña Mariquita; pero la señorita doña María, colocada en una grada algo inferior para el mayordomo, estaba sobrado alta para el cochero. Estimada y aun querida de todos, y no requerida matrimonialmente de nadie, llegó María sin sentir a los veintitrés años, y entonces hubo de visitar a la Marquesa un caballero de cerca de treinta, gran mozo, de buena casa y célebre por sus calaveradas en su patria y fuera: don Juan le llamaremos, porque no dejaba de parecerse a don Juan Tenorio. Heredero de un crecido caudal, habíalo derrochado en muy poco tiempo, y vivía a costa de un tío, viejo raro, que pasaba por hombre rico, y que, por inclinación a su sobrino, le sacaba de los apuros, y aun le satisfacía los caprichos, no sin echarle antes un breve sermón, repitiéndole siempre que a lo mejor le daría un chasco. Don Juan vió a María, prendóse de ella, le dirigió mil frases de amor, que María oyó con gusto indecible; y creyéndolas encaminadas a un fin legítimo, dijo al galanteador que se explicase con la Marquesa. El galán, que no esperaba aquella salida, varió de lenguaje, y al primer asomo de libertad que se quiso tomar, la honrada María le puso la cara que a la señorita cuando se portaba mal, y, con la sal del mundo, le envió a paseo. A todo esto, don Juan, engañado por la risueña acogida que al principio le hizo el aya, se

había jactado con sus amigos de obtener un triunfo próximo; súpose la derrota, los amigos se le burlaron, él se picó, hubo apuestas por medio, repitió con más arte sus asechanzas a Mariquita, y ella, sin arte alguno, avisó a la Marquesa lo que pasaba; prohibió la Marquesa a don Juan que hablase a María, y, por primera vez de su vida, se hubo de retirar don Juan desairado en un empeño de tal especie y perdió una apuesta considerable. El contador, el mayordomo, el maestro de obras, la doncella mayor y algunos otros individuos de la familia, que habían reparado ya en los obsequios de don Juan y advirtieron su desaparición repentina, formaron suposiciones no del todo caritativas, que desazonaron a María mucho cuando su alumna, aumentando otro tanto, se las contó; chisme fatal para la chismosa, porque, en enojándose el aya, la señorita pagaba su enojo. Las consecuencias de éste fueron privar a la marquesita de paseo por ocho días y tenerla uno a pan y agua.

No había pasado un mes cabal desde la retirada del galán jactancioso, cuando una mañana se presentó en casa de la Marquesa un fraile de la Merced, venerable por sus años y por la santa inocencia de su carácter, pidiendo que se le permitiese hablar en secreto a María. Esta, aunque no lo necesitaba, tomó la venia de la señora, se quedó a solas con el religioso—o creyó quedar a solas con él, porque a un volver de cabeza se introdujo la señorita en la sala y se escondió en un dormitorio contiguo—, y el padre dijo, según se cuenta, poco más o menos, así:

—Hija mía, una dama forastera y de edad madu

ra, cuyo nombre y cuyas circunstancias he prometido no descubrir, ha ido a mi convento y me ha dicho que, deseosa de servir a Dios y alcanzar la remisión de sus culpas, quiere dotar a una doncella virtuosa y huérfana con la razonable cantidad de 40.000 reales. Más aún: posee la dama en esta ciudad, en paraje algo retirado, una casita de buena construcción y de solo un piso, muy a propósito para un matrimonio; y agrega esta casa también al dote de la huérfana. Se ha informado de varios párrocos acerca de las huérfanas de más virtud que conocen en sus respectivas feligresías; le han dado una lista, y en ella es el nombre de usted el primero. Los 40.000 reales están en mi poder; he visto la casa, y vengo a ver a usted para que me diga si quiere sujetarse a las condiciones que impone la dotante a la doncella que reciba la dote.

—Diga usted qué condiciones son—prorrumpió María, sintiendo por primera vez en su corazón un deseo de dinero vehemente—. Diga usted pronto, que por 40.000 reales y tener casa algo se puede sacrificar.

—Hija mía—prosiguió el padre—, las condiciones son estas cuatro: Primera: que ha de hacer usted voto de castidad por espacio de un año.

—Le hago desde ahora.

—Que todo el año ha de vestir usted un hábito de Nuestra Señora del Carmen, con toca y manto.

—Precisamente es un hábito que me gusta.

—Que ese año ha de vivir usted en un convento de esta ciudad, el que usted elija.

—Ahí enfrente hay uno; si mi señora me da licencia, no tengo mas que cruzar la calle. A ver la última condición.

—Esta, para una persona del juicio que usted ha de ser bien insignificante. Que se ha de cortar usted el pelo a raíz y ofrecerlo para una imagen de Santa María Magdalena que la dama dotadora destina a cierto oratorio particular.

—¡Padre! Y ¿eso le parece a usted que nada supone? Pues para mí es condición más dura mil veces que las otras juntas. No estoy yo tan fuera del mundo como usted cree; y así, me ha de hacer usted el favor de manifestar a esa dama que ni por un millón ni por un palacio me quedo pelona.

—Nada hay perdido, hija mía... Quiero decir, nada hay perdido para mí, pues realmente nada pierdo yo; usted sí creo que pierde una buena ocasión. Una semana tiene usted de término para decidirse: de aquí a ocho días volveré, y si me dice usted lo mismo que ahora, pasaré a proponer las condiciones a la joven que va después de usted en la lista.

«No, padre, no—iba María a decir—; no vuelva usted más»; pero pareciéndole que en tal precipitación había algo de poco respetuoso al sagrado carácter del sacerdote, corrigió la expresión añadiendo: —No se vaya usted así.—En efecto, el padre se había levantado para marcharse.

—Hágame usted la caridad—prosiguió—de celebrar una misa en un altar de Nuestra Señora, a fin de que me dé su luz en este negocio; y llévese usted estas frioleras para la Comunidad.

Tomó, diciendo esto, un cestillo de bizcochos de monjas, que las vecinas le habían regalado pocas horas antes, echó un duro en él y puso la ofrenda en manos del mercenario.

—Señorita María—dijo despidiéndose el buen religioso—, me parece muy bien que implore usted el auxilio de la Reina de los Angeles; ella le envíe a usted su santísima bendición.

Y María, con la sonrisa que tanto hechizo prestaba a su rostro plácido, tendió su blanda mano, tomó la del padre y se la besó y, acompañándole, salió él de la casa. Un momento después evacuó el dormitorio la señorita; buscó al mayordomo, al contador y a las doncellas de su mamá y les contó lo que había oído; y a la media hora ya sabía toda la casa qué objeto había tenido la venida del fraile.

Mientras que la señorita daba cuenta de todo a las criadas, con mucha risa, María informaba a la Marquesa con algún sobresalto, porque recelaba lo que le sucedió, y fué que la señora se disgustó infinito de la negativa del aya.

—Has hecho muy mal en responder que no—dijo con severidad la Marquesa—; pero, a Dios gracias, el padre tiene que volver, y aquí estoy yo para aconsejarte y mandar, si es preciso, lo que conviene. ¿Cómo había yo de figurarme que tú, mi predilecta, mi favorita, mi ojito derecho, según te llaman; mi hija casi, habías de contestar por ti y ante ti a una proposición de tanta importancia, sin haber aguardado el parecer de tu protectora? Y todo ¿por qué? Por una vanidad muy necia en una pobre, muy re-

prensible sobre todo en quien ejerce el grave cargo de aya, mujer que debe dar ejemplo de modestia y cordura. Aunque valga mucho tu pelo, me parece que con 40.000 reales y una casa te le pagan más que merece. Pues en verdad que con esa trenza tan hermosa y tan bien peinada, lo que es hasta ahora no has tenido ni un triste lacayo que te diga: «Si usted me quiere, vamos a la iglesia.» Creyendo voy que el no haberte casado aún es castigo de Dios por esa loca vanidad que hasta hoy has disimulado. ¿Qué esperas tú ser el día de mañana? Vamos a ver.

—Señora—contestó María llorando—, yo no he pensado nunca en el día de mañana; yo todos los días pienso en las bondades de usted.

—Pero, criatura, ¿he de vivirte siempre yo?

—La señorita no dejará de acordarse de su aya.

—Demasiado conoces tú lo que puedes esperar de la loca de mi hija. Ni ¿a qué esperar favores de nadie, cuando puedes contar con un dote propio tuyo, ganado con un año de recogimiento y servicio de Dios? Si tú posees algo y yo te doy algo, más juntarás. La verdad es que mi casa no está para hacer por ti lo que yo quisiera; y, por último, ¿qué sabemos lo que puede ser de nosotros? Mira lo que ha sucedido en Francia: señores se han visto pidiendo limosna, y alguno de lo más ilustre ha vivido porque un criado se ha encargado de mantenerle. Torres más altas han caído; cuando la fortuna llama a la puerta no es prudente decirle que vuelva otra vez.

—Perdone usted, señora Marquesa—exclamó aquí María, poniéndose de rodillas delante de su

ama—; nunca me ha reñido usted así, y esto me hace conocer que he cometido la falta mayor de mi vida. Perdóneme usted y disponga de mí; que yo no quiero mas que obedecer a usted y tenerla contenta. Por el amor de Dios, que me perdone usted.

—Alzate y siéntate a mi lado—le dijo apaciguándose la Marquesa—, y déjame hacer. Ahora mismo se enviará a la modista un recado para que venga a tomarte medida del hábito y la toca, que quiero que sean de buen corte y hechura; en fin, como para ti, que en esto de emperejilarte no tienes igual. En seguida pasaré al convento de enfrente y le diré a la madre abadesa que cuente contigo. Lo que es al peluquero ya se le avisará con tiempo también.

—Pero aun no me ha dicho usted que me perdona—exclamó desconsolada María levantando hacia su señora los ojos cargados de lágrimas y dirigiéndole una mirada de súplica tan humilde y tierna que la Marquesa no pudo contener el llanto y la abrazó, llamándola hija, con tanto cariño como si lo fuera suya. (Entre paréntesis: voces corrieron años ha de que Mariquita era sobrina de la Marquesa, hija de una hermana que fué queridísima de la señora.) La verdadera hija de la Marquesa, que estaba acechando por el agujero de la cerradura, llena de gozo con la reprimenda que había llevado su aya, y más aún porque ya se consideraba libre de su poder, soltó en esto una carcajada que no pudo contener al fin; la oyó su madre, salió, y al ver a su hija retirarse riendo, la hubiese maltratado, si María no se hubiera puesto por medio. Hubo, pues, encierro

para la señorita, no impuesto por el aya esta vez, sino por la madre; vino la modista, fué la Marquesa al convento, y antes del anochecer todo estaba ya corriente para la próxima inclaustración de doña Mariquita, con gran asombro de toda la casa.

Muy arrepentida de su repulsa, muy sumisa y pronta se había mostrado a la Marquesa la buena María; muy sereno aparecía su rostro; pero, como familiarmente se dice, la procesión iba por dentro. No durmió aquella noche, y al día siguiente se levantó con calentura. Joven de tan excelentes cualidades algún defecto había de tener. Sin padres y sin novio, no habiendo amado todavía hombre ninguno, preciso era que se amase algún tanto a sí propia; era para ella el más delicioso rato del día ponerse al tocador, peinarse y vestirse; figúrese usted si le costaría trabajo renunciar al placer mayor que hasta entonces había sentido.

Tres días pasó devorando su pena, sin descanso y sin apetito, y en tan poco tiempo se desmejoró sobremanera. Tan abatida estaba, que ni aun se acordó de hacer pagar su mal humor a la señorita, según su costumbre. Hasta en su tocado se advirtieron señales de desaliño, nunca vistas antes allí. Al cuarto día fué otra cosa. Con la boca de risa de siempre, tan recompuesta como de ordinario, si no era más, pasó a dar los buenos días a la señora, y después de algunos momentos de suspensión, entre avergonzada y maliciosilla, preguntó si se había mandado el aviso a Julián.

Era Julián el peluquero.

—Aun no—respondió la Marquesa—, y sospecho que lo mejor será desavisar a la abadesa y a la modista. Anteayer creí que te ibas a caer muerta de angustia. Quédate con pelo y sin dote; por muy poblada que tengas la cabeza, se conoce que tú nunca pelecharás.

—Señora, ¡válgame Dios!—repuso Mariquita sonriéndose—; por un poco de tontería que estos días he dejado ver no ha de figurarse usted que he de ser siempre así; tenía mi costalito de presunción, como todas, o como algunas; lo he vaciado, y se ha concluído. Mande usted avisar a Julián.

¿Qué había pasado con aquella mujer, hoy tan diferente del día anterior?

Era que, en el transcurso del día antes, el mayordomo, el contador y el maestro de obras de la casa, uno tras otro, se le habían declarado apasionadísimos amantes, pidiendo su mano, y contestando ella que había hecho voto de vivir en convento un año y cortarse el cabello, cada uno de los tres, por su parte, había respondido que doña Mariquita era muy hermosa, que era muy buena, que era una santa, por lo cual ¿quién había de reparar en pelillos, tratándose de una joven digna de ser adorada de todo el mundo?

Sería necesario haber pasado veintitrés años y pico sin novio, y dirigiendo a una señorita impertinente como ella sola, para comprender el júbilo de Mariquita cuando se halló con tres galanes, admisibles los tres, en un mismo día. Su júbilo fué tanto, que ni aun le ocurrió sospechar si sabrían lo de los

40.000 y la casa, y por eso les parecía tan a propósito para esposa la misma que hasta entonces únicamente les había merecido insulsos requiebros. María sólo se fijó en que tres hombres la querían por mujer, aunque se quedase pelona, y, por consiguiente, que la falta de pelo no era óbice para casarse. Castigo de Dios había llamado la Marquesa a la prolongada soltería de su sobrina—quiero decir, de su ojito derecho—; recompensa del Cielo consideró María las tres declaraciones de amor, por haberse sujetado, aunque no sin lágrimas, al consejo o mandato de la Marquesa. A ella remitió a los tres repentinos amantes, asegurándoles que, pasado el año, el que la señora le designara sería el preferido.

Llegó el octavo día, o sea el de la segunda venida del fraile, y aquella mañanita propia recibió María una carta del señor Julián, perdido también de amores por ella, y desesperado de tener él mismo que cortar la cabellera de la que amaba. Cuatro aspirantes contaba ya doña Mariquita, y el cuarto era más joven y más guapo, y más acomodado quizá que los tres, y tonto además por añadidura. ¿Qué mujer más feliz que María?

Así fué que se vistió como para una solemne fiesta, con la ropa mejor que tenía, con el fondo del cofre, como suele decirse. Esmeróse particularmente en el peinado, por lo mismo que se despedía de él para mucho tiempo. Se adornó la cabeza con unas flores, púsose los mejores pendientes...—habían de verla sus cuatro amantes y quería deslumbrar a los cuatro y a más que hubiera. —La Marquesa había

determinado que se recibiese al padre en su sala, y allí se había colocado el tocador de la Marquesa, como ara del sacrificio, nada repugnante ya para la hermosa víctima.

—¿Estoy a gusto de usted, señora?—preguntó María a la Marquesa, hallándose a la sazón solitas las dos en la sala.

—Puedes estar mejor—contestó cariñosamente la Marquesa, y llevándola a la sllla del tocador, le quitó las flores y los pendientes, y le puso por su propia mano una diadema con pedrería y pendientes y collar de lo mismo; un aderezo, en fin, de valor, que la Marquesa había usado—. El otro día te regañé por vana—le dijo—y hoy te regalo por sumisa y juiciosa.

Este regalo solían citar como indicio grave los que sostenían que Mariquita era sobrina de la Marquesa. Besó la mano a su perseverante favorecedora, y en seguida fueron entrando los testigos del acto: el capellán, el mayordomo, el contador, el maestro de obras y algunas otras personas de la casa. Vino, por fin, el peluquero, muy elegante y muy compungido.

Cuando anunciaron la llegada del religioso, María saltó y fué corriendo a recibirle hasta la portería; y al verla el padre tan peripuesta le hubo de preguntar qué significaba aquel aparato como de boda.

—Es para decir a usted que sí—respondió María.

—La misa que yo he celebrado—repuso el padre—ha obrado el buen efecto que debíamos esperar.

Sentado el religioso, principiaron las formalidades del acto. Repitió en forma de pregunta los cuatro artículos a María; contestó ella que los aceptaba, y el padre entonces puso en manos de la Marquesa 2.000 duros en oro y los títulos de la casa.

—Facultado estoy—añadió—para entregar esto a la persona que la señorita doña María nombre depositario; declare, pues, si elige a la señora Marquesa.

—Mi señora es quien debe determinarlo—contestó María; y la Marquesa eligió al mismo religioso.

El contador y el mayordomo se habían ofrecido a ser depositarios con la mejor voluntad; el maestro de obras manifestó deseos de ver la casa; el padre dijo que hasta después de vencido el año no había de saberse cuál era, porque sabiéndola, sería conocido también el dueño, y por entonces quería ocultarse.

Era llegado el momento solemne. Doña Mariquita la moderna, muy al contrario de la antigua María, hija de Juan Lanas, se levantó de su silla, muy ágil, y no como víctima dolorosamente resignada, sino con el aire de una Reina que celebra un triunfo, se llegó a la mesa del tocador, desdobló y se echó por sí misma a los hombros un peinador de la Marquesa guarnecido de encajes, y ocupó grave y majestuosamente su asiento. Se quitó luego los pendientes y la diadema, y desprendiéndose las lucientes y odoríferas trenzas, las fué poco a poco deshaciendo y echándose todo el pelo a la espalda. Tendidas y ondeando las negras ondas del cabello sobre el lienzo

blanquísimo, que daba más obscuro matiz a la hermosa madeja, cogió María las tijeras, y llamando al galán peluquero le dijo:

—A ver, Julián, tome usted y corte por donde quiera.

Julián, pudoroso y aturdido, recibió las tijeras y principió a cortar y poner a un lado los largos cadejos que iba cortando, cuidadoso de que no se enredaran. Miraba entre tanto en el espejo María el singular contraste de su rostro, ufano y risueño, con la atribulada fisonomía del peluquero; y más allá aparecían también, como en el fondo del cristal, ceñudos y cariacontecidos, los semblantes del maestro de obras, del contador y del mayordomo. Los 40.000 en oro y los títulos de la casa estaban sobre la mesa del tocador; y dirigiendo los interesados amantes sus miradas al taleguillo de oro y a la cabellera de la joven, que poco a poco iba dejando ver el limpio cutis de la bien cuidada cabeza, parecían mudamente decir: «Teniendo Mariquita lo uno, lástima es que se quede sin lo otro.»

Pero se quedó sin ello en muy breve rato. Reinó durante la descapilación un triste silencio, interrumpido al fin por la señorita con una de sus carcajadas locas, la cual le hubiese costado un recio bofetón de su madre si no se hubiera hallado algo lejos para recibirlo.

Despacio y con graciosa coquetería se prendió nuestra Mariquita la toca, y haciendo una reverencia cómica a los presentes, como burlándose de sí misma, se retiró a su habitación para desnudarse

aquella ropa y vestirse el hábito carmelita, que le estaba mejor que la basquiña de paño de seda con su fleco de a media vara. Eran entonces estrechos y cortos los vestidos de las mujeres; era largo y ancho de ruedo el hábito, y bien entallado; el elegante cuerpo de Mariquita parecía, con el hábito, más esbelto y airoso, mayor la estatura. Perfilaba delicadamente la toca su rostro oval de suaves contornos, y el manto negro y cumplido, desembarazadamente manejado, prestaba a aquella figura, más graciosa que noble, cierta imponente dignidad que no tenía con el traje de moda.

Como era justo, salió a despedir a María toda la servidumbre de la Marquesa. La alegría de la casa llamaban a nuestra seductora joven; y, en efecto, dijérase que la alegría de aquella mansión del lujo se ausentaba con Mariquita. Sin embargo, la ausencia no había de ser para siempre: sólo había de durar un año. Razón tiene la copla vulgar:

Dicen que no se sienten
las despedidas;
quien lo diga de veras,
que se despida.

Acompañada del religioso y de la Marquesa, de la señorita y los de la casa, cruzó la calle, pasó al monasterio, y retirándose desde la portería el obsequioso acompañamiento, entró María más allá con la señora, la señorita y el padre. Numeroso había sido el séquito de la despedida; numeroso fué también el del recibimiento: toda la Comunidad quiso ver a la que llamaban ya *Doña Mariquita la Pelona.*

No cabía en sí de alborozo la señorita, creyéndose libre de la severa María, porque se encerraba entre monjas; y la señorita, que lo oía todo, no había oído decir a su madre que se le hubiese de buscar aya nueva. Era inútil buscarla: cuando llegó el caso de volverse la señora Marquesa, instalada ya en su celda María, dirigiéndose la madre a la hija. con grave acento le dijo:

—Yo sin María no pudiera hacer carrera de ti; conque he determinado que te quedes en el convento con ella y como ella.

Rompió a sollozar amargamente la señorita; pero en medio de su aflicción, la madre se fué, la señorita se quedó, y un rato después hubo de tener de nuevo y más fuerte motivo de llanto. Solas en su celda las dos reclusas, María, revistiéndose de toda la seriedad que usaba con su educanda, le explicó en breves razones lo que querían decir las palabras de la Marquesa *quedarse en el monasterio con María y como María.* La Marquesa, viendo con mal pelo a su hija, y con asomos de liviandad peores que el pelo, según las trazas, había mandado al aya que la vistiese también de hábito carmelita y le cortase al ras el cabello: el hábito y la toca estaban ya en la celda, y las tijeras en la faltriquera del aya. Afortunadamente, desde que María contaba con cuatro amantes habíase vuelto cuatro veces menos rigorosa que cuando carecía de uno; por lo cual, sólo cayó sobre la cabeza de la señorita el monjil y no la tijera, quedando las dos compañeras de encierro con el mismo uniforme.

En un año de religiosa clausura no podía menos una mujer de regular discurso, como nuestra buena María, de reflexionar con el asiento y la madurez que ya iban requiriendo sus años: el orden, la paz y las piadosas ocupaciones de aquel santo asilo convidaban a la reflexión irresistiblemente. Allí fué donde conoció las interesadas miras de sus cuatro amantes; y pasándoles revista en su imaginación muchas veces, hubo de caer al fin en la cuenta de que ninguno de los cuatro le convenía. Figurábase que, pasado el año de encierro, no dejarían de ofrecérsele otros; pero era de temer que valiesen menos, porque ya entonces entraría ella en los veinticinco años, y comprendía que según iba una mujer avanzando en edad, iban siendo de precio inferior los partidos que se le presentaban. Dominada de una tierna melancolía, se dejó ganar del manso atractivo que tenían para su espíritu el sitio en que vivía y los actos de virtudes que presenciaba, y desahogándose con la madre abadesa, prudentísima esposa de Dios, le manifestó su deseo de quedarse por hija suya. La superiora celebró los castos propósitos de María; pero le aconsejó que pasado el año volviese al mundo y viviese otro año en él, y si transcurrido éste seguía sintiéndose con vocación al claustro, se le daría el hábito al punto.

Con el suyo del Carmen salió del convento María, cumplido el año, más gorda, más blanca y más prudente y seria que había entrado; recibiéronla su señora y los demás que la habían despedido, entre ellos los cuatro amantes, a los cuales, en la primera

ocasión, declaró con la mayor formalidad que pensaba ser monja. El religioso le entregó el dote y le dió posesión de la casa. Era de humilde traza exterior; por dentro, cómoda y limpia; el moblaje, de nogal, lustrado con cera; tenía un jardinito con su fuente, un oratorio, y en él una devota imagen de la Magdalena, con la cabellera de María. «¿Conque es esto mío?», exclamaba ella fuera de sí, como si no hubiese visto cosa mejor en su vida. «No sé qué daría por saber quién es la generosa dama a quien debo donación tan preciosa.»

—Aquí lo sabrá usted—le dijo la mujer que le enseñaba la casa, criada antigua del tío de don Juan, muerto dos meses antes. (El tío era el muerto, no el sobrino.) María, que nada ocultaba a la señora Marquesa, le entregó el papel lacreado que la criada le ofrecía, y encerrándose las dos en el gabinete, leyó la Marquesa el papel, que, fielmente copiado, dice de este modo:

«Señorita María: Por mi firma conocerá usted que soy el tío de aquel don Juan rechazado tan honradamente por usted en sus atrevidos amores. Ha de saber usted, a pesar de todo, que mi sobrino la quería bien a usted, y aun quizá la quiere. Se resintió su orgullo tanto de la resistencia que no esperaba, que propuso vengarse, y, en efecto, se ha vengado de usted alevosamente. La señora de quien el buen religioso de la Merced recibió el encargo de dotar una huérfana era una emisaria de don Juan, mi sobrino. Avergonzado por sus amigotes, quiso ausentarse de esta ciudad y que usted permaneciese sol-

tera mientras él volvía; de eso ha nacido proponer a usted que se entre en un convento por todo un año. Parece que una de las veces que usted le desahució se sirvió usted de la vulgar expresión *no me peino yo para usted;* Juan, ofendido, se ha empeñado en que, por ahora, no se peine usted para nadie. Yo, que algunas veces he visitado a la señora Marquesa, conocía las excelentes prendas de usted, y aunque facilité a mi sobrino medios para ejecutar su vengativo antojo, fué con ánimo de indemnizar a usted a costa de Juan. El quería dotar a usted con mayor cantidad; yo quise que la cantidad fuese de 1.000 pesos no más, y que se agregase al dote de usted una casita mía, donde he guardado siempre lo que usted hallará. A él, por dejarle algo, le dejo esta casa en que habito y en que, según las señas, moriré muy en breve; de mi dinero, ni un cuarto le queda. No lo extrañará, porque le estaba diciendo continuamente que le había de chasquear cuando menos se lo pensara: el chasco es morirme a tiempo que Juan, bien lejos de aquí, no puede influir en mi testamento. Ruegue usted por mí, ruegue usted por él; y si tal vez se halla en algún apuro, haga usted por él lo que pueda: será una venganza digna de usted. En el oratorio de la Magdalena verá usted un armario embebido en la pared, con la llave puesta; con esa misma llave, siguiendo la instrucción que pongo en seguida, se abre otro hueco, donde tengo el arca de mi tesoro, y en él para usted, y con la bendición de Dios, dos millones de reales.»

Rápidamente se enteraron la Marquesa y María

de la manera de manejar la llave, y a los pocos momentos aparecieron a los atónitos ojos de María los ahorros del testador.

—Me parece—dijo con noble satisfacción la Marquesa—que no hice mal cuando me empeñé en que aceptaras las proposiciones del mercenario.

—Y todo esto—repuso María—¿qué falta me hace? Para ser monja no se necesita mucho dinero.

Convinieron la Marquesa y María en callar profundamente la donación del difunto y en que María se viniese a ocupar su casa. La señorita, que había salido con muchísimo placer del convento, como se quedaba sin María, y otra aya no la había de cuidar a gusto de la Marquesa, fué vuelta a encerrar.

Con la criada antigua del tío de don Juan y un criado se estableció María en su casa como en un castillo, preparándose a volver al convento. La dulce risa, perpetua compañera de sus labios cuando era pobre, no aparecía en ellos desde que era rica; sonreíase tal vez, pero con amargura. Perseguíanla solícitos los cuatro amantes y otros que se iban sucediendo periódicamente; María, tan amable y tan cariñosa en otro tiempo, ya los escuchaba con aspereza. «Huelen mi dinero», decía, y no era verdad; llegábanse a ella algunos atraídos por la fragancia de sus virtudes; los más, incitados por la fama de su desdén. Para que una mujer se vea cercada de pretendientes no hay como el *no*.

¿Por qué entre tantos no aparecía uno a quien María dijera que sí?

Por aquellas palabras de la carta del tío:

«Mi sobrino la quería bien a usted, y aun quizá la quiere.»

Don Juan, con todos sus vicios, era el único hombre que había conmovido el corazón de María; porque le tuvo miedo le cerró las puertas de su cuarto en la casa de la Marquesa.

—¿Si me querrá todavía don Juan?—solía decir María, sentada en su jardín, iluminado con el tibio resplandor de la Luna—. ¿Si se acordará de mí donde esté? ¿Dónde estará?

Bajo el mismo techo que María estuvo de allí a poco; endeudado en sus correrías, volvió a la ciudad en que había muerto su tío, para vender la casa en que consistía la herencia del buen anciano. Don Juan creyó que el chasco, tantas veces anunciado por el difunto, era el de testar sin dejarle dinero. Supo María la venida de don Juan, y desde que la supo no durmió bien.

Supo él de María; pero se la pintaron tan determinada al monjío, que le pareció conveniente no visitarla hasta saber si cedía en su fuerte deseo de apartarse del mundo.

Desvelada una noche, se arrojó del lecho, se vistió a la ligera y se puso a la reja de una ventana que daba a la calle; corría un fresco delicioso que regalaba la ardorosa frente de la joven insomne.

Dos caballeros, con capa de seda los dos, que venían disputando por aquel solitario paraje, se pararon cerca de la reja en que estaba María. El uno era don Juan; el otro, un tahur; salían ambos de una casa de juego no muy distante.

De la disputa resultó un desafío, y los dos caballeros—hay caballeros tahures también—se dirigieron, espada en mano, a una callejuela inmediata, estrecha y obscura. María fué corriendo a la puerta, la abrió, y con voz tímida dijo desde el umbral repetidas veces:

—¡Don Juan! ¡Don Juan!

Don Juan, que había oído la voz, sin dejar por eso de marchar a la callejuela con su enemigo, volvió a los pocos instantes, pálido y ensangrentado, buscando la puerta de donde había salido la voz. El tahur quedaba muerto en la calle; don Juan venía herido.

María le recibió en los brazos; llamó, se levantaron el criado y la criada, se acostó al herido, y se le asistió con tan maravilloso sigilo, así entonces como después, que el muerto se quedó por muerto y el vivo sin que se le conociese por homicida.

Que don Juan conoció a María; que socorrido y amparado por ella, su afición liviana se convirtió en limpia y verdadera pasión; que arrepentido de su innoble venganza, imploró perdón a los pies de su salvadora, ya se debe dar por supuesto: lo que no era fácil de imaginar fué la condición que puso María para perdonar a don Juan.

Desde que la herida de don Juan había cesado de ofrecer peligro, la antigua sonrisa de María, muchos meses ausente, había vuelto a su rostro, y la gracia a sus labios, y habían sus ojos vuelto a brillar con su acostumbrada viveza.

—Señor don Juan—le dijo un día, quitándose la toca y enseñándole su cabello diecisietemesino—,

peloncilla estoy, y más pelón ha de ser con quien yo me case; cada oveja con su pareja. Si usted me pretende para mujer, éntrese por un año en la Orden Tercera, vístase el sayal de la Orden, pélese como el último de los hermanos..., y después..., con tal que usted se haya portado bien..., hablaremos.

O don Juan había hecho ya todas sus calaveradas, o solamente le faltaba la última, o la represalia ideada por María le pareció justísima, o la muerte dada al caballero tahur le tenía atribulado y contrito, ello es que en el momento que pudo salir a la calle se fué al hospital de la venerable Orden Tercera de San Francisco, se dejó trasquilar y vestir de hermano tercero, pasó un año asistiendo enfermos, y después de cumplido, llevando aún el traje de jerga y con el sombrero de franciscano lego, se presentó en casa de María y le dijo:

—Un año he pasado como usted quiso y donde usted quiso; conque, Mariquita, hablemos ahora.

Puede inferirse lo que hablarían, de que al otro día él y ella colgaron los hábitos y se casaron muy poco después. La casa del tío no se llegó a vender, y sus millones fueron ofrecidos por María a don Juan, en quien, si no aumentaron el amor a su esposa, tampoco debieron disminuirle, porque, reparando ventajosamente sus antiguas calaveradas, fué marido y padre ejemplar.

Esta es la *Mariquita Pelona* de mi familia, sobre cuya historia, fielmente referida por mí en todas sus partes, pudiérase escribir una novela de regular extensión y oportuno artificio; pero convendría dis-

frazar los hechos, omitiendo sobre todo decir que la Marquesita salió del convento a fuerza de llorar y suplicar a su madre, y a los dos meses de su salida se escapó a Francia con el maestro de obras, con el cual tuvo la Marquesa que casarla de prisa y corriendo. Tal vez convendría trasladar los hechos a una época muy remota: cuanto más remota, más novedad podría ofrecer la novela. Noticias hay, como sabe usted, de que el célebre poeta griego Menandro, cuyas obras han perecido, escribió una comedia con el título de *La Trasquilada;* y parece que el argumento consistía en que un militar muy celoso, llamado Polemón, dueño de una hermosa cautiva, creyéndola infiel sin que ella lo fuese, la trató muy mal y la peló muy bien, arrepintiéndose después de trasquilada la pobre cautiva; el don Juan de mi historia pudiera fácilmente convertirse en el capitán Polemón, enamorado, celoso, frenético y, por último, arrepentido. En lugar del verdadero personaje de la Marquesita podría usted ingerir un episodio, verdadero también y griego, aunque de época menos antigua. El historiador y poeta bizantino Agatías hubo de hacerse amar de una hermosa niña, llamada Rodantes; pero un envidioso viejo, pariente o tutor de la chica, llevó tan a mal el amor aquel rodadero, en peligro quizá de hacerse rodado, que hartó a la muchacha de golpes, le cortó el cabello y la encerró dondo, por más que hizo su amante, no logró verla; Rodantes y Agatías podrían substituir con ventajas a la Marquesita y al maestro alarife. Comparando las costumbres antiguas con las

modernas, podrían hacerse importantes reflexiones acerca de lo que han ganado las mujeres en el tiempo presente; pues aunque haya hoy militares y paisanos que riñan celosos, no son ellas por lo común las que suelen en negocios de galanteo salir peladas, y los tutores, aunque encierren a sus pupilas cuando es preciso, no les tocan a un pelo de la cabeza.

Aquí terminaba la carta que recibí a fines de 1852, carta que aprecio tanto, que no he podido menos de insertarla a la letra, como segundo apéndice a la crónica, antes inserta, del siglo v, sin hacer gran caso de los escrúpulos del comunicante, pues nunca he oído hablar palabra de esa *Doña Mariquita Pelona* moderna, y a toda España le sucederá probablemente lo mismo. La verdad vale más que las invenciones, y no hay razón para sacar de la obscuridad o retiro en que permanecen al señor capitán Polemón y a la señorita Rodantes. No ha sido mi ánimo formar una galería de pelonas célebres, que fastidiaría si constaba de muchas; basta con un grupo de cuatro: una del tiempo en que el Sol se paró obediente a la voz del hombre; dos del principio y del fin de la media edad, y otra casi de nuestros días. A pesar de las reticencias usadas por el autor de la carta biográfica, la indicación del traje de mi señora doña Mariquita determina la época: los vestidos de seda con el fleco de media vara—y aun de una los hubo—corresponden a los primeros años de nuestro siglo.

FIN DE «DOÑA MARIQUITA LA PELONA»

VOCABULARIO

PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE LOS DOS CUENTOS EN CASTELLANO ANTIGUO, TITULADOS: LA NOVIA DE ORO Y MARIQUITA LA PELONA. (V. páginas 129 y 143.)

A

Abajados, bajos, inclinados.
Abajando, bajando.
Abajarse, bajarse.
Abondo, en abundancia.
Aborrido, aburrido.
Absconderse, esconderse.
Acaescido, acaecido.
Acatamiento, presencia.
Aceta, acepta.
Acetó, aceptó.
Acogióssele, se le escapó.
Acontescido, acontecido.
Acorrer, acudir, socorrer.
Acrescentar (los), acrecentarlos.
Acució, estimuló, inquietó, agitó.
Acucioso, solícito.
Acuitedes, aflijáis.
Adereszaron, compusieron, vistieron.
Adobase, arreglase.
Adotrinada, enseñada.
Adune, reúna.
Afambrida, hambrienta.
Afincadamente, ahincadamente.
Afirmovos, os afirmo, os aseguro.
Agora, ahora.
Ahorrábades, ahorrabais.
Aina, aun, pronto.
Al, otra cosa, otros, demás.
Alcandora, camisa (aquí).
Algos, cantidades.
Alheñarse, aderezarse.
Alimpiándose, limpiándose.
Alzáredes, alzaréis, levantaréis.
Allende, más allá.
Amartelados, enamorados, galanes.
Amén, además.
Amistanza, amistad.
Amohinóse, se disgustó, se enojó.
Animalia, animal, alimaña.
Ansí, así.
Ansimesmo, asimismo, también.
Aparellamos, apareamos.
Apercollar, acogotar.
Apetesce, quiere.
Apetescible, apetecible.
Apetesciera, quisiera.
Apostiza, apostizos, postiza, postizos.
Apuestas, bien formadas.
Aquesa, esa.
Aquesta, esta.
Arminio, armiño.
Arreo, consecutivamente, de seguido.
Arreo, arreos, ornato, atavíos.
Asaz, bastante, harto.
Asedo, acedo, agrio.
Asosegóse, se sosegó.
Atal, tal.
Atendiéndolos, esperándolos.
Atoviéronse, se atuvieron.
Atuendo, aparato, boato.

Ayuntadas, juntas.
Ayuso, abajo.

B

Bamba, bulto.
Baptizada, bautizada.
Barragán, soltero.
Barraganas, mozas.
Barrerleía, le barrería.
Barzoneos, excursiones, paseos.
Beserro, becerro.
Bezos, labios.
Blandamientre, blandamente.
Bochín, verdugo.
Bofordar, manejar la lanza llamada bofordo o bohordo.
Buida, afilada, penetrante.
Bulto, estatua.
Burlería, burla, chasco.

C

Ca, porque.
Cabadelante, adelante, hacia adelante.
Cabelladura, cabellera.
Cabdal (facer), hacer caso.
Cabdalosa, poblada, rica.
Cabdaloso, acaudalado.
Cabo, fin.
Cada que, cada vez que, siempre que.
Cala, entiende, penetra.
Calambregábase su corte, le daba calambre a su corte.
Calándose, entendiendo, penetrando.
Caletre, mente, entendimiento.
Calonje, canónigo.
Calóse, entendió
Calledes, callad.
Campero, labrador.
Caostra, claustro.
Capirote, capucha, cubierta puntiaguda de la cabeza.
Caperuza, montera.
Cás, casa, a casa, en casa.
Casquilucia, vana, de poco juicio.
Catad, ved, he aquí, mirad.
Catando, viendo.
Catar, ver, mirar.
Cataros, miraros.
Catase, viese.
Cató, vió.
Cedo, luego.
Cenceño, delgado.
Certinidad, certeza, seguridad.
Cibdad, ciudad.
Cient, cien.
Ciertamientre. ciertamente.
Cingiéronle, le ciñeron.
Cobdicia, codicia, deseo.
Cobdiciaba, codiciaba, deseaba.
Cobdiciábanlos, los deseaban.
Cobdiciadera, codiciable, apetecible.
Coita, cuita, pena.
Comba, curva.
Comienzo, principio.
Compaña, compañía.
Complido, cumplido.
Conhortarse, consolarse, animarse.
Conmoradora, cohabitante.
Conosce, conoce.
Conoscía, conocía.
Conoscidos, conocidos.
Conosció, conoció.
Conquerir, conquistar.
Consciencia, conciencia.
Consomiendo, consumiendo.
Contentáredes, contentaréis.
Continente, actitud, aire del cuerpo.
Contino, continuo.
Contrafacía, fingía, remedaba, se hacía.
Convernía, convendría.
Convusco, con vos.
Coronado, tonsurado, eclesiástico.
Corónica, crónica.
Cortáraaes, cortarais.
Crenchas, melenas.
Cresció, creció.
Criades, criáis.
Cuadra, sala, pieza cuadrada.
Cuadriles, caderas.
Cuer, corazón.

Cuitado, pobre, infeliz.
Cundiente, que cundía.
Curan, cuidan.

D

Damísima, muy dama, muy señora.
Damnada, condenada.
Daríades, daríais.
Daríagele, se le daría.
Darvos he, os daré.
Debríades, deberíais.
Declaredes, declaréis.
Defuncta, *defuncto*, difunta, difunto.
Dénde, de allí.
Departamos, hablemos.
Departen, hablan, conversan.
Departiendo, hablando.
Deprendió, aprendió.
Desanchar, ensanchar.
Desanchó, ensanchó.
Desconhortado, desconsolado, abatido.
Desculpóse, se disculpó.
Desmochadvos, desmochaos.
Despelar, expilar, pelar.
Despendía, gastaba.
Desplaciente, desagradable.
Desposanda, la que ha de ser desposada, novia.
Des que, desde que.
Destonce, *destónces*, entonces.
Devoto, adicto, afecto, aficionado.
Diérongela, se la dieron.
Digovos, os digo.
Disantos, domingos, fiestas.
Disiséis, diez y seis.
Diz, dicen, se dice.
Do, donde.
Doñeador, mujeriego.
Do quier, donde quiera, en cualquier parte, en todas.
Doto, docto.
Dubdó, dudó.
Dubdoso, dudoso.
Ducientos, doscientos
Ducha, diestra, hábil.
Dueñas, mujeres, esposas.

E

E, y.
Efeto, efecto.
Eglesia, iglesia.
Embargante (no), no obstante
Embracijándole, abrazándole.
Embriago, borracho.
Embravescióse, se enfureció.
Empecerles, hacerles daño.
Emperadora, emperatriz.
Emplegárades, emplearais.
Empobrescían, empobrecían.
Enastados, con astas.
Encaescedora, paridera.
Encaesciere, pariere.
Encaescieron, parieron.
Encobierta, tapada.
Ende, ello, tanto.
Enderezadas, enviadas.
Endilgar, aplicar, dar.
Endilgarlo, aplicarlo.
Endilgarvos, aplicaros, daros
Endonades, dais.
Endonado, dado.
Endonaría, daría.
Endonedes, deis.
Endurará, sufrirá.
Enforcar, ahorcar.
Enforcó, ahorcó.
Engeño, ingenio.
Entención, intención.
Entriegárades, entregarais.
Escandalizantes, escandalosas.
Escorriéndose, escurriéndose.
Escudilla, cazuela.
Espadadas, heridas de espada.
Estado, estatura.
Estantes, que estaban.
Estodia, estudia.
Estoria, historia.
Estorieron, estuvieron.
Estridor, estrépito, estallido.
Et, y.

F

Faba, haba.
Fabla, habla, voz.
Fablando, hablando.
Fablar, hablar.
Facedera, factible.

Facedes, hacéis.
Facendo, *faciendo*, haciendo.
Facer, hacer.
Facia, *faciala*, hacía, la hacía.
Facianse, se hacían.
Facienda, hacienda, tarea, negocio.
Fago, hago.
Faición, facción.
Falagueras, halagüeñas.
Falagüeramientre, halagüeñamente.
Fallar, hallar.
Fallescieron, fallecieron, murieron.
Fallido, faltado.
Falló, halló.
Farán, harán.
Farta, *farto*, harta, harto.
Fasaleja, toalla.
Fasta, hasta.
Fazaña, hecho, caso.
Fe (mia), a fe mía.
Fecho, hecho.
Felice, feliz.
Fembras, hembras, mujeres.
Fenescer, fenecer, acabar.
Fenescido, acabado.
Feriale, le hería.
Fermoso, *fermosa*, hermoso, hermosa.
Fermosura, hermosura
Fetillar, angustiar.
Ficiese, hiciese.
Ficimos, hicimos.
Fidalgos, hidalgos.
Fiduciarvos he, os confiaré, os confesaré.
Figo, higo.
Figuradvos, figuraos.
Figuredes, figuréis.
Fija, *fijos*, hija, hijos.
Filaza, hilaza.
Fina, acaba, muere.
Finada, difunta.
Finar, morir.
Finara, moriría.
Fincaba, estaba, permanecía.
Finca, queda.
Fincar, quedar.
Fincaria, quedaría.
Finco, me quedo.
Fincó, quedó, se quedó.
Finojos, rodillas.
Firmedumbre, firmeza: *puso su firmedumbre*, se propuso con firmeza.
Fisicos, médicos.
Fizo, *fizose*, hizo, se hizo.
Folgaba, holgaba, gustaba.
Forastero (andaba), estaba fuera de la población.
Fraire, fraile.
Frisaba, rayaba, tocaba.
Fuer (a), a ley, como.
Fuera, había sido.
Fueras ende, a no ser, además.
Fuertemientre, fuertemente.
Fués, fuese.
Fugiendo, huyendo.
Fugiéragele, se le huyera.
Fugieron, huyeron.
Fugir, huir.
Furtó, hurtó.

G

Ganades, ganáis.
Ganariades, ganaríais.
Ganoso, con gana, deseoso.
Garridas, hermosas, guapas.
Garzón, mancebo.
Garzonías, muchachadas.
Gentil, linda, lindo, buen, bueno, buena.
Gentileza, hermosura: *gentilezas*, galanterías, flores.
Grand, *grant*, grande.
Gravedoso, circunspecto.
Gridando, gritando.
Guarición, *guaridura*, cura, curación.
Guarirme, curarme, corregirme.
Guarnir, guarnecer, bordar.
Guisa, manera.
Guisa (en), en calidad, de modo.
Guisada, dispuesta.

H

Ha, tiene.

Habedes, habéis, tenéis.
Haber, tener.
Había, tenía.
Habido, tenido.
Habiendo, teniendo.
Hábito, vestido, traje.
Habría, tendría.
Haldas, faldas.
Hayas, tengas.
He, tengo: *á la hé*, a fe.
Hí, en esto, en ello, allí.
Hierarquías, jerarquías.
Hinojos, rodillas.
Hobiera, hubiera, tuviera.
Hobiérades, hubierais.
Hobiérala, la hubiera.
Hobiéredes, hubiereis.
Hobiese, hubiese.
Hobo, hubo, tuvo.
Hóbose, se hubo.
Home, hombre: *homes*, hombres.
Homildemente, humildemente.
Homildica, humildita.
Hora (á la), inmediatamente.

I

Idololatra, idólatra.
Inmóvile, inmóvil.
Inorancia, ignorancia.
Inorme, enorme, muy grande.
Inquina, odio.
Interese, interés.
Iracundia, ira.

J

Joan, Juan.
Juras, juramento.
Júrovos, os juro.
Juzguedes, juzgad.

L

Labrandera, costurera.
Lacerados, desdichados.
Lagrimeó, lloró.
Lanzógele, se le arrojó.
Lastaba, pagaba, purgaba, penaba.
Leixado, dejado.
Leixando, dejando;
Leixárale, le dejara.
Leixarse, dejarse.
Levábanla, la llevaban.
Levado, llevado.
Levando, llevando.
Levar, llevar.
Levarán, llevarán.
Levarla, llevarla.
Levólo, lo llevó.
Lite, *litigacion*, pleito.
Loado, alabado.
Loba, traje talar, como balandrán.
Loores, alabanzas.
Luenga, larga.
Luengamente, largamente.
Lueñe, lejos.

Ll

Llorente, Lorenzo.

M

Magín, imaginación, entendimiento.
Magüer y *magüera*, aunque.
Maladado, echado a perder.
Malandanza, desventura.
Malatía, enfermedad.
Maleante, malintencionado.
Malsines, maldicientes, calumniadores.
Manceba, doncella, muchacha.
Mancilla, mengua.
Manifatura, hechura, modo de hacer.
Mantoviese, mantuviese.
Matáredes, mataréis.
Medianamientre, medianamente.
Medietad, mitad.
Mémbrome, me acuerdo, recuerdo.
Menazábala, la amenazaba.

Mentecapto, mentecato.
Meollo, seso.
Meresciente, que merecía.
Merescimiento, merecimiento.
Mesma, misma.
Mesmamente, mismamente, precisamente.
Mesmísima, mismísima.
Mezquina, pobre.
Mientes (parad), considerad.
Mintroso, mentiroso.
Miraclosa, *miraculosa*, milagrosa.
Mochacha, muchacha.
Mohina, enojada.
Mohines, gestos, ademanes.
Mohinos, tristes.
Mollera, cascos, cabeza.
Mondonga, criada.
Monesterio, monasterio.
Monjificada, hecha monja.
Monjificara, metiera monja.
Montó, subió.
Morió, murió.
Motilacion, espilación, peladura.
Motiladvos, motilaos, cortaos el cabello.
Mundanería, vida mundana.
Mujier, *mujieres*, mujer, mujeres.

N

Nascer, nacer.
Nascian, nacían.
Nascida, *nascidos*, nacida, nacidos.
Nasciendo, naciendo.
Nin, ni.
Ningún, ninguno.
Non, no.

O

Obsequias, exequias.
Ofrescimiento, ofrecimiento.
Oíslo, esposa, mujer.
Onde, donde.
Oras, ahora, ya.
Ornamiento, ornamento, adorno.
Otrimente, de otro modo.
Otrosí, además.

P

Padrimonios, patrimonios, herencias.
Pañizuelo, pañuelo.
Par (al), al igual, como.
Paresce, parece.
Parescer, parecer.
Parescía, parecía.
Parescíanle, le parecían.
Paresciéndole, pareciéndole.
Paresció, *parescióle*, pareció, le pareció.
Pasada (de), de paso.
Pasito, bajito.
Pecatriz, pecadora.
Pelambrera, *pelamen*, pelo.
Pensara, había pensado.
Perilustre, muy ilustre, ilustrísimo.
Perdedes, perdéis.
Perfeta, perfecta.
Permitides, permitís.
Permitiógelo, se lo permitió.
Pesadumbre, peso.
Pesante, pesada.
Pescudar, preguntar.
Pescudó, preguntó.
Pervenir, llegar.
Pieza, rato, espacio.
Pitoflero, rondador con música, silbante.
Placíales, les agradaba.
Plañida, llorada.
Plañir, llorar.
Plascientes, agradables, amables.
Platicaba, hablaba.
Platicó, habló, trató.
Plazríale, le agradaría.
Plega, place.
Pluvia, lluvia.
Podelleía, le podría.
Podiésela, la pudiese.
Polidamente, curiosamente, bien.
Polido, elegante, esmerado, hábil.
Poridad, secreto.
Positura, actitud.
Posara, habitara.
Postrimería, últimos años de la vida.

Postrimero, último.
Potente, poderoso.
Premia, sujeción, obligación, compromiso.
Prender, tomar.
Prendérgela, cogérsela.
Preñedad, embarazo.
Prestedumbre, presteza.
Pretendedes, pretendéis.
Previllejo, privilegio.
Priso, tomó: *prísole*, le tomó.
Pro, provecho.
Profijada, prohijada.
Prognosticado, pronosticado.
Prométovos, os prometo, os aseguro.
Prorompió, prorrumpió.
Pugna, pelea.
Punicion, castigo.
Puñetes, puños.
Purgadorio, purgatorio.

Q

Quedante, que había quedado.
Querades, queráis.
Quesieran, quisieran.
Quier, quiera.
Quiérovos, os quiero.
Quillotros, requiebros.
Quitos (ser), satisfacer, pagar.
Quizábes, quizá.

R

Rapadavos, rapaos.
Rapaza, niña, joven.
Recabdar, conseguir.
Recebido, recibido.
Recebídola, recibídola.
Recebiéronla, la recibieron.
Recebió, recibió.
Recuestarla, pretenderla, obsequiarla.
Remembrad, recordad.
Remembrada, nombrada, famosa.
Remembrar (se), acordarse.
Remembraríe, recordaría.
Repizco, pellizco.
Repolidamente, muy bien.
Repriso, repuso.
Resolutamente, resueltamente.
Respondervos, responderos.
Reprochábala, la reprendía.
Respeto de, respecto de.
Retrete, gabinete.
Retrujo, volvió a pasar.
Roines, ruines, despreciables.

S

Sabidorísimo, sapientísimo.
Sabredes, sabréis.
Salvo, sino, sólo.
Sancta, santa.
Sanguinolentas, ensangrentadas
Santiguada (para mi) si, por la cruz con que me santiguo, que no.
Santimonioso, propio de santo.
Sant-Illan, San Julián.
Sant-Yego, Santiago.
Sañosa, irritada, sañuda.
Satisfaz, satisface.
Seer, ser.
Seído, sido.
Segund, según.
Semejan, parecen.
Sendos responsos por, un responso por cada uno de.
Señero, aislado, sin compañía
Sepades, sepáis.
Serloía, lo sería.
Sermonador, predicador.
Seya, sea.
Seyendo, siendo.
Sinificaba, significaba.
Sinificacion, significación.
Sinificativo, significativo.
Sinificóles, les indicó.
Sinón, si no.
So, bajo, debajo de.
Soberbiosa, soberbia.
Sobida, subida.
Sobió, subió.
Sodes, sois.
Sofridas, sufridas.
Sofrimiento, sufrimiento.
Sofrió, sufrió.
Solaz, placer.

Soldemente, solamente.
Solevar, levantar.
Soma, suma.
Somo (en), encima.
Sonada, afamada.
Sonrugíase, se murmuraba, se decía.
Sopitáneamente, súbitamente.
Sopo, supo.
Sornudo, cachazudo, callado.
Sororas, monjas, hermanas.
Sospirada, suspirada.
Sospiran, suspiran.
Sospirando, suspirando.
Soterrar, enterrar.
Sotilmente, sutilmante.
Subcesión, sucesión.
Subcesora, sucesora.
Subjeto, asunto.
Superbia, soberbia.
Superna, excelsa.
Súpito (de), de repente.
Suplicaciones, barquillos.
Suso, arriba.
Suspicion, sospecha, inquietud.

T

Tal (á), de modo.
Talante, voluntad.
Tanto (á), con tal.
Tejeduras, tejidos, trenzados.
Temedes, teméis.
Testimonias, testigos.
Timoroso, *timorosa*, temeroso, temerosa.
Tiraba, sacaba.
Tirar, sacar.
Tiserada, tijeretada.
Tiseras, tijeras.
Tocanegrada, de hábito negro, benedictina.
Toller, *tollervos*, quitar, quitaros.
Toparse, hallarse.
Topó, halló.
Tornante, que volvía.
Tornarleía, le devolvería.
Tumbos, caídas.
Trabajariades, trabajaríais.
Trabó, cogió.
Traedes, traéis.
Tranzad, trenzad.
Tranzado, *tranzados*, trenzado, trenzados.
Tranzarlos, trenzarlos.
Tranzóla, la trenzó.
Tredécima, décimatercia.
Tresquilada, trasquilada.
Tresquiladora, trasquiladora.
Tresquilamiento, trasquileo.
Trojo y *trujo*, trajo, atrajo pasó.
Trujamán, intérprete.

U

Ulixes, Ulises.

V

Vanidat, vanidad.
Vayades, vayáis.
Vedes, ved.
Vegada, *vegadas*, vez, veces.
Vejedad, vejez.
Velada, *veladas*, casada, esposa, esposas.
Vernía, vendría, convendría.
Verseía, se vería.
Veyendo, viendo.
Veyera, viera.
Vía, camino.
Vido, vió.
Vidosele, se le vió.
Viespras, vísperas.
Vos, os.
Vuesa, *vueso*, vuestra, vuestro.

Y

Yaz, yace.
Yantar, comer.
Yocundidad, jovialidad.

Z

Zabache, azabache.
Zamborotudo, torpe, desmañado.
Zurujanos, cirujanos.

ÍNDICE

El mundo de los insectos, por *Antonio de Zulueta*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 41 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 12 fotograbados en papel estucado.

Los animales salvajes, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 24 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

Peces de mar y de agua dulce, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 40 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

La vida de las plantas, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Los animales microscópicos, por *Angel Cabrera*, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. Un volumen de 96 páginas, 42 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 10 fotograbados en papel estucado.

La vida de las flores, por *J. Dantín Cereceda*, profesor en el Instituto de San Isidro de Madrid. Un volumen de 96 páginas, 31 dibujos y 6 láminas fuera de texto, con 11 fotograbados en papel estucado.

Todas las obras de esta colección se venden al precio de **1,75 pesetas cada libro** y llevan artísticas cubiertas del gran dibujante Bagaría impresas a cinco tintas.

BIBLIOTECA AGRICOLA ESPAÑOLA

EDITADA POR CALPE Y PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE D. LUIS DE HOYOS SÁINZ, CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRÍCOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA.

Tratados generales y especiales en prensa y en preparación de las XV series.

I. **Topografía agrícola y Agrimensura**, por Pascual Dodero (J.).—**Motores térmicos y de explosión**, por Fernández Montes (J.).—**Motores animados**, por Cañizo (J. del).—**Química general agrícola**, por Martínez Strong (P.).—**Análisis químico general y mineral agrícola**, por Campo (A. del).—**Zoología descriptiva agrícola: vertebrados**, por Cabrera (A.). **Hidráulica agrícola**, por Lorenzo Pardo (M.).

II. **Hidrología general agrícola**, por González Quijano (P. M.).—**Aguas subterráneas: investigación y aprovechamiento**, por Fernández Navarro (L.).—**Geología agrícola general y española**, por Hoyos Sáinz (L. de).—**Fisiología vegetal agrícola**, por Crespí (L.). **Botánica descriptiva agrícola: fanerógamas**, por Dantín (J.).

III. **Crédito agrícola**, por Redonet (L.).—**Tratado jurídico de aguas y riegos**, por Jordana de Pozas (L.). **Asociación y cooperación agrícolas**, por F. de Velasco (R.).—**Valoración agrícola y Catastro**, por Salazar (Z.).—**Diccionario consultor de legislación rural**, por Casso (I. de).—**Tratado jurídico de la propiedad rústica**, por Buen (D. de).

IV. **Los abonos y la fertilización de la tierra**, por Quintanilla (G.).—**El estiércol: preparación y empleo**, por Navarro de Palencia (J.).—**El agua en la finca: Manual de riegos**, por Lapazarán (J. C.).—**Labores de cultivo general**, por Cascón (J.) —**El motocultivo: tractores agrícolas**, por Velázquez (A.).

V. **Entomología agrícola**, por García Mercet (R.) y Bolívar (C.).—**Enfermedades del olivo**, por Navarro (L.).—**Botánica criptogámica agrícola**, por González Fragoso (R.).

VI. **Tubérculos y raíces: la patata**, por Fernández Crespo (D.).—**Horticultura general especial**, por Gayán (M. M.ª).—**El maíz**, por Carmena (F.).—**Pastos y prados**, por Naredo (M.) y Bajo (E.).—**Remolacha azucarera**, por Díaz Alonso (M.).—**El arroz y su cultivo**, por García Montesoro (E.).

VII. **Jardinería y floricultura**, por Priego Jaramillo (M.). **Reconstitución de la vid: portainjertos e injertos**, por Quinto (F. de P.).—**El naranjo: cultivo y explotación**, por Fon de Mora (R.).—**Arboles de fruto seco (almendro, avellano, nogal y castaño)**, por Rueda (M. M.ª) y Uzquiza (J. J.).

VIII. **Flora forestal española**, por Romero (E.) y Esteve (M.). **Geografía forestal y selvícola de España**, por Baró (F.).—**Ordenación y valoración de montes**, por Elorrieta (O.).—**Patología forestal**, por Aulló (M.). **El alcornoque y el corcho**, por Ugarte (J.) y Velaz (L.).—**Eucaliptos y su explotación**, por Buisan (A.). **Repoblación de montes**, por Elorrieta (E.).

IX. **Plantas medicinales y aromáticas**, por López Mateo (R.).—**El cafeto**, por Gómez Flores (E.).—**Arboles tropicales**, por Solá (V. M.ª de).

X. **Enología y vinificación**, por Oliveras (C.).—**Destilería agrícola**, por Daneo (A.).—**Industrias tártricas y cítricas**, por Bellver (J.).—**Vinificación en países cálidos**, por Marcilla (J.).

XI. **Terapéutica clínica veterinaria**, por Saldaña (G.). **Alimentación de los animales domésticos**, por Iglesias (A.).—**Patología general veterinaria**, por Morros (J.).—**Enfermedades infecciosas y parasitarias de animales domésticos**, por Campuzano (T.). **Enfermedades de los équidos**, por Medina (M.). **Enfermedades del ganado de cerda**, por Ruiz Folgado (J.).—**Enfermedades del ganado vacuno**, por Sáiz (L.).—**Veterinaria forense. Medicina legal y Toxicología**, por Martínez Baselga (P.).

XII. **Ganadería bovina: variedades y explotación**, por Rof Codina (J.).—**Ganado lanar: razas, explotación y enfermedades**, por Fernández Turégano (F.).—**El ganado cabrío**, por Sanz Egaña (C.).—**El perro: razas, higiene y enfermedades**, por Huerta (A.). **Avicultura general**, por Calderón (B.).

XIII. **Piscicultura y pesca**, por Rioja (J.).—**Apicultura: la miel y la cera**, por Trigo (J. T.).—**Industrias de la leche: quesos y mantecas**, por Alvarado (V.).

XIV. **Administración y contabilidad agrícola y pecuaria**, por Torrejón (A.).—**Comercio agrícola**, por Bernacer (G.).

XV. **Costa y la agricultura nacional**, por Costa (T.). **Agricultura general de Alonso de Herrera**, por Hoyos Sáinz (L. de).